Sp 1155
80

POBREZA Y DESCONTENTO

LA CONDICIÓN DEL TRABAJO

MAKARIOS ZOYDES

POBREZA Y DESCONTENTO

(SU CAUSA Y REMEDIO)

LA CONDICIÓN DEL TRABAJO

POR HENRY GEORGE

F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle del Palomar, 10.—VALENCIA

Int. Instituut
Soc. Geschiedenis
Keizersgracht 264
Amsterdam-C.

Imp. de la Casa Editorial F. Sempere y Comp.ª—VALENCIA

POBREZA Y DESCONTENTO

(SU CAUSA Y REMEDIO)

Relación presentada por el Doctor IATROS MAKARIOS ZOYDES, Encargado de Negocios en Wáshington, por orden del Ministro de Educación en Atenas, Anthony H. Molinas.

Traducción de la tercera edición griega, y á la vista de muchas ediciones inglesas, por el Doctor BIOS.

Señor Conde Doctor Makarios Zoydes, Encargado General de Negocios de Grecia en Wáshington.

Por iniciativa de mi colega de Gabinete, Doctor Anthony Herófilos Molina, Ministro de Educación, se ha acordado en reunión plena del Ministerio ordenar á nuestros representantes diplomáticos en el exterior para que, prescindiendo de las acostumbradas relaciones de estadísticas, movimiento comercial, de emigración, etc., informen los conceptos de su próxima Memoria inspirándose en los criterios de las cuestiones siguientes:

El fermento que agita toda la Europa está desde hace varios años repercutiendo en Grecia.

Sacudido el yugo de Turquía en 1829, á pesar de algunas revoluciones, el país pareció entrar en un lento, pero sólido período de paz y de prosperidad. La población aumentaba poco, pero progresivamente; las industrias manufactureras tenían ínfima importancia, pero los productos de nuestra romántica tierra alcanzaban á responder al cambio con Inglaterra, Alemania y Francia. Sea por un cierto instinto de raza, sea por optimismo innato en los hijos de nuestro país, la melancolía, la tristeza, no ensombrecían el rostro de nadie. El suicidio parecía desconocido; las enfermedades mentales, la locura, eran ignoradas; la vida era apreciada, y quizás en esto influían las condiciones climatológicas y todos los dones naturales que la hacían agradable. A pesar de la gran producción vinícola, la ebriedad no se conocía más que en algunos extranjeros; la moralidad era respetada; los nacimientos ilegítimos eran rarísimos; las relaciones intersexuales se mantenían sagradamente, sin que en ello influyera ninguna ley especial de carácter civil ó religioso. El afecto á ciertas regiones donde el campesino griego había establecido su casa; la espontaneidad en arriesgar su vida para defenderlas; el celo en proteger los intereses de su país de nacimiento: tales eran los rasgos principales del carácter nacional. El amor á la libertad tomaba las mismas formas democráticas que en la antigüedad. Los grie-

gos buscaban ser libres siendo iguales, y ningún otro pueblo sentía más profunda antipatía por las artificiales distinciones sociales, resintiéndose amargamente de cualquier idea de superioridad, ya proviniera ésta de la riqueza, de la aristocracia de la sangre ó de cualquier otra causa. La sed de educación era grandísima de tal manera, que no había obstáculo que no superasen los individuos de las clases bajas para instruirse. Arraigados á sus propias casas y á sus rientes aldeas, sólo emigraban para volver ricos ó en condiciones desahogadas. La emigración, que á causa de la miseria aleja á los hombres de su propia patria, era hace veinticinco años desconocida. La vida era casi patriarcal, pero alegre y serena. Se apelaba á las armas sólo para defender heroicamente, hasta la muerte, la propia tierra...

Más tarde vino el progreso. La población aumentó en cincuenta años á más del doble; algunas industrias comenzaron á nacer, y para proteger las ya nacidas y estimular la organización de otras, el Estado se rodeó de impuestos protectores, impuestos que á la vez contribuían á los gastos públicos. Cierto es que algunas fábricas se fundaron, pero á pesar de toda la protección que recibían del Estado, no podían rivalizar con las extranjeras por la bondad de sus productos, que hoy los habitantes pagan tres veces más caros. Grandes máquinas á vapor fueron introducidas para uso de la agricultura y de los trabajos fabriles, y el gobierno alentaba tal progreso con un proteccionismo *a ou trance*, en la seguridad de que, aumentada por una parte la eficacia del trabajo y aumentada también la producción, todos estos medios aumentarían la riqueza y tenderían á dar mayor descanso al que trabaja, mayores oportunidades de emplear sus fuerzas á quien busca trabajo y más sólido bienestar á todas las clases sociales, desde la más ínfima hasta la más alta. Sin embargo, en Atenas, Patras, Corfú, Syra y Tarento, y después, á través del Atica y la Beocia, Argolín, Corinto, Mesina, etc., se ha obtenido un resultado exactamente al revés. La vida de todos aquellos que del trabajo viven, se ha hecho antes que más fácil más dura. El precio de lo necesario para vivir es mayor, y la ansiedad en la vida ha aumentado. Las fábricas se llenan de niños que trabajan catorce y quince horas por día, y en nuestros puertos de mar, un número extraordinario de niños y niñas de diez á catorce años están empleados como cargadores de carbón á cambio solamente de la comida, que es escasa y pésima. Dado el número mucho mayor de varones que de mujeres, haría creer que éstas debían de gozar de mayores comodidades... Sin embargo, en los campos como en las ciudades, las mujeres

están obligadas á trabajar para ayudar á sus maridos á ganarse lo estrictamente necesario para la vida; y en los campos, las pobres mujeres, con criaturas apenas vestidas, trabajan con el arado y con la zapa. Y de tanto en tanto, cuando las cosechas son escasas, los pequeños agricultores se encuentran sin ninguna reserva á que recurrir, salvo á las de los préstamos usurarios, con los cuales se sobrecargan de mayores gravámenes, de mayores incertidumbres y de infinidad de necesidades para el año siguiente. Tal malestar no se encuentra solamente entre los trabajadores llamados manuales. El fácil acceso á las escuelas helénicas y á las universidades, ha creado una numerosa clase de profesionistas y de hombres de letras, los cuales, no pudiendo obtener con su propia carrera ni siquiera lo necesario para la vida, se acumulan en las oficinas públicas y en el ejército, á fin de procurarse un empleo.

Las entradas, entretanto, no son suficientes para satisfacer siquiera las necesidades de aquellos que ocupan en la actualidad puestos públicos, y la deuda del Estado aumenta año por año, sin que el país pueda comprobar de una manera real los beneficios. Existe esta misma inquietud en la propia clase manufacturera y mercantil. El negocio para la lucha por la existencia es la única preocupación; la moral decae visiblemente, el vicio está en auge, la cifra de los nacimientos ilegítimos crece día á día y la falta de afecto hacia el país nativo ha deprimido los ánimos hasta el punto de dar los resultados que todo el mundo ha visto en la última guerra contra nuestro implacable enemigo, la Turquía.

En fin, el progreso, con sus máquinas, con las facilidades aumentadas de producción, de cambio, de transporte, parece que produzca inevitablemente daño entre los trabajadores, repercutiendo este daño en las otras clases sociales. Y es de temer que el espíritu de concurrencia, cada día más feroz, apague algún día hasta el sentimiento moral, el sentimiento estético, y la veneración sagrada hacia nuestras antiguas glorias, hacia nuestras tradiciones y cuanto existe de pintoresco y encantador en nuestra hermosa Grecia. El campesino, que se deleitaba con la poesía de sus montes y el fragor de las innumerables é imponentes cascadas, hoy emigra sombrío y harapiento para ganar en lejanas tierras un centenar de dollares, exponiéndose noche y día al frío y al sol, arrastrando un miserando carro de frutas por las calles de Nueva York. A pesar de que el abismo que separa al rico del pobre no sea tan profundo como de los otras naciones europeas, es indudable que la distinción de clase aleja y divide cada vez más á aque-

llos que hacen ostentación de su fausto y sus riquezas, de los que deben luchar la terrible batalla de la vida...

Mientras tanto, el descontento cunde, y si no existiera la válvula de desahogo—la emigración—, quién sabe en qué forma habría estallado, sobre todo después del grave desastre de la guerra con Turquía. La facilidad de las hipotecas ha llenado de deudas al 80 por 100 de los pequeños propietarios. Y todos responsabilizan al gobierno de este malestar que nos invade, de estas frecuentes crisis industriales, mirándolo, no como un legítimo administrador y representante de la nación, pero sí como un ladrón que reparte, entre un limitado número de favoritos, el sagrado patrimonio de los contribuyentes.

Los 207 miembros que componen nuestro *Boulé* (Parlamento) se dividen en una mayoría que obedece ciegamente las indicaciones del ministerio, una minoría que está bajo el mando de algunos jefes que desearían ser ellos el ministerio, y un grupo de radicales que combaten á los unos y á los otros. Todos juntos forman un verdadero caos de ideas y de proyectos. Algunos querían abolir la monarquía, otros mantenerla; unos quieren abolir las tarifas aduaneras, otros reforzarlas... Hemos querido hacer una prueba, disolviendo algunos regimientos de nuestro pequeño ejército, y el resultado fué: aumento de bandidos en las montañas, vagos y mendigos en las ciudades, y crecimiento de emigración para los Estados Unidos del Norte, Australia y República Argentina. Un pequeño grupo parece que hubiera puesto el dedo en la llaga, indicando el factor económico como causa de los males que amenazan hasta la integridad de nuestra nacionalidad y de nuestra independencia, pero ninguno ha sabido formular un programa práctico que pudiera traducirse en una reforma benéfica. Algunos que se titulan socialistas, pretenderían la ingerencia del gobierno hasta en el banquillo del remendón, y otros, á la inversa, quieren abolir esa ingerencia, destruyendo toda forma de gobierno. Pero de dónde se ha de comenzar una ú otra reforma—que acusan ambas en sus teorías al sedicente sistema capitalista y á la burguesía—, no lo sabemos aún.

En una Asamblea parlamentaria, S. E. A. H. Molinas, imitando á Bismark, les ha preguntado cuál era la fórmula para destruir esos dos fantasmas—capital y burguesía—, pronto á contribuir con su influencia para eliminar la monarquía y demás instituciones que se creyeran ruinosas para la nación.

El proyecto terminó, en la tercera reunión de los radicales, con un sangriento pugilato.

No hay que esperar gran cosa de la falange de los economistas, que inundan á nuestro *Boulé* con el diploma de abogados. Henchidos de ideas bebidas en la enorme serie de escritores de economía política, sin ninguna idea propia, presentan los más absurdos proyectos de reformas, y como conclusión, van en busca del artículo de consumo más general y seguro, para gravarlo con un impuesto. Después de todo, ellos dicen: «El hombre ha nacido descontento, la Naturaleza ha establecido diferencias enormes, inmutables, entre individuo é individuo, entre clases y clases; la riqueza es el premio de la inteligencia y de la buena suerte, y no hay más remedio que adaptarse y esperar el proceso de evolución que eduque al hombre y lo transforme, á través de una larga serie de cambios lentos é imperceptibles.» «En efecto—ellos agregan—, la civilización está avanzada, la condición de todos se ha mejorado, y el más pobre de hoy puede obtener comodidades que un Creso de hace tres siglos no habría ni siquiera soñado. La única razón que los economistas griegos no han podido aducir, es la de la famosa doctrina de Malthus, que dice que el aumento de la población se ha producido en progresión geométrica, mientras que los medios de subsistencia sólo se han aumentado en proporción aritmética. Y esto es porque la Grecia de 1827 ha llegado apenas á poco más de dos millones (y 148.000), y es por tanto la menos densamente poblada de Europa, y los medios de subsistencia *per capita* aumentaron en más del triple.

Pues bien; por indicación de S. E. Molinas, se ha decidido encargar á V. E., que ha representado á la Grecia y ha residido tantos años en Alemania, Inglaterra y Estados Unidos, que visite de nuevo estos grandes países, donde, por medio de las maravillas del maquinismo moderno, la riqueza ha aumentado extraordinariamente, y que estudie cuáles métodos han sido adoptados para llevar cierto *confort*, paz y bienestar á las masas en general, para la felicidad de las cuales aquellas máquinas extraordinariamente productoras fueron inventadas. Al compilar tal trabajo, nosotros rogamos á V. S. que se aleje del árido campo de la economía política, como se presenta aquella que nosotros conocemos, haciéndolo, cuando V. S. lo crea oportuno, accesible á la masa, que dotada del poder del sufragio, podrá formular un día más concreta y conscientemente sus necesidades á aquellos á quienes manda á representarla en nuestro *Boulé*.

Cualquier gasto que V. S. deba realizar á causa de la compilación de tal trabajo, por viajes y otras investigaciones, quedará á cargo de mi ministerio del Exterior, deseando que

V. E. estudie todas las clases sociales, desde la más rica á la más pobre, sin ninguna preocupación por las ideas dominantes en nuestro ambiente político, y con toda la independencia de un sabio y exacto observador.

Saluda á V. E. con toda consideración,

B. S. Delyannis,

Ministro de Relaciones exteriores.

Atenas 24 de Enero de 1899.

POBREZA Y DESCONTENTO

Á S. E. el Ministro de Educación Anthony Herófilos Molinas.

Atenas.

Excelencia:

Cumpliendo las órdenes y las instrucciones recibidas por V. E., he visitado de nuevo la Inglaterra y todo el continente Europeo. Con criterio uniformado á aquel que dominará la presente relación, he recogido exactas noticias del Japón y de la China, gracias á mi colega el doctor Tentearo Makato, y de las naciones sudamericanas gracias á los datos de algunos comerciantes y nativos de la América del Sur. Al concluir expondré las razones que me han inducido á elaborarla, representándome *in mente* los países que he visitado, aquí en los Estados Unidos del Norte, y especialmente en Nueva York, que yo considero como el altísimo observatorio desde el cual se puede largar una mirada sobre la humanidad entera, como lo demostraré á su tiempo.

La labor que se me encomendó no me ha resultado difícil. El problema que V. E. me propone se agita aquí desde hace muchos años (sin las tergiversaciones inútiles é ilusorias con que se ha presentado al mundo desde hace tantos siglos) en el púlpito, en la cátedra, en la imprenta, en los clubs. Habiendo encontrado ya el camino libre de obstáculos, no he tenido más trabajo que comparar y observar—en el choque de las ideas más avanzadas con las más retrógradas—los acontecimientos

que nos enseña la historia pasada, con los que se desarrollan en un ambiente tan vasto como el de la civilización anglo-sajona, en un país donde el progreso material ha llegado á un nivel que nosotros los europeos apenas podemos imaginar. Y me he puesto con buena voluntad á la obra, porque estaba alentado, no sólo por las órdenes de V. E., sino también porque mi responsabilidad quedaría á salvo por el apoyo que V. E. daría á esta relación, si mereciere ser publicada. Entiendo la responsabilidad en este sentido. V. E. es persona acaudalada, ha ocupado cargos elevados en nuestra política, sea por su inteligencia ó por la posición en que lo han colocado sus bienes de fortuna. En la reacción que nace de la evidente injusticia de las condiciones presentes, retóricos, demagogos y reformadores superficiales han propuesto los más violentos planes de reformas, que yo tendré ocasión de examinar y someter á una crítica serena. Si bien en mi posición personal yo haya gozado de un cierto bienestar, esto no es suficiente para disculparme de una acusación que me lanzarían los que se colocan entre la gente seria y conservadora del orden y de la ley. Se creería que al buscar las causas del fermento que crece, yo también estuviera por pedir que el rico fuese despojado de su fortuna en beneficio del pobre; que al ocioso sin ganas de trabajar se le presten todas las comodidades que en realidad debe gozar el laborioso, y que se cree una igualdad falsa é imposible, la cual, reduciendo á todos al mismo nivel, destruiría todo estímulo de distinción y detendría el progreso.

I

Fermento é inquietud reducidos á la más simple expresión, singnifican pobreza y necesidad, y más—como causa agravante—el miedo de la pobreza y de la necesidad. El pobre tiene constantemente ante sí el espectro de la miseria y el aun más espantable del miedo á la

miseria. Los que viven en condición más desahogada, excepción quizás de los archimillonarios, no se libran del segundo. Y como la civilización avanza por todas partes, las necesidades y las aspiraciones humanas crecen más rápidamente que las condiciones é instituciones que antes eran suficientes. Y por lo tanto, los males que V. E. deplora no son peculiares de la Grecia. Ellos son mucho más intensos en los países donde el progreso marcha más velozmente; antes bien, donde el progreso tiende á aumentar la producción de todas aquellas cosas necesarias, para satisfacer las necesidades humanas, para refinar las costumbres, para suavizar las asperezas del trabajo, es precisamente allí donde la paradoja se verifica, la lucha por la existencia se hace más amarga.

En los otros países de la vieja Europa, desde tiempo indeterminado, una clase que se llama la culta, la mejor, está habituada á creer que el resto de la humanidad ha sido creada inferior y destinada á servirla, mientras otra clase numerosa, habituada á creerse inferior, pasa sus días con lo estrictamente necesario para la vida. La una y la otra no se dan cuenta de la paradoja, la primera encuentra natural esta división, la otra no puede deducir á términos más simples la subsistencia, porque yendo más allá, sólo la muerte por hambre encontraría. Pero en nuestra Grecia, como en los países del continente americano, el progreso no sólo no ha disminuído el malestar, sino al contrario, parece que lo ha producido.

En una época cercana, no había millonarios, pero el hambre era casi desconocida: la emigración afluía, huyendo de la miseria que en Europa la acosaba, y aquí prosperaba.

Vuecencia me encarga que estudie el problema en los países que en el mundo tienen fama de ser los más ricos. Yo ante todo me apresuro á hacer notar que en el sentir popular, sea por culpa de los economistas, sea por culpa de los literatos, se habla en general del bienestar de una nación en términos vagos, que confunde muy fácilmente una cierta prosperidad en la nación con el bienestar de todos sus habitantes, así como se confunde la idea de la cultura artística, literaria y científica de un

ambiente limitado de un país, con la cultura general de los habitantes de ese país. Se mira, por ejemplo, la estadística de importación y exportación, el movimiento comercial y bancario, el desarrollo inmenso de la marina mercante, etc., y los economistas, los literatos, los hombres de Estado, indican la Gran Bretaña como el país más rico; á la Alemania como el país manufacturero, cuyas industrias están inundando el mundo para reportar mucho oro y muchas comodidades á todos los ingleses y teutones.

Sin embargo, los nuevos países están llenos de alemanes é ingleses que la miseria hace emigrar todos los años, y que pobres é ignorantes, huyen de su patria llena de industrias y ciencias. En Londres no solamente hay quien se muere literalmente de hambre, sino que la inmensa mayoría vive—digámoslo así—de las manos á la boca con la nueva subsistencia al día y con la terrible incertidumbre de que también ésta puede faltar de un momento á otro. En Escocia, la miseria y la degradación avergonzarían á un salvaje: niños raquíticos y muertos de hambre por falta de buena nutrición; mujeres obligadas á hacer trabajos propios de irracionales; jóvenes que deberían ser aptas para el matrimonio y la maternidad, están obligadas á la labor monótona de los talleres, mientras otras cuya suerte es aún más triste, vagan por las calles en busca de las más inmorales aventuras. Y mientras muy pocos escoceses poseen castillos y palacios, más de una tercera parte de las familias viven en una sola habitación, y más de dos terceras partes en dos únicamente.

Yo me congratulo con V. E. porque es el primero, en nuestra Grecia, que ha puesto el dedo en la llaga, y el lector no crea que sea ésta una adulación al ministro á quien debo mi carrera. Todos los hombres de Estado creen que ven de muy cerca las necesidades del pueblo antes de subir al poder. Apenas han ocupado una poltrona ministerial y hecho pasar algunas leyes, se enorgullecen del gran bien que ellos hacen... al país. Vuecencia, aun en el poder, es el único que, si no conoce ni puede adivinar en un ambiente tan limitado la causa

del malestar, lo siente, sin embargo, y lo toca. En Europa, en general, salvo algunos fugaces lampos de democracia, que mucho se asemejan á la del pueblo francés que abatía una dinastía de sangre para *deificar* á un emperador militar, no se comprende, por la división de las clases, que la sociedad es una pirámide cuyo vértice no puede sostenerse si la base no es bien sólida. Es difícil, aun para los interesados, comprender que el bienestar de todos está fundado sobre el bienestar de aquella capa social más vasta que la clase de los privilegiados, que forma el vértice, cree nacida y creada para su beneficio. Y así, economistas, literatos, antropólogos y abogados, han considerado el pauperismo como fenómeno necesario, más difundido é intenso en los países latinos y menos extendido y más ligero en los países llamados más ricos—Inglaterra, Estados Unidos—, donde representaría una planta exótica, y que sólo prospera entre los inmigrantes. Y la gran masa de aquellos que no piensan y que siguen á las autoridades, «vaga, pero sinceramente consciente de la *injusticia* de las condiciones existentes, sintiendo que ellos están heridos y atormentados de algún modo, sin saber qué es lo que los *hiere* y los *atormenta*, dan la bienvenida á las verdades presentadas por mitad y elevan al rango de ciencia conceptos que justifican *tal injusticia*, beatifican el egoísmo circundándolo de la aureola de la utilidad, presentando como benefactor típico de la humanidad á un Herodes *(con la matanza de los inocentes)*, más bien que á un San Vicente de Paúl *(con la protección de los huérfanos)*». A pesar del vasto aumento de los conocimientos; á pesar de la enorme revolución hecha por la industria y el comercio; á pesar del enorme aumento del poder productivo de todas las comodidades necesarias á las humanas necesidades; á pesar de los prodigios de la mecánica, no hay profesión, arte ú oficio donde la vida sea realmente fácil y estable. Médicos, abogados, ingenieros, profesores, ministros, religiosos, comerciantes, etc., encuentran que ellos son ya muchos, con el mismo lamento de parte de la clase puramente manual. Cada uno querría la supresión de una parte de

sus iguales de oficio ó de profesión, así como se desea limitar los nacimientos.

Vuecencia comprende por qué, entre los varios países de Europa, yo tomo como punto de partida la Inglaterra. Ninguno desconoce—ni siquiera los franceses—la superioridad del progreso material de los ingleses sobre las otras naciones y de las libertades políticas de que se enorgullecen. Y los ingleses mismos, todo considerado, están satisfechos, pensando sinceramente que ellos son el pueblo más libre del mundo; tanto es así, que cantan: «Los bretones jamás serán esclavos», persuadidos de que los esclavos no respiran aire del suelo inglés.

Dejo aparte el resto de la Europa continental, donde el descontento está dando alarmantes resultados. Bien es verdad que la inquietud y la anarquía siempre creciente de las masas son atribuídas por muchos á insinuaciones y enseñanzas de demagogos. Pero estos últimos, aunque escriban libros, hablen desde las cátedras y prediquen desde los púlpitos, no piensan. «Atribuir el descontento al demagogo, es como atribuir la fiebre á la frecuencia de las pulsaciones. Es el nuevo vino que fermenta en viejos odres. Poner en un navío á vela la potente máquina de un trasatlántico de primera clase, sería lo mismo que despedazarlo. Y así las nuevas fuerzas, cambiando rápidamente todas las relaciones de la sociedad, deben romper las organizaciones sociales y políticas que no son aptas para afrontar la tensión.» Y si es verdad que el progreso nos ha aportado comodidades, desconocidas para el más rico de hace dos siglos, éstas, sin embargo, son inaccesibles á una gran clase. Ni esto prueba un mejoramiento de condiciones, desde que *la posibilidad para obtener lo necesario á la vida no ha crecido.* El mendigo de París, de Londres, de Nueva York, goza de infinidad de cosas desconocidas para el *estanciero* de la América del Sur. Pero esto no prueba que la condición del mendigo de las ciudades sea mejor que la del *estanciero* independiente. Ni es tampoco cierto que la civilización haya llegado hasta todas las clases. Esto es falso aun allí donde es más avanzada. Los habitantes del highland escocés cultivan la tierra con instrumentos que se usaban hace mil años, y en sus chozas, cuando encienden el fuego, dejan pasar el humo por entre las pajas del techo para utilizar lo más posible la cantidad de calor y economizar así la leña que tanto sudor les ha costado. Ni quiero hacer comparación de sufrimientos, ni medir miserias. Las carestías de Irlanda, de la India, de Italia, no tienen nada de especial, porque ellas en más ó menos grande escala suceden constantemente y persisten en las épocas llamadas de prosperidad. Estas son ahogadas, ó por lo menos no muestran la peor de sus fases, porque se instituyen casas para los pobres, asilos, beneficencia privada y vastas organizaciones de caridad; y serpean y roen así de un modo latente, mientras las casas bancarias rebosan de millones, los graneros y depósitos de artículos están llenos, los banquetes luculianos llenan las columnas de los diarios y en los mercados se amontonan las cosas más suculentas. Pero más que en las formas espasmódicas, es la forma crónica de estas carestías la que mata y pervierte millones de seres humanos. Los médicos atenúan estas carestías con nombres menos espantosos, pero la enfermedad mata siempre. La insuficiencia de alimentos y de vestidos, el ambiente malsano, precisamente en los centros de riquezas y de abundancia, son los que hacen las estadísticas de la mortaldad más numerosas. Y estas formas crónicas son agravadas de vez en cuando por aquellos espasmos que se llaman depresiones ó crisis industriales, así que de repente, mayor suma de trabajo es condenada al ocio forzoso; el capital obligado á retraerse y consumirse por falta de circulación; aumentan las estrecheces pecuniarias entre los hombres de negocios, y los sufrimientos, la necesidad, el ansia, se multiplican entre todas aquellas clases que tienen necesidad del trabajo cotidiano para vivir. Y recorriendo estas agudas manifestaciones como epidemias de una enfermedad virulenta, espantan aun á los más contentos, los cuales se preguntan si también ellos no serán las próximas víctimas de la *crisis*. Pero diferencias entre tiempos difíciles y épocas buenas no son más

que diferencias de grados de pobreza y de personas que sufren. Para la multitud, los tiempos son siempre críticos, pero la voz de la multitud es muy débil para ser escuchada en los tiempos ordinarios por medio de la opinión pública. Cuando la pobreza ha devorado todas las diversas capas que sofocan su voz, mientras las ruedas de los negocios giran sin obstáculo, llegan con sus tentáculos á tocar á los nababs de las fábricas, á los príncipes del comercio, á los reyes de los ferrocarriles, á los grandes banqueros y propietarios, entonces la voz se hace más fuerte y todos gritan: «*¡Ah! ¡los tiempos críticos!*»

¿Cuál es, entretanto, el problema que se presenta ante el estadista que honestamente piensa sobre el bien que puede hacer á su patria? Ni más ni menos que éste: «¿Por qué millones de hombres—dice M. Hirsch—no pueden conseguir pan suficiente, si dos ó tres de ellos podrían producir tanto trigo, bastante para mantener á mil hombres por año? ¿Por qué millones de seres humanos, en los países más civilizados, se estremecen de frío por insuficiencia de ropas, si cuatro hombres solamente pueden producir tejidos de lana y algodón suficientes para vestir mil hombres? ¿Por qué tantos van descalzos, ó sin calzado decente, si con un año de trabajo con la maquinaria moderna un solo hombre puede producir 4.000 pares de zapatos? ¿Por qué, si el zapatero quiere pan, el sastre zapatos, el panadero ropas, esos tres, en vez de ayudarse mutuamente y satisfacer las necesidades recíprocas, están reducidos á la miseria y á un ocio involuntario y forzado?»

A estas cuestiones es necesario dar una respuesta categórica para darse cuenta y curar el descontento que agita las masas no solamente en Grecia, sino en todo el mundo. Ellas forman el enigma que se presenta como fantasma á todos los pensadores honrados, fantasma que amenaza la moderna civilización. Después de los maravillosos progresos de la ciencia, después de conquistas fabulosas del poder productivo, ¿cuál es, sin embargo, el país civilizado en que no haya necesidades y sufrimientos, donde las masas no se vean condenadas

á un trabajo sin reposo, y todas las clases empujadas por la fiebre de la ganancia que hace de la vida una innoble lucha para mantenerla? ¡Nos separan tantos siglos del estado salvaje, y aun se eleva el grito: «¡Ellos han hecho nuestra vida más penosa con más duras cadenas!», y el trabajo humano se está convirtiendo en una de las comodidades más despreciadas!

Pero aun cuando el descontento y el deseo de una reforma sean suficientes para hacer grandes cosas, «la atención, sin embargo, está distraída, y las fuerzas divididas por planes y programas de reformas que, buenos en sí mismos, son inadecuados ó desproporcionados respecto al objetivo á conquistar. Y como en la infancia de la medicina, que se tendía á creer que cada síntoma tuviera su correspondiente remedio, así cuando se piensa en los males de la sociedad, se busca una cura especial para cada mal, ó de otro modo (otra forma de las mismas superficialidades), imaginar que el único remedio es alguna cosa que presupone la ausencia de aquellos males, como por ejemplo, que todos los hombres deberían ser buenos, como cura para la abolición del vicio y del crimen; ó que todos los hombres deberían ser sostenidos por el Estado, como cura para la abolición de la pobreza». Ahora bien; como un cirujano que quiere curar una enfermedad estudia primero la lesión anatómica localizándola é investigando su naturaleza, y después propone el remedio, así en el estudio de la enfermedad social, que V. E. deplora, es necesario investigar la verdadera causa para aplicar el remedio adecuado. A V. E. y al lector á quien pueda llegar este escrito, pido sólo que me sigan sin confiar en mí, pero sí en su propia inteligencia. Y ninguno que tenga criterio se negará á seguirme, porque el problema interesa á todos. No trato de esconder las dificultades que esta relación encontrará en las clases llamadas cultas, para ser aceptada. Es la clase que, aunque no tenga opiniones propias, está embebida en las opiniones de las autoridades. Por tanto, es un ímprobo trabajo el conseguir que ella abandone ó desaprenda las superficialidades, que en forma de tradición ó de estudios filosóficos for-

man su bagaje científico. Es arduo, muy arduo hacerles entender que «el respeto por las autoridades, los preconceptos en favor de aquellos que han ganado reputación intelectual, debe mantenerse en límites razonables, prudentes y justos, pero esto no debe pasar más allá, porque hay cosas en las cuales es necesario y conveniente á todos usar nuestro propio discernimiento y mantener el cerebro libre. Aun asignando á la reputación el preconcepto en su favor, y á las autoridades el debido respeto, no humillemos y despreciemos nuestras fuerzas en lo que concierne á hechos comunes y á relaciones generales. Mientras no todos podemos ser sabios ó filósofos, todos, sin embargo, somos hombres. Recordemos que no hay superstición que no haya sido enseñada por ministros que enseñaban verdades religiosas, ni falacia económica vulgar que no se encuentre en los escritos de los profesores, ni un capricho social de moda entre *los ignorantes*, cuyo origen no puede encontrarse entre los *educados* y *cultos*. El poder de razonar correctamente sobre asuntos generales, no se aprende en las escuelas ni nace con conocimientos especiales, sino que resulta del cuidado en el separar, de la precaución en el combinar, del hábito de preguntarnos á nosotros mismos el significado de las palabras que usamos, del asegurarnos que un escalón es sólido antes de edificar otro sobre él, y sobre todo, del culto fiel y leal á la verdad».

II

Si la presente relación tuviera que tener un carácter puramente burocrático y ministerial, me limitaría al campo económico, discutiendo solamente el problema de la distribución de la riqueza, para probar con leyes económicas si la pobreza debe reconocerse como un hecho inevitable y si la humanidad ha sido condenada fatalmente á esta lucha indecorosa, para la cual, en la mayor parte de los hombres, la vida resulta más bien un martirio que un bien. Habiéndome ordenado V. E. hacer mi relación accesible á los lectores de cualquier clase, es deber mío disipar los errores vulgarísimos que tienen sus más fuertes raíces en las clases llamadas cultas y educadas. Estas «han sometido ya su mente á un curso especial de espasmos», por lo cual ciertas artificialidades y confusiones que hacen adaptar errores en los sistemas filosóficos, «se convierten para ellos en una evidencia aparente de superioridad, satisfaciendo una vanidad como la del *contorsionista* que con pena ha aprendido á caminar sobre las manos en vez de sobre los pies». Y apoyándose en estadísticas de números erróneas en su punto de partida, ilusorias en sus deducciones, huyen de las cuestiones sencillas, perdiéndose en vanas rebuscas sobre hechos conexos con la mente, con el organismo, con las oportunidades y con el sistema en que ellos viven. Por tanto, para ellos hay una miseria en España y en Italia, pero sólo existe un poco de pauperismo entre los inmigrantes de Inglaterra y de los Estados Unidos, un hambre en la India diversa de las carestías y del hambre de Irlanda.

Las revoluciones devastadoras de la retrógrada América latina; las huelgas colosales de la América del Norte y de Inglaterra, que en cuanto á destrucción de riquezas y paro de producción son más formidables que las revoluciones sudamericanas; el grito por el pan que surge de las provincias italianas y españolas; la prostitución que inunda las calles de París y de las otras ciudades de Francia y Alemania; la corrupción de todos los gobiernos, en forma brutal, en los países seudorrepublicanos, corrupción cubierta de respetabilidad en el continente europeo y en Inglaterra; la espantosa emigración de irlandeses, escoceses, ingleses, alemanes, húngaros, escandinavos, italianos, etc., no son más que el síntoma de un solo mal: la miseria y el miedo á la miseria, en algunos puntos más intensa que en otros, *pero miseria en todas partes y de la misma especie*. A esta miseria estamos nosotros tan habituados, «que aun en los países más avanzados la consideramos como la suerte natural de las grandes masas del pueblo, y considera-

mos como cosa corriente que aun en la más alta civilización, numerosas clases deban carecer de las cosas más necesarias á una vida sana, y que la vasta mayoría deba vivir pobre y sufriendo con el más duro trabajo. Y hay profesores de economía, como bien dice V. E., que enseñan que este estado de cosas es el resultado de leyes sociales contra las cuales es inútil lamentarse. ¡Hay ministros de religión que predican que esta es la condición que un Creador omnisciente y omnipotente ha establecido para sus hijos!

La pregunta que se sobrentiende en la circular de V. E., es la siguiente: ¿Es este estado de cosas inevitable, fatal y no susceptible de remedios? Si así es, digamos á las masas, á la Grecia en general, «que se resignen á pasar á través de todos los males que produce un descontento irremediable». Si vosotros, al contrario, veis la posibilidad de un mejoramiento en la vida individual y social del hombre, decidnos la causa de este descontento y nosotros aplicaremos el remedio.

Las palabras *rico* y *pobre* se han usado frecuentemente en un sentido relativo. Entre los campesinos irlandeses, mantenidos sobre el borde de la muerte por hambre, á causa del tributo que se les ha arrancado para mantener el lujo de un *land lord* lejano que reside en Londres ó en París, *la mujer de las tres vacas* será considerada rica, mientras que en una sociedad de millonarios, uno que tenga solamente 500.000 pesos será considerado pobre. Ahora bien; no podemos, bien entendido, ser todos ricos en el sentido de poseer más que los otros, pero cuando se dice que no todos podemos ser ricos y que los pobres existirán siempre, no se usan las palabras en el sentido relativo. Generalmente se entiende por ricos aquellos que tienen bastante riqueza para satisfacer todas las necesidades razonables, y por pobres aquellos que no tienen bastante. La diferencia entre ricos y pobres existirá «siempre, y sería una contradicción de términos el pretender ó significar que todos podremos tener un cortejo de sirvientes; que podremos eclipsarnos unos á otros en riqueza de vestidos, en la prodigalidad de nuestros bailes y comidas, en la magnificencia de nuestras casas». La cuestión está en ver si todos podremos tener reposo, *confort* y abundancia, no sólo de lo necesario, sino de aquello que hoy se cree elegancia ó lujo. Yo no quiero decir que la igualdad absoluta sería posible ó deseable, ni que todos tengan que desear la misma cantidad á todas las formas diferentes de riquezas. Pero yo quiero decir que todos podríamos tener riqueza suficiente para satisfacer deseos razonables, que todos podríamos poseer aquellas cosas materiales por las que luchamos: que en ninguno despierte la voluntad de robar ó estafar al prójimo; que ninguno sea atormentado diariamente, ó que pase las noches en vela temiendo caer en la miseria ó pensando cómo podría conquistar riquezas.

¿Es este un sueño de utopistas? Para responder á esta irónica pregunta de las clases superiores, ó á este grito desesperado de aquellos que desean un estado mejor, pero no ven el camino para ir hacia él, pido al lector que siga mi razonamiento sin prejuicios y sin preocupaciones, tal cómo procede un cirujano en el diagnóstico de una enfermedad.

El mal es único, universal—diverso sólo en intensidad—: la causa debe ser única, universal, diversa solamente en intensidad. Ciertas enfermedades infecciosas, por ejemplo, la tuberculosis, se atribuían antes á causas diversas: el clima, la edad, el sexo, etc. La bacteriología moderna descubrió ó supuso con fundamento microbios infinitamente pequeños que segregan venenos que producen las mismas enfermedades, los mismos síntomas, más ó menos intensos, pero de la misma especie, en todas las edades, en todos los climas y en ambos sexos. Un efecto de una sola especie, no puede ser producto de causas diversas.

Cuestión de raza.—La piedra angular de los antropólogos, de los filósofos y de los literatos que hablan de fenómenos sociales con frases brillantes.

Los primeros, con el compás y la balanza, buscan estas causas en las células cerebrales, en la conformación craneana; los otros, en la corrupción del corazón humano. Ahora bien; hay miseria en Italia, España,

Francia—pueblos latinos—; hay en los países anglo sajones, en los germanos; hay en Rusia—raza eslava—; hay en China, Japón, India—todas razas diversas en variedad y colores.

Densidad de población.—La teoría de Malthus, dominante en Europa y América, menos en nuestra Grecia. Esta gigantesca tontería, sobre la cual, parece increíble, por el espacio de un siglo, ingenios eminentes han fundado teorías y construído sistemas, forma todavía la base de ciertas doctrinas económicas. Faltándome el espacio para probar con argumentos toda su falacia, presento al lector cifras indiscutibles para que las confronte. El Indostán es una región fertilísima, y la población de las Indias cuenta apenas 132 habitantes por milla cuadrada. La China tiene en su territorio riquezas fabulosas, y cuenta apenas 119 habitantes por milla cuadrada. El Brasil posee un terreno sumamente pródigo y una población escasísima. Toda la América del Sur es, en general, escasamente poblada. En la Escocia, en Irlanda, en Italia, extensiones inmensas de terreno son habitadas por animales que pastán. Los Estados Unidos del Norte podrían contener una población varias veces más numerosa que la que poseen. ¡Y por todas partes miseria más ó menos intensa, pero siempre miseria!

Cuestión religiosa.—En los países latinos, donde todavía se agita la lucha religiosa—y también en Grecia—, se suele atribuir la pobreza al catolicismo. Los católicos—se dice—son enemigos del progreso, y por tanto, no saben levantarse de la miseria. Sin embargo, si España, Italia y Francia son católicas, la Escocia, la Inglaierra y la mayor parte de los Estados Unidos (menos pocos millones) son protestantes. La India y la China no son ni lo uno ni lo otro... Miseria, pues, bajo cualquier forma religiosa.

Forma política.—Miseria en los países monárquicos, miseria en los republicanos.

Amor al trabajo.—Los ingleses dicen que los irlandeses no gustan trabajar, y por tanto, son pobres. Es una mentira, en la cual los han educado sus ministros religiosos y su aristocracia, que ellos, con todo el orgullo

de su individualismo, adoran como cosa sagrada. Por lo demás, es teoría corriente la de que es rico ó no sufre miseria quien ama el trabajo... Si esto fuese cierto, ¡cuán ricos debían ser los pobres italianos, que son las bestias de carga de todos los países del mundo! Del español de Galicia, se dice que Dios lo ha creado para hacer reposar á las mulas. A más de esto, ¿no es verdad que quien verdaderamente trabaja sufre hambre, y nadan en el oro muchos de aquellos que no saben producir ni un solo centésimo de las riquezas puestas á su disposición?

Alcoholismo.—Es costumbre entre los ingleses y los americanos del Norte atribuir la miseria del pueblo al abuso del alcohol, y sus ministros religiosos se afanan en formar sociedades de templanza para suprimir con la abolición del alcoholismo la miseria que, según ellos, es un síntoma de la perversión de las facultades humanas. Cierto es que la sobriedad es una de las virtudes que puede contribuir á luchar con la miseria, y es evidente que todos los viciosos son generalmente pobres. Pero estos ministros no ven que la crápula es hija de la miseria, solamente porque algunos que no son pobres y otros asaz ricos se dan también al vicio del alcoholismo, y por tanto, confunden el efecto con la causa, sin mirar en qué capa social y en qué ambiente éstos fueron educados. De cualquier modo, si esto fuese cierto, deberían ignorar la miseria los habitantes del Indostán, que no usan bebidas alcohólicas, y muchas regiones de Italia y España que, aunque productoras de vino, no conocen la embriaguez que se nota entre algunos ingleses y americanos.

Sentimiento religioso.—Los escoceses y los neohébridos son excesivamente religiosos. Los españoles y gran parte de franceses son los hijos primogénitos de la Iglesia romana; los italianos son religiosos y supersticiosos, y muchos países de la América latina profesan el culto católico con cierto fervor. En los Estados Unidos se construyen cerca de 300 iglesias metodistas cada año.

Inmigración.—La miseria en los países nuevos es atribuída al afluir de nuevos trabajadores, y se busca,

como en los Estados Unidos, reprimirla. No debería haber entonces miseria en los países de emigración, en Irlanda, por ejemplo, de la cual han emigrado más de tres millones de habitantes. En el Uruguay, Paraguay, Chile, Perú, Venezuela, Colombia, etc., la inmigración es limitadísima, y sin embargo, el descontento y el malestar son continuos.

Protección y libre cambio.—Casi todas las naciones de la Europa continental son proteccionistas. Las naciones sudamericanas, que son las más ignorantes en economía política, tienen enormes tarifas de aduana. La Inglaterra, por el contrario, tiene casi absoluto libre cambio. Los Estados Unidos lo tienen entre ellos, y proteccionismo contra todo el resto del mundo. Sin embargo, miseria por todas partes...

Intranquilidad política.—Los sudamericanos, tomando el efecto por la causa, atribuyen su malestar á las revoluciones políticas, á la ambición, al odio de facciones y de partidos, que se perpetúa con tanto rencor en los pueblos latinos, sin apercibirse de que, víceversa, la miseria atiza el fuego del odio de las revoluciones. Y sin embargo, ¡es tan fácil echar una mirada más allá del Atlántico! Numerosísimos emigrantes dejan los países donde la tranquilidad política no es molestada por ninguna revolución, y van á buscar pan justamente allá... donde la tranquilidad es desconocida.

Insuficiencia de instrucción en el pueblo.—En toda la Gran Bretaña hay escuelas; en los Estados Unidos no hay casi analfabetismo. En Alemania y en Francia hay numerosísimas escuelas primarias.

Inconstancia de la circulación monetaria.—En Inglaterra, Estados Unidos, Alemania, etc., el tipo de la moneda es oro.

Gastos excesivos de los gobiernos y déficit en los balances.—Es otra opinión dominante en los países latinos, y los estadistas se afanan en aparejar los balances. Sin embargo, en los Estados Unidos hay siempre superávit —y muy grande—, no sólo en el tesoro del gobierno central de la Unión, sino también en el balance de cada Estado. Diversas naciones europeas y sudamericanas

han llegado alguna vez al equilibrio. La miseria, sin embargo, no ha dado un paso atrás. Al contrario...

Sufragio popular.—Se ha adoptado casi en todas partes; el pueblo lo aprovecha tan poco, que todos deploran la indiferencia política. Es natural. Las masas no se preocupan de las formas de gobierno, pues para ellas sólo queda reservada la mera y difícil subsistencia.

Ejércitos permanentes.—Hablaremos más adelante difusamente, porque desde hace algunos años, en Europa, los literatos se agitan por la paz y por la disolución de los ejércitos. Basta mencionar solamente que en los Estados Unidos no hay ejército permanente. He recorrido los registros de enrolamiento de los llamados voluntarios de la guerra contra España, y me he asegurado de que un ejército más vasto sería una bendición para el gran número de desheredados que vagan por falta de trabajo en busca de medios de subsistencia y de empleos. Cuando se preguntaba á los voluntarios qué causa los impulsaba á enrolarse, respondían casi invariablemente: *out of work* (estoy sin ocupación).

Sin embargo, podría objetarse, no es exacto tomar estas causas aisladamente, porque la pobreza es un producto de un conjunto de ellas. Donde se ama el trabajo, la Naturaleza es avara; donde hay fertilidad de suelo, la superstición religiosa se ha opuesto al progreso; y en las poblaciones esparcidas de la América del Sur hay un conjunto de superstición, militarismo, corrupción política, y especialmente ignorancia mezclada á un orgullo que no deja vislumbrar ninguna luz en el camino de la civilización, que no puede existir sin espíritu sinceramente democrático.

Y bien; he aquí un país vasto, inmenso, con tierra amplia y rica por su fertilidad, por la variedad de su flora y de su clima, por sus minas, sus bosques, sus lagos, sus ríos; con todos los caprichos de la Naturaleza, donde el ojo del viajero caminando millares de leguas se espacia en la belleza de campiñas montuosas, como la Suiza; extravagantes y llenas de vida, como en los trópicos; rientes, como en las más bellas comarcas de

Italia. Aquí la civilización tuvo el campo más libre y el más pleno desarrollo. Hay iglesias, escuelas, diarios, ferrocarriles y cómodas vías de comunicación en cada aldea. Aquí no hay órdenes privilegiadas, ni legados de antiguas instituciones. Los países vecinos no son ni más fuertes ni más hostiles para obligarlo á mantener en pie un ejército permanente. La experiencia de las otras naciones lo ha guiado en el escoger lo que es bueno y rehusar lo que es malo. En política, en religión, en ciencias, en todo, muestra el más reciente de los progresos. La Iglesia es libre y separada del Estado: la libertad religiosa es completa, y cada ciudadano educado en la tolerancia y respeto de toda opinión religiosa; constituído en república desde su independencia, se rige en forma de república y de confederación de repúblicas; el tipo de la circulación monetaria es oro; después de haber experimentado la libertad de cambio, pasó á un proteccionismo *á ou trance* contra los otros países, dejando absoluto libre cambio entre Estado y Estado. Aunque formado por variedad de razas, es el pueblo más homogéneo, más asimilador y más activo. La instrucción pública está muy difundida; el analfabetismo, conocido solamente en los extranjeros recién llegados.

Un pueblo que piensa ser, y que realmente está á la vanguardia verdadera de la civilización. El alimento es más barato y el salario es más alto que en cualquier otra parte. El promedio de la educación, de la inteligencia, del *confort* material y de las oportunidades individuales es más elevado que en ninguna de las naciones civilizadas. Inmensa red de ferrocarriles y de telégrafos, división del trabajo llevada al nivel más alto, recursos extraordinarios para las entradas públicas; los balances de los Estados y del gobierno central presentan siempre un superávit que despierta envidias á los desgraciados balances de la vieja Europa y á los saqueados erarios de las naciones sudamericanas. «Aquí está en su punto más elevado la civilización moderna.» Y observemos una de las épocas realmente prósperas, cuando las cosechas son abundantísimas, el consumo y el cambio de artículos es numeroso, la demanda insaciable, los

trenes ferrocarrileros sobrecargados de productos, nuevos ferrocarriles en construcción, talleres que trabajan con febril actividad, las calles llenas de vehículos, las veredas pululando de gentes que caminan apresuradamente para no perder tiempo, los bancos que giran sumas enormes en 1899, por ejemplo, 94 billones de pesos; toda especie de acciones bancarias y de otras empresas aumentan en valor con una rapidez vertiginosa de un día á otro. En ninguno de los países más civilizados de Europa, he visto una producción literaria tan superabundante, un número mayor de bibliotecas públicas, de instituciones de educación y de enseñanza, y una más intensa sed de saber.

Sin embargo, cuando pensamos en la civilización tal cual debería ser, ¡cómo nos parece pobre, digna de piedad, y tan poco mejor de la más desnuda barbarie, la civilización de la cual el *americano del Norte* se envanece! También aquí la más alta y civilizada comunidad, aquí donde ella tuvo el campo más libre y el más pleno desarrollo.

Paseando por Nueva York, la segunda ciudad del mundo, donde las instituciones de beneficencia y de caridad son innumerables, ciudadanos de los Estados Unidos, nacidos y educados en la tierra que puede considerarse el *paladium* de los derechos del hombre, piden en secreto cinco ó diez sueldos de limosna.

Y aun cuando convencido de que esta caridad hace más mal que bien, no es posible sofocar el sentimiento de compasión al leer que, en esta civilizadísima y caritativa ciudad, tantos y tantos se mueren de frío, tantos son víctimas del hambre más desgarradora. El *Sun* de Nueva York refiere que más de 200.000 muchachas trabajan con un salario cuyo término medio es de cinco pesos por semana, y que casi todas están obligadas á vivir con esta misérrima merced; millares de hombres y mujeres vagan en busca de un trabajo que no encuentran; mujeres que deben coser *overalls* (pantalones de trabajo) á 60 sueldos la docena; muchachos descalzos y mal vestidos; la aglomeración en las habitaciones, tan densa, que hace envidiar la caverna del salvaje, que al menos

gozaba de aire puro é ignoraba los beneficios y la esclavitud de la moderna civilización.

Y tal estado de cosas no existe solamente en la metrópoli. En los campos y en las pequeñas ciudades la vida no es más lisonjera. Los inmigrantes deben soportar toda especie de vejámenes de sus mismos connacionales, y someterse á los más duros trabajos; duermen en galpones de madera—*shanty*—en condiciones peores que las de algunos animales domésticos, y se alimentan con comidas deterioradas que un lord inglés se guardaría muy bien de hacer comer á sus perros. Aunque los americanos del Norte tengan en general mejores vestidos, casas más cómodas y alimentos más variados que nuestros trabajadores, V. E. quedaría, sin embargo, sumamente sorprendido al observar en ellos mayor tensión de espíritu, mayor ansiedad que en nuestros habitantes; la cifra de los locos es espantosa; el número de suicidios por hambre son una bofetada dada á nuestra civilización; las enfermedades por insuficiencia de alimentos, de vestido y de aire por millares aumentan las estadísticas de la mortalidad. Los delitos contra la propiedad y las personas se propagan, las cárceles deben ser aumentadas en número y ensanchadas, porque los malhechores no caben en ellas. Y esto no es lo peor. Estas son apenas las formas de aquel espíritu que en medio de nuestra civilización obligan á cada uno á estar en guardia. ¿Cuál es la máxima de las relaciones comerciales entre las clases más altamente respetables? Que si sois víctima de una estafa, es culpa vuestra; que se debe tratar á cada hombre con quien se tengan negocios como á uno que está esperando la oportunidad de asaltaros y robaros. *Caveatemptoc* (que el comprador esté alerta). Si uno roba pocos pesos, corre peligro de descontarlos con la prisión. Pero si por el método comercial roba un millón, será cortejado y adulado, aun cuando robe los pobres y pequeños ahorros que una mísera lavandera ó una modista le han confiado, aun cuando despoje á una viuda y á sus huérfanos de lo poco que les asegura la vida, y por el cual los extintos maridos han sudado y luchado tanto. Al abrir un diario, el lector que no piensa no se fija en el hecho de alguna desgraciada que después de haber pasado meses y meses en la miseria más negra, con el mismo sostén de tres ó cuatro pesos por semana que el marido gana, será echada de la casa con sus hijos porque el intendente de la *tenement house* (casa de inquilinato) es responsable ante el patrón. Detiénese en cambio á leer la crónica de un banquete en el *Waldoc Astoria*, donde un millonario que parte para Inglaterra ha gastado para 80 invitados la cifra de 116.000 dollares, ó sobre las bodas de un Vanderbilt, que ha pavimentado el suelo de una iglesia con rosas de dos dollares cada una. Y así el literato superficial, que se da aires de sociólogo, eleva un himno á la riqueza de los Estados Unidos, á las estupendas excentricidades de los millonarios, que igualan á los romanos de la época clásica, olvidando infantilmente á los millares de individuos que en una condición idéntica á la del esclavo romano, sufren privaciones de toda clase para mantener en la opulencia á algunos pocos que «superan en lujo y derroche á los grandes duques de Rusia, cuyas hijas son el premio de oro á los disolutos de la aristocracia inglesa y europea; pocos ciudadanos que podrían comprar sillones en el Senado de la Unión, y dejarlos luego vacíos para demostrar su grandeza». Y esto, porque estos sociólogos, espantados de la profunda miseria europea, ignorantes de la diferencia entre riqueza verdadera y riqueza de privilegios, entre riquezas de una nación y riquezas de individuos, repiten las ideas de los magnates de los ferrocarriles, de los Napoleones de la expeculación, que llegados á Nueva York con la invención de una trampa para ratones, cuentan después su riqueza en centenares de millones.

«Todos están prósperos y contentos—repiten con ellos—; hay, naturalmente, muchísima miseria en las grandes ciudades, pero miseria habrá siempre.»

Hay tanto dinero que ganar de parte de aquellos que tienen voluntad y habilidad, pero los hombres son *naturalmente* extravagantes, *naturalmente* ignorantes, *naturalmente* pródigos, *naturalmente* intemperantes é irreligiosos y viven *naturalmente* aglomera-

dos en casas insalubres, atrayéndose enfermedades y muerte precoz.

Y entre la indiferencia de los más, que levantan los hombros desesperando de toda solución ó esperando que la evolución spenceriana cumpla su ciclo, ha surgido una escuela con muchísimos prosélitos, la cual atribuye los males presentes á la clase capitalista, al capital y á la burguesía, y por tanto, como panacea, con fin más amplio y de carácter más revolucionario, propone la organización de la sociedad en un verdadero ejército; es decir, ingerencia del gobierno en la industria, en los útiles y maquinaria de la producción (incluyendo la tierra en la maquinaria) y acabar con el interés del capital y con la concurrencia. Por tanto, la ley del Estado ha de ser llevada por todas partes, y los oficiales gubernativos han de dirigir todas las industrias, como el correo, por ejemplo. Teoría ésta (si merece ó no el nombre de teoría, lo veremos más adelante) que se propaga bajo el nombre de socialismo.

Otros, partiendo más ó menos del mismo concepto de capital y burguesía, querrían al contrario la abolición de toda ingerencia gubernamental; abolición de toda ley civil, como método para acabar con la desigualdad existente entre hombre y hombre, entre una familia y otra. Teoría opuesta á la precedente, y que se sintetiza bajo el nombre de Anarquía.

Creo inútil esbozar la teoría comunista de la producción en común, sin propiedad individual. De ésta el lector encontrará una reseña bastante extensa en la segunda parte de esta relación. El nihilismo en Rusia tiene por fin abolir el gobierno autocrático para suplantarlo por uno constitucional. Ya en Europa se ha probado qué resultados escasísimos ha dado el simple cambio de forma política de gobiernos, con la llamada monarquía constitucional y también con las formas republicanas.

III

En la confusión de tantas ideas diversas que desvían las fuerzas y perpetúan el mal, yo quisiera dirigir una pregunta, no sólo á mis compatriotas, sino también á los ciudadanos de cada país. ¿Cuál es el fin último en la aspiración honesta del triunfo de vuestra idea, sea que aspiréis á la victoria de vuestro partido político ó religioso ó de un ideal cualquiera que busca el bienestar vuestro, de vuestra familia y de vuestra patria?

Este fin, yendo de deducción en deducción, no puede ser más que uno. Una paz y una tranquilidad por la cual cada uno encuentre la propia vida, la de los suyos, la de sus semejantes, fácil para procurarse lo necesario para una existencia cómoda, fácil para poder desarrollar las mejores cualidades intelectuales y morales; porque la sociedad, en vez de asemejarse—cual es hoy—á una jauría de perros hambrientos, á los cuales se echan pocos huesos descarnados, por los que se despedazarían para conquistar la mejor parte, se asemeje, en cambio, á una reunión de gentilhombres sentados á un banquete, que no sólo esperan plácidamente su turno, sino que se apresuran á cambiar gentilezas entre sí, rivalizando en cortesías y urbanidad, temiendo cada cual ser tenido á menos si no cumpliera esos caballerescos actos. Que vosotros, en suma, vuestra familia, vuestros connacionales, podáis vivir en un bienestar que os permita desenvolver la inteligencia, suavizar las costumbres, sin envidiar á otros los bienes que no son costosos para vosotros; que cada cual pueda con entera libertad dedicarse á la producción de aquellas cosas tangibles que nos exige nuestra insaciabilidad de mejorar y progresar; al cambio de ellas con toda la honradez de quien tiene un respeto profundo por los derechos individuales y para lo que legítimamente pertenece al individuo.

El hombre es un animal esencialmente social. No tiene necesidad de ser domesticado para vivir en sociedad; antes bien, á medida que la sociedad avanza y se complica, la necesidad de vivir en relación con otros se hace más fuerte. Además de esto, las aspiraciones hacia el progreso material y moral son sentimientos inherentes á la naturaleza humana que trata de elevarse y perfeccionarse. Pero es necesario tomar al hombre tal cual es; es como una planta que tiene necesidad de cierto ambiente para desenvolverse; necesita estudiar cuál es la modificación que se debe aportar al ambiente material y moral donde crece y se desarrolla esta planta, hombre para enderezarla y dirigirla hacia el bien. Desde que el mundo es mundo, se estará enseñando á los hombres que en vez de ser malos deberían ser buenos, y con tantas prédicas y libros de moral, la tierra habría debido convertirse ya en un paraíso terrenal... ¿No es bien claro que la guerra es un asesinato en forma científica? ¿No es claro que aun el sentimiento más rudo se rebela contra el robo, el homicidio y atentados de otra especie? ¿Quién no se siente destrozar el corazón, al pensar que tantas pobres madres languidecen de hambre y frío, que tantos hijos no tienen más porvenir que la cárcel ó un burdel? ¿Quién no se horroriza al observar que de un lado la acumulación de inmensas riquezas permite á algunos, no sólo todas las comodidades de la vida, sino también el derroche en el juego, en las mujeres, en toda clase de orgías, de un dinero por el cual no han dejado una gota de sudor, mientras otros, embrutecidos por la miseria, se hunden, unos en el alcoholismo, otros en los vicios más refinados, acompañados de toda suerte de crueldades, y otros, más fuertes en la lucha, trabajando de la mañana á la noche, esforzándose en conservarse honrados, tratan de educar á sus hijos para que piensen honestamente y llegan apenas á matarles el hambre y á vestirlos?

¡Doloroso es decirlo! La Naturaleza humana ha sido desconocida hasta hace poco por todos aquellos que se han dedicado á estudiarla, y por estos mismos ha sido observada por un solo lado. Los economistas, por ejemplo, desde Adam Smith, han formado de ella un concepto abstracto de la peor cualidad, y han afirmado que las acciones de los hombres no han tenido otro móvil que el egoísmo. Los evolucionistas esperan que el instinto humano se modifique, se perfeccione—con la perfección de la conformación cerebral—á través de los siglos, y por tanto caídos en un fatalismo musulmán, desesperando poder ver con los propios ojos y en su época un mejoramiento de este instinto, se contentan con representar la parte de Jeremías sobre los muros abatidos de Jerusalén. Finalmente los literatos, los poetas, no ven más impulso en las acciones humanas que la simpatía y el afecto de un lado, la perversión de estos sentimientos por otro, y citando los héroes, los mártires, los patriotas, el sentimiento de piedad tan fuerte en la mujer, el amor materno, etc., esperan que el reino del amor establezca el de la justicia.

El hombre es un animal, más alguna cosa que lo diferencia, aun en el estado más salvaje, de las especies más elevadas. No nos importe el averiguar el puente por el cual el hombre habrá pasado desde la especie mono hasta la humana—de este eslabón de pasaje no existe otro vestigio que una hipótesis más ó menos ingeniosa—. Pero partiendo de lo conocido á lo desconocido, único sistema lógico para darse cuenta de lo que es realmente posible, nosotros no tenemos *noticia cierta y más remota del hombre, más que como hombre, salvaje cuanto se quiera, pero siempre* HOMBRE. La hipótesis de Darwin, Haeckel, Schleicher, Büchner, Fritz Müller, Huxley, Wundt, etc., á pesar de las pretendidas bases de la anatomía y filología comparadas, no son menos metafísicas que la hipótesis que dice que la especie humana haya partido de un germen separado y diverso desde los *monos. No hay recuerdo ó traza* del hombre en ninguna condición más baja que aquella en la cual es posible encontrar al salvaje... Y entre el más bajo salvaje conocido por nosotros y el más alto de los animales, hay una diferencia enorme, diferencia no sólo de *grado, sino de cualidad.* Animales inferiores ostentan muchas características acciones y emociones del hom-

bre, pero el hombre, por más bajo que sea el grado que ocupa en la escala de la humanidad, no se ha visto jamás privado de una cosa de que ningún animal muestra la traza más leve; de un *quid* fácilmente reconocible, pero casi indefinible que da el poder de mejorar, que hace del hombre un *animal progresivo*. Por tanto, «el hombre es más que un animal». Aun cuando en sus poderes puramente físicos no supera quizás á los otros animales, y en algunos de ellos se encuentra por debajo, sin embargo, en los poderes mentales es tan superior, que lo separan de la clase animal más inteligente y lo erigen en señor y maestro de todos, hacen de él verdaderamente en todo lo que vemos «el vértice y la corona de todas las cosas». Y lo que más claramente indica el abismo profundo que lo separa de todos los otros animales, es que él solo es el productor, y en tal sentido, un *Hacedor*. En esto está la diferencia que hace de la distinción entre el animal más perfecto y el más ínfimo de los hombres, una distinción no sólo de *grado*, sino de *cualidad*, y que, aunque sea ligada á los animales, justifica el dicho de la hebraica Escritura, que dice «que el hombre fué creado á imagen y semejanza del Omnipotente».

A pesar de las historias de hadas ó de canes *supernaturales* que Mr. T. Mauz Jones de Denon *(Justice, Appendix D)* sugiere nada menos que á H. Spencer para indicar que la idea del deber no es de origen sobrenatural; á pesar de ciertas semejanzas del instinto, una línea de diferencia puede trazarse, y es que el hombre es el *único animal* que tiene el poder de indagar las relaciones entre causa y efecto; de la causa suponer el efecto, ó dado el efecto, buscar su causa. La agudeza del instinto parece que suple algunas veces á esta falta de poder razonador en los animales; sin embargo, el más sagaz de ellos puede ser burlado, con un momento de reflexión, por el más simple de los hombres.

Otra diferencia absoluta, enorme, es que el hombre es el animal nunca satisfecho, diferencia originalísima y que es debida precisamente al don de la razón, que *falta en los animales*.

La tarea indicada por V. E. es la de presentar en la forma más fácil y breve, pero convincente, el problema de nuestra época; por tanto, yo no puedo reproducir extensamente las páginas de las cuales traduzco estas ideas; las indico, sin embargo, en la bibliografía, para el lector que desee darse cuenta más profundamente de sí mismo y del ambiente que lo circunda. Para el fin mío, bástame enunciar que «todas las acciones humanas, al menos las voluntarias y conscientes, son estimuladas por un deseo y tienen por fin la satisfacción de este deseo». De los deseos y sus satisfacciones relativas, algunos son primitivos ó fundamentales, y es solamente cuando éstos están satisfechos cuando nacen otros deseos. «Sin deseos, el hombre no podría existir ni siquiera como entidad física. Los filósofos orientales, de que Schopenhauer es una versión en Occidente, enseñan que el hombre prudente debería buscar la extinción de todo deseo, pero enseñan también que si se llegase á esta extinción, cesaría la existencia individual, que ellos consideran en sí misma como un mal. Pero en realidad, como el hombre se desenvuelve, elevándose á un nivel más alto, sus deseos aumentan infaliblemente, si no en número, al menos en calidad, haciéndose más altos y más amplios en la tendencia y en el fin... En la jerarquía de la vida, tal como la conocemos, lo más alto está edificado sobre lo más bajo; un piso sobre el otro, como el vértice está sobre la base. Y así, en el orden de los deseos humanos. Las necesidades vienen primero y son de importancia más amplia. Los deseos que se elevan por arriba de la esfera animal, pueden nacer y buscar satisfacción sólo cuando están satisfechos los que poseemos y que son comunes á todos los otros animales. Y aquellos que piensan que la rama de la filosofía que se refiere á la satisfacción de los deseos animales, y especialmente al modo con que los hombres deben alimentarse sin dificultad, vestirse y tener un techo, sea una ciencia innoble y secundaria, se asemejan á un general que, absorto en el movimiento y en el orden de las fuerzas, se olvidara de los víveres, del vestuario ó del reposo de su ejército, ó á un arquitecto que creyera que es

más importante el ornamento de una fachada que sus cimientos.»

Ahora bien; entre los males de las condiciones sociales contemporáneas, hay uno que no abandona jamás á ninguno, ni al pobre ni al rico. Es el *miedo á la necesidad,* la incertidumbre del mañana para satisfacer nuestros más fundamentales deseos, y con tanta superficialidad, pensamos que la voracidad es la impulsión más poderosa que hace mover las pasiones humanas, y que los sistemas de administración y de gobierno pueden con seguridad basarse solamente en la idea de que el miedo del castigo es necesario para conservar á los hombres honrados, que los intereses egoístas son siempre más fuertes que los intereses generales.

«Pero ¿de qué nace este deseo inmoderado, por cuya satisfacción los hombres pisotean lo más puro y lo más noble, al cual sacrifican las simpatías más altas de la vida, que convierte la civilización en una pretensión hueca. ¡Al patriotismo, en una impostura; á la religión, en hipocresía, y que hace de la existencia civilizada una guerra ismaelítica, cuyas armas son la astucia y el engaño!»

«¿No nace acaso de la existencia de la necesidad? Carlyle, en uno de sus escritos, dice que la pobreza es el infierno, al cual el inglés moderno tiene más miedo. Y tiene razón. La pobreza es la boca abierta, el infierno insaciable que abre sus mandíbulas bajo la sociedad civilizada. Y por sí misma, es ya un infierno. Los Vedas expresan una verdad muy sincera, cuando el sabio-cuervo Bushando narra al poeta-águila Vrsnin que el dolor más agudo es la pobreza. Porque la pobreza no significa solamente privación; significa vergüenza, degradación; significa quemar la parte más sensible de nuestra naturaleza moral y mental, como con un hierro candente; significa la negación de los impulsos más fuertes y de los afectos más dulces; significa torcer nuestros nervios más vitales. ¿Amáis á vuestra mujer y á vuestros hijos?... ¿Pero no sería más soportable verlos morir, que verlos reducidos al agudo tormento de la miseria, en la que viven las clases más numerosas, en toda

comunidad altamente civilizada? La más fuerte de las pasiones animales es la que nos ata á la vida, pero cada día, en nuestras civilizadas sociedades, los hombres tragan venenos ó empuñan una pistola para suicidarse, por el miedo que tienen á la miseria. Y por cada hombre que se suicida, hay probablemente un centenar de ellos que se privarían de la vida, pero que sólo no lo hacen por el espanto instintivo, por sentimientos religiosos ó por lazos de familia.»

«De este infierno de la pobreza, es natural que los hombres hagan toda clase de esfuerzos para librarse. Con el impulso para la propia preservación y satisfacción, se mezclan sentimientos más nobles, y el amor y el temor empujan con rapidez á la lucha. Muchos descienden á la bajeza, al deshonor, á la caza de cosas injustas en el esfuerzo de colocar á la madre, á la esposa, á los hijos, á cubierto de la miseria ó del miedo á la miseria.»

«Y de esta condición de cosas nace una opinión pública que estimula como una fuerza impulsora en la lucha por tomar y conservar uno de los más fuertes—quizás en muchos verdaderamente predominante—impulsos de las acciones humanas. El deseo de la aprobación y el de conseguir ser gratos; el sentimiento que nos empuja á conseguir el respeto, la admiración y la simpatía de nuestros semejantes, es instintivo y universal. Pervertido muchas veces en las manifestaciones más anormales, puede ser sin embargo percibido por todas partes. Y poderoso en el salvaje más rudo, como en uno de los más cultos de la sociedad más refinada, se muestra con el primer fulgor de inteligencia y persiste hasta el último suspiro; triunfa sobre el amor y sobre el reposo, sobre el sentimiento del dolor, sobre el espanto de la muerte... El sugiere las acciones más vulgares y más elevadas.

. . . . . .

»Los hombres admiran lo que ellos desean. ¡Cómo debe parecer dulce al náufrago un puerto seguro; el alimento á un hambriento; la bebida al sediento; el calor al que tiembla de frío; el reposo al transido; la fuerza

al débil; el saber á aquel en cuyo espíritu se elevan las ansias de la inteligencia! Y así, el agudo dolor de la miseria y el miedo de la necesidad obligan á los hombres á admirar, sobre todo, la posesión de las riquezas, porque siendo rico, es respetado, admirado, influyente.» «Haced dinero honestamente si podéis, pero de cualquier modo, haced dinero.»

He aquí la lección que la sociedad susurra día y noche á los oídos de sus miembros. Los hombres admiran instintivamente la virtud y la verdad, pero el aguijón de la miseria y del miedo á la miseria los obliga mucho más á admirar al rico y á simpatizar con el afortunado. Es bello ser honesto y justo: todos lo recomiendan, pero... quien puede, merced al engaño y á la injusticia, conseguir un millón de pesos, cobrará mayor respeto, mayor admiración é influencia y favores, si no de corazón, con los ojos y con los labios, en mayor número que aquel que rehusa ese millón. El honrado podrá recibir en el porvenir su recompensa; podrá reconocer que su nombre será escrito en el Libro de la Vida, y que á él le está reservada la blanca veste y la palma de la victoria contra la tentación; pero el otro, el del millón, recibirá su recompensa en el presente. Su nombre se verá colocado entre la lista de «ciudadanos de alta posición»; lo cortejarán los hombres y adularán las mujeres; para él, los mejores bancos en la iglesia y los personales respetos del elocuente sacerdote que en el nombre de Cristo predica el Evangelio para los viciosos, y hace resonar con estampidos de retórica oriental, privada de sentido común, la metáfora austera del camello y del ojo de la aguja. El puede ser el protector de las artes, el Mecenas de los hombres de letras; puede aprovechar el círculo de los inteligentes, y educarse tratando á las personas cultas. Sus limosnas alimentarán al pobre, al que lucha, mientras llevan el rayo de sol á los rincones afligidos por la miseria y el dolor, y las instituciones públicas conmemorarán su nombre y su fama después de muerto. No es en forma de monstruo deforme, con cola y cuernos, como Satanás tienta á los hijos de los hombres, pero sí como un ángel de luz. Sus promesas

no se limitan solamente al reino terrestre, sino al principado y á los tronos morales é intelectuales. Recurre no solamente al apetito material, sino también á los deseos ardientes que se agitan en el hombre, porque éste no es un simple animal, pero difiere de éste y se eleva mucho más arriba.

Contra tentaciones que azuzan los impulsos más fuertes de nuestra naturaleza, la legislación y la sanción de la ley, los preceptos religiosos producen efectos muy escasos, y es extraño, al contrario, no que los hombres sean egoístas, sino que no lo sean mucho más. Que en las presentes condiciones los hombres no sean más avaros, más desleales, más egoístas de lo que son, prueba la bondad y la fecundidad de la naturaleza humana, el flujo incesante de la fuente perenne de la cual se nutren sus cualidades morales. Todos tenemos madre, la mayor parte tenemos hijos, y así, la fe, la pureza y la abnegación no pueden ser nunca absolutamente desterradas del mundo, por más pésimas que sean las disposiciones sociales.

Pero lo que es poderoso para el mal puede hacerse poderoso para el bien, y «con la sola investigación de leyes naturales podemos darnos cuenta de las causas del mal y de cuál sería su remedio». «La misión de ajustar las instituciones á nuestras necesidades crecientes y á las condiciones crecientes», pesa sobre la espalda de todos. «La prudencia, la simpatía humana, el patriotismo, el sentimiento religioso, nos llevan igualmente á emprender la solución del problema. Hay peligro en un cambio rápido é imprudente, pero *hay peligro mayor en un conservatismo ciego*. Los problemas que se nos presentan son graves, tan graves, que hay temor de que ellos no puedan ser resueltos á tiempo para prevenir graves catástrofes. Pero la gravedad depende de la poca ó ninguna disposición á reconocerlos con franqueza y á combatirlos con seguridad.»

Creo haber agotado todas las causas á las cuales vulgarmente, por los que se tienen por cultos, es atribuída la injusticia de las condiciones actuales, algo no natural reconocido aún por quien no sufre, y creo ha-

ber demostrado que el descontento, la inquietud, no dependen de ninguna forma política, de ninguna creencia religiosa, de ninguna diferencia de raza, y aquellos que superficialmente la atribuyen á falta de riqueza, no ven que «están en nuestras manos las fuerzas que podían dar abundancia á todos». En efecto, «aunque existe pobreza y necesidad, parece que las fuerzas que producen exceso de riquezas sirvan más bien de molestia. «Dadnos sólo un mercado—dicen los fabricantes—, y nosotros os suministraremos todos los artículos que queráis.» «No queremos otra cosa que trabajo», gritan millares y millares de personas obligadas al ocio forzado.»

¿Entonces? Para encontrar la solución del enigma, no nos queda más campo que el de la economía política. Con esto no quiero decir que el desaliento de V. E. no sea justificado, cuando afirma que es inútil la investigación de las obras que tratan este argumento. En una relación separada mandaré á V. E. el resumen de no menos de cincuenta obras, las más renombradas. En todas verá el mismo caos, la misma incertidumbre en la definición de los términos, en la investigación de las causas, en la aplicación de los remedios. Cito, por ejemplo, á uno de los economistas más conocidos en las escuelas americanas, que trata de la «Cuestión del salario», Francis A. Walker. Dogmático en el tono, árido en la forma, sin entusiasmo y sin indignación, excepto contra los economistas que él cree necesario refutar, deja al lector en el mismo desaliento y la misma ignorancia en que se encontraba antes de leerlo. Es verdad que los cuadros que él presenta sobre el trabajo de los niños en Inglaterra—jovencitos en las fábricas y ejércitos de niños de ambos sexos desde cuatro á diez años—no se leen sin derramar lágrimas, porque semejante degradación no se encuentra ni siquiera entre los salvajes á los cuales los ingleses les envían misioneros. Y tales ejemplos de trabajos tan duros no se encuentran sino allá donde las fuerzas productivas han sido utilizadas y las máquinas inventadas para producir riqueza con una facilidad no soñada. Pero después de todo, ¿cuáles son las explicaciones que nos da Walker?

1.ª, la ley de Malthus; 2.ª, la provisión inadecuada que se recibe de la tierra, es decir, la agricultura recibe, con el esterilizarse del suelo en el transcurso del tiempo, menor compensación: en otros términos, que todas las niñas desde los doce á los trece años producirán prole como los conejos, y lo que se produce en pocas hectáreas de terreno, no basta para una provincia, y por consecuencia, el salario desciende y la miseria aumenta; pero—¡admirad al profesor!—no imparcialmente entre todos; no entre los profesores de economía política que, como él, tienen un hermoso sueldo; pero sólo—¡extraña proposición!—entre las clases que producen directamente la riqueza. Los remedios, naturalmente, son aquellos predicados desde los púlpitos, sugeridos por los moralistas, intentados y sancionados inútilmente por los cuerpos legislativos: 1.º, frugalidad y templanza; 2.º, difusión de la educación entre los trabajadores; 3.º, freno á los instintos sexuales; 4.º, leyes sobre las fábricas; 5.º, inculcar respeto y simpatía en la sociedad hacia los trabajadores.

«Y cuando todas las opiniones diversas son difundidas por medio de la economía política, es natural que la mayor parte de aquellos que dependen de otros para ahorrarse el fastidio de pensar, deben mirar la economía política como un campo, donde cada cual puede encontrar aquello que le place.» No sólo en las investigaciones hechas por V. E., sino también en mi comunicación, V. E. ha visto y verá «el insuceso de la economía política al dar una respuesta clara y precisa á las cuestiones prácticas más importantes, las crisis industriales, que son las características notables de los tiempos modernos, el aumento de la miseria con el aumento productivo de la riqueza», si para la prosperidad de un pueblo conviene más la protección ó el libre cambio, y entre confusiones de ideas, discusiones larguísimas hechas con enorme derroche de inteligencia, á una ciencia que debería presentarse simple y atrayente, se ha dado un aspecto repugnante, abstruso é incierto.

Y la razón de esto es evidentísima. «En las condiciones actuales del mundo civilizado, la gran lucha entre

los hombres es combate por la posesión de la riqueza. ¿No sería ilógico esperar que la ciencia que trata de la distribución y producción de tal riqueza estuviera exenta de la influencia de tal lucha? Macaulay ha dicho muy bien que si un gran interés pecuniario hubiese sido afectado al discutir la ley de la gravitación, este evidentísimo hecho no hubiera sido aceptado... Las verdades económicas en las condiciones existentes, deben no sólo vencer la inercia de la indolencia ó del hábito, sino que por su naturaleza corren peligro de ser suprimidas ó tergiversadas por la influencia de los intereses más poderosos, que velan y están en guardia.»

Y porque los economistas no concuerdan, porque sus ideas se convierten en un caos, no es difícil adivinarlo. La economía política es la más simple de las ciencias. No es más que la aceptación intelectual, en cuanto se refiere á la vida social, de leyes que en su aspecto moral los hombres aceptan y reconocen instintivamente. Pero aquellos que la profesan y la enseñan, han pertenecido invariablemente, ó han sido dominados por una clase que no *tolera preguntas* sobre las condiciones y disposiciones sociales de aquellos á los cuales no costaron ni cuestan nada los frutos de la dureza del trabajo. Estos economistas han hecho como los médicos empeñados en diagnosticar, á condición de no descubrir una verdad disgustante. Dadas las condiciones sociales como las que hoy, en el mundo civilizado, sacuden el sentimiento moral, la economía política, estudiada sin miedo, ha de llevar á conclusiones que serán como la fiera que se presenta en medio del camino para aquellos que sienten ternura hacia los intereses creados.

Yo no me escondo la objeción que me presentan aquellos que, con todas las buenas intenciones, después de haberse gastado la mente con la lectura de una inmensidad de tratados seudocientíficos, entre aburridas estadísticas que engañan y fatigan el espíritu ansioso de conocer la verdad, quedan en la misma ignorancia ó en un caos peor que aquel en que se encontraban antes de recurrir á la inmensa serie de escritores de economía. Que todos los sabios ó estudiosos, desde Adam Smith á

Bakounine, hayan pretendido encontrar leyes económicas más ó menos exactas; y que si es imposible llegar á la precisión de los principios matemáticos ó físicos, no es culpa de los economistas. La economía política es muy vaga para poder pretender el título de ciencia; porque las acciones humanas son tan caprichosas y variadas, que no se pueden someter á pruebas experimentales como los hechos físicos ó químicos. Si es verdad que en el estudio de la economía política no podemos usar aquel método poderoso de experimentos por medio de condiciones producidas artificialmente, y que son de tanto valor en las ciencias físicas, sin embargo, no solamente podemos encontrar, en la diversidad de la sociedad humana, experimentos ya elaborados por nosotros, sino que tenemos á nuestra disposición métodos análogos al de la química en lo que se puede llamar experimento mental. Podéis separar, combinar ó eliminar condiciones en vuestra imaginación, y probar de tal modo la aplicación de principios conocidos. La economía política no es una serie de dogmas, es la explicación de una serie de hechos. Es la ciencia que, en el transcurso de ciertos fenómenos, indaga las relaciones mutuas y trata de identificar causa y efecto, como hacen las ciencias físicas con otro orden de fenómenos, echando sus cimientos en terreno sólido. Las premisas de las cuales saca sus deducciones, son verdades que reciben la más alta sanción, axiomas que todos reconocemos, sobre los cuales basamos con seguridad el raciocinio y las acciones de la vida cotidiana, y que pueden ser reducidos á la metafísica expresión de la ley física: el movimiento busca la línea de menor resistencia, es decir, *los hombres buscan la satisfacción de sus deseos con el menor esfuerzo*. Y es sólo con la economía política con la que podemos descubrir *la ley que une á la pobreza con el progreso, y el aumento de la necesidad con el aumento de la riqueza*. Y si la economía política de las escuelas no consigue dar esta ley, no es por la incapacidad de la ciencia estudiada honradamente y sin preocupaciones, sino debido á algunos pasos falsos dados en sus premisas ó á algún factor importante olvidado.

Y entonces—podría objetarse—el estudio y la resolución del problema queda confiado en manos de aquellos que sólo pueden ocuparse de estudios económicos, jurídicos y sociales. El pueblo, las masas, los que deben imponer á quien los representa un programa de administración, serán siempre extraños á una materia que debe ser dejada á los especialistas, que podrán tratarla con la competencia debida. ¿Qué le importa de la economía política al médico, al ingeniero, al artista, al sacerdote? ¿Y cómo podrá aquélla llegar á ser accesible á las masas?

Al proponer á mis lectores de toda clase—como V. E. me ha ordenado—buscar la solución de un problema tan candente por medio de la economía política, nosotros, secuaces de *una fe nueva y más alta,* no pedimos «que se piense en cosas que ellos jamás han pensado, sino solamente que piensen en ellas de un modo atento y sistemático». Porque no hay ninguno—á excepción del idiota ó del que haya perdido la voluntad, embrutecido por la ignorancia—que en sí no tenga algo de economía política. «Los hombres pueden confesar ingenuamente su ignorancia en astronomía, química, geología ó filología, y sentir realmente su ignorancia. Pero muy pocos confiesan sinceramente su ignorancia en lo que respecta á economía política; porque aunque ellos admiten y declaran su ignorancia, no la sienten realmente. Hay muchos que dicen no conocer nada de economía política, muchos que no saben el significado de las palabras. Y sin embargo, estos mismos sostienen, con la más alta confianza, opiniones sobre argumentos pertinentes á aquella ciencia, tales como las causas que afectan los salarios, los precios y las ganancias, los efectos de la tarifa, la influencia de las máquinas que ahorran esfuerzo humano, la función y la substancia propia del dinero, la causa de las épocas críticas ó prósperas, y así sucesivamente. Porque los hombres, viviendo en sociedad—el cual es su modo natural de vivir—, deben tener alguna especie de teoría política, economías buenas ó malas, justas ó injustas.» Y la economía política no sólo «es una ciencia que no debe ser confiada á especialistas

—la única ciencia útil, de la cual á todos interesa alguna cosa—, pero es también la ciencia que «cada uno puede estudiar con facilidad, pues no tiene necesidad de instrumentos ni de especial condición. Los fenómenos que indaga no deben ser buscados en los laboratorios ó en las bibliotecas; ellos están alrededor nuestro, y constantemente nos penetran. Los principios que le sirven de base son verdades de las cuales todos somos conscientes, y sobre las cuales basamos constantemente nuestros razonamientos y acciones de la vida cotidiana».

Yo no me ilusiono respecto á que ciertas cosas, aun cuando simples, pueden ser aceptadas por todos á ojos cerrados. «El hábito—dice Carlyle—es la ley más profunda de la naturaleza humana; es nuestra suprema fuerza, ó también, en algunas circunstancias, nuestra debilidad más miserable.» Y por tanto, algunos serán siempre rehacios á ciertos principios hasta que el ambiente no esté suficientemente impregnado, y entonces serán arrastrados por la corriente, sin apercibirse de cuán difícil fué comprender las ideas, aun las más simples. Adam Smith dice «que las primeras máquinas inventadas para efectuar un movimiento especial, son siempre las más complicadas, y los artistas que se suceden descubren siempre que con un menor número de ruedas, con un número de principio de movimiento menor que aquel que originalmente se había empleado, pueden más fácilmente producirse los mismos efectos». Así también los primeros sistemas filosóficos son siempre los más complejos, y se cree generalmente que para unir dos formas aparentemente separadas sea necesaria una cadena ó un principio particular que las una; pero generalmente sucede que un gran principio de unión es suficiente para ligar á todos los fenómenos discordes que se presentan en un entero sistema de cosas. Sucedió así cuando se comenzó á demostrar que no es natural que un hombre tenga derechos absolutos sobre otro hombre; y cuando los secuaces de Lister aplicaron el método aséptico y antiséptico en la cirugía, recuerdo yo mismo que algunos cirujanos de fama lo ponían en ridículo.

De nuestro Boulé ó Parlamento forman parte hombres que pertenecen á todas las ramas de los conocimientos humanos. Abogados, ingenieros, médicos, políticos de profesión, demagogos y literatos que asumen con tanta ligereza la grave misión de legisladores y administradores de un país, sin horizontes prácticos, sin preocuparse jamás de problemas económicos, sin otro ideal que el de un patriotismo falso, quijotesco; con la mente llena de glorias salvajes conquistadas con la sangre de los otros; sin ningún conocimiento de las fuentes de las cuales una nación debe sacar sus recuerdos para los gastos del Estado; sin saber si el proteccionismo ó el libre cambio son útiles ó nocivos; sin nociones sobre las reformas que se efectúan en los países más civilizados; sin criterio ninguno sobre la riqueza general y la individual; sin una idea clara del modo y los medios para hacer grande una patria.

Y sin embargo, no es posible dar un paso sin chocar con la ciencia económica. ¿Por qué la ciencia que estudia las leyes de la producción de la riqueza comprende argumentos que ocupan más de los nueve décimos de los esfuerzos humanos y quizás del pensamiento humano? En su dominio está comprendido todo lo que se refiere á la compensación del trabajo y á las ganancias del capital, todos los reglamentos comerciales, todas las cuestiones de circulación monetaria y finanza, todos los impuestos, los gastos públicos; en resumen, todo lo que puede afectar en cualquier modo la suma de la riqueza que una comunidad puede asegurarse, ó la proporción en que esta riqueza será distribuida entre los individuos. Aun cuando no sea una ciencia de gobierno, es esencial á la ciencia de gobierno. Aunque se preocupe directamente y sólo de lo que se ha dado en llamar instinto egoísta, incluye, sin embargo, este estudio la base de las más altas cualidades. Las leyes que se propone descubrir, son leyes por las cuales las naciones y los Estados progresan en riqueza y prosperidad ó decaen pobres y débiles, las leyes de las cuales dependen el *confort*, la felicidad y las oportunidades de la vida individual. Y como el desarrollo de la parte más noble de

la naturaleza humana es modificado potentemente por las condiciones materiales, ó más bien dicho, depende absolutamente de ellas, las leyes buscadas por la economía política son leyes que en el fondo dominan el estado mental, moral y físico de la humanidad.

El siglo XVIII ha desenvuelto las poderosas fuerzas de la producción del vapor y la electricidad, y se sirvió de las otras leyes físico-químico-mecánicas. A nuestro siglo tócale resolver el problema de la distribución, si no queremos que nuestra civilización, á pesar de su orgullo y las pretensiones de inmortalidad, se haga pedazos como la egipcia, la china, la griega, la romana. Porque no hay necesidad de esperar que vengan de regiones desconocidas los vándalos y los hunos. Ellos crecen á la sombra de los grandes palacios, de las iglesias y de los centros de arte, bajo forma de hambrientos y prostitutas, de toda especie de vicios que nacen de la miseria. Junto con los progresos maravillosos debidos al aumento de la riqueza, la inteligencia ha sabido encontrar é inventar cada día los más formidables medios de destrucción.

Y nótese que, cuando hablamos de distribución de la riqueza, no entendemos decir división de la riqueza. Creo necesario insistir sobre la distinción de estos dos términos, porque la mala fe podría confundirlos. Distribución significa á cada uno lo que le corresponde en justicia. En otros términos: «la necesidad de una consideración de la distribución de la riqueza en economía política, viene del carácter cooperativo de la producción de la riqueza en la civilización. En el estado primitivo de la humanidad, cuando la producción es conducida por unidades aisladas, el producto de cada unidad quedaría, en el acto de ser producida, en posesión de aquella unidad, y no habría distribución de riqueza ni necesidad de tenerla en consideración. Pero en un estado de la humanidad más alto, en el cual, separadas unidades, impelida cada una de ellas á la acción, para satisfacer las propias necesidades individuales, cooperan á la producción, cuando el producto está obtenido, urge necesariamente la cuestión de la distribución del producto», la

cual, los de nuestra escuela, aspiramos á que sea hecha según las leyes naturales, no según las leyes humanas, con todo el respeto debido á los principios de la ética.

IV

Para pedir la resolución del problema á la economía política, éste debe formularse más ó menos del siguiente modo:

¿Por qué á pesar del aumento de la riqueza, que se manifiesta con el enorme aumento de los medios de producción, de la facilidad del cambio, de las relaciones comerciales y de todas las comodidades para satisfacer nuestras necesidades y nuestros deseos, la compensación del trabajo, ó en otros términos económicos, el salario, va disminuyendo hasta proporcionar la mera subsistencia, y por qué se hace siempre más difícil encontrar trabajo, y el número de los ociosos que buscan trabajo aumenta paralelamente al progreso?

Los socialistas, que pretenden haber encontrado la clave del problema, responden: «La concurrencia, el conflicto entre capital (?) y trabajo, la propiedad privada de la tierra y del capital, con la consiguiente acción por parte de los privados de la renta, interés y beneficios (es decir, el *surplus* de valor), el dinero y la sed insaciable de dinero, son los males sociales que causan la pobreza material y mental de las grandes masas del pueblo»: por tanto, «la férrea ley del salario» de Marx y Lassalle, por la cual el salario debe descender hasta el punto de proporcionar á los trabajadores la mera subsistencia. Reservo para la última parte de mi relación el examen de estas aserciones. El trabajo más difícil está en convencer á la gran mayoría respecto á la verdad de todo aquello en que los economistas serios se hallan de acuerdo—á pesar de sus errores—cuando afirman la misma proposición formulada por mí, es decir, que el salario desciende al mínimum de la mera subsistencia.

El duque de Argyll, filósofo y escritor renombrado de Inglaterra, en un artículo de crítica bien amarga de los libros de Henry George, sostenía que todas las clases han participado en el aumento de la riqueza general, que el salario ha redoblado, los artículos de consumo se venden mucho más baratos y el *confort*, en general, ha aumentado. Y como el duque de Argyll hay muchos que pretenden que la situación de todos ha mejorado muchísimo, que comodidades, diversiones, etc., son tan accesibles á nosotros, como nuestros antecesores jamás se lo hubieran imaginado; y por tanto, no es el progreso el que dejó de traernos el *confort* á cada uno, sino que las pretensiones humanas han crecido hasta la exageración. «Y tan es cierto esto—agregan ellos—, que en las estadísticas de todos los gobiernos se comprueba un aumento de salario casi en cada rama de las industrias.»

Las estadísticas engañan porque los salarios que en ellas figuran son salarios de la jornada ó de la semana. Cuando anualmente son computados, nada valen, y no tienen la precisión de dar el término medio del salario, término medio que debe extenderse, para ser exacto, también á los que están sin trabajo. Pero es evidente, sin necesidad de estadísticas, que la condición de las clases obreras ha decaído, primero porque las categorías más bajas de los trabajadores están peor de lo que estaban, á menos que la caridad pública no los ayude; segundo, porque el costo de la vida de hoy no debe parangonarse con el costo de la vida de los tiempos pasados, basándose solamente en los precios de las mercaderías principales, que es la base del costo de la vida, sobre que se fundan las estadísticas y los innumerables politicastros que piensan como el duque de Argyll. Cuando el vestido y otras cosas de primera necesidad se hacían en casa, no costando nada en dinero —excepto los materiales, que también costaban menos—, una cuota baja de salario daba una condición de vida mejor que aquélla, que un salario más alto de hoy que todas las cosas necesarias deben ser compradas. Y

después, el catálogo de las cosas necesarias para la vida ha aumentado en extensión. En el pasado se podía vivir una vida respetable en cierto modo con una cierta previsión de cosas necesarias á la subsistencia, que en la época nuestra por sí solas indicarían un extremo grado de pobreza.

En los países y en los centros civilizados, el simple detalle de la necesidad del tranvía, causado por la necesidad de vivir á distancia de los centros de trabajo y de los mercados de abasto, aumenta no menos de 100 á 200 francos al año (25 ó 50 pesos) los gastos en la vida de las familias de los trabajadores. Así es que los gastos de la vida han aumentado por la necesidad de comprar algunas cosas que antes se hacían en familia y por otras cosas que antes eran desconocidas.

Pero queda una consideración más importante. Admitamos, cosa que estoy muy lejos de admitir, que el duque de Argyll tenga razón al decir que absolutamente las clases obreras reciben mayor salario. Tiene concedido esto: ¿eran acaso aquellos que sostienen que la subsistencia es relativamente más pobre, es decir, que quien trabaja recibe una proporción más pequeña de lo que produce? En medio siglo, el poder productivo ha aumentado enormemente, y en muchas ocupaciones el hombre puede hacer más trabajo que cuanto podían hacer cien personas una vez. Y sería muy poco decir que el conjunto del trabajo es cinco veces más productivo de lo que era hacia la mitad del siglo. Sin embargo, ¿quién se atrevería á decir que los obreros están como obreros cinco, cuatro, tres veces ó lo menos dos veces mejor que cincuenta años hace? ¿Es el salario aumentado en proporción de la eficacia aumentada del trabajo? (1).

Sin invocar la autoridad de Thorold Roger, que en su libro *Seis siglos de trabajo y de salario* hace la historia de la disminución del salario y del aumento del trabajo, es un hecho indiscutible, del cual en Europa no

(1) Consúltese la estadística de Mr. Holt. (*The Public*, núm. 205, págs. 755-56 y el núm. 184, pág. 421.)

todos se aperciben, en los países nuevos donde se estaba habituado á recibir una compensación en general satisfactoria y lisonjera.

En California, en Australia, en toda la América, el salario que cada clase de obreros recibía permitía hasta ahorrar, lo cual hoy ni soñarlo cabe. Es verdad que hay médicos, abogados, ingenieros, artistas, cuyas ganancias son muchas veces fabulosas; pero éstos están en una proporción mínima con aquellos que ganan, quién más, quién menos, la mera subsistencia, sin hablar del trabajador manual, cuya vida se ha hecho miserable. Las sociedades de trabajo—las *Trades-Unions*—han obtenido alguna cosa en Inglaterra y en los Estados Unidos, pero su prosperidad está bien lejos de realizar la ilusión de los escritores franceses é italianos, que han perdido tanto tiempo y tanto fósforo para estudiarlas. El lector verá, más adelante, cómo ellas han beneficiado tan poco á la clase trabajadora. La verdadera cuestión reside en mostrar como prueba de aumento de salarios, no la *jornada*, con la cual estas sociedades han obligado á empresarios y á patronos á remunerar á los obreros, sino que es á fin de año, como más arriba he dicho, cuando el obrero debe deducir el término medio de sus ganancias. A más la mera subsistencia, subsistencia anhelante entre esperanzas, temores é incertidumbres, son muy pocos los que pueden contar con algún escaso ahorro.

Los economistas, en general, sostienen que el salario depende de la relación entre el número de trabajadores y la cantidad de capital destinado á emplearlos. Es decir, en la sociedad existe como ley natural un fondo de riqueza acumulada que se llama capital, de la cual una parte está destinada para los instrumentos y medios de producción y otra parte destinada á recompensar á los trabajadores. Y como éstos—con el aumento de la población por todas partes—aumentan en número, así la cuota que le toca á cada uno debe disminuir por una ley aritmética natural. Esta idea es común, no sólo en los economistas, sino también entre los socialistas; y los unos y los otros sostienen que, debiendo el salario sus-

traerse al capital, la industria es limitada por el capital; que con un salario bajo se puede emplear mayor número de trabajadores; que la sociedad moderna no es posible sin capital, y que aquel que se lanza en la sociedad sin capital, debe volverse un simple esclavo del capitalista.

Yo preguntaba una vez á un socialista, que opinaba que los gobiernos debían proveer de medios de producción á los trabajadores, qué diferencia hacía él entre capital y medios de producción, ó á lo menos, qué entendía él por capital. Me respondió que él rehuía las definiciones, y que admiraba más al inventor de un sacacorchos que al inventor de una nueva definición. Es la respuesta de todos aquellos que creen que con la agudeza del intelecto se puede hablar de hechos generales sin pensar en ellos sistemáticamente. Sin embargo, «en cada estudio es importante dar un significado definitivo á las palabras que usamos, y esto es especialmente importante en economía política... De otro modo, no podemos pensar con precisión si en nuestra mente no usamos las palabras con precisión». Los términos usados en economía política no son exclusivos á á esta ciencia, tal como en química se usan términos exclusivos de la química. «Son palabras usadas diariamente, y que las necesidades de la vida nos obligan á usar y aceptar en un significado diferente del económico.» Si prestamos poca atención á los términos, no se puede dar un paso sin caer en confusión, en la cual cayeron los mismos eminentes escritores de economía. Comúnmente, la palabra *salario* está indicada para significar la compensación que un obrero empleado recibe de quien lo emplea. Pero en economía política significa la compensación general que uno recibe por su trabajo. Todos los economistas convienen que los tres factores de la producción son: *tierra*, *trabajo* y *capital*. Como trabajo, pues, se entiende toda forma de esfuerzo humano en la producción de la riqueza. Los que incluyen la inteligencia como factor olvidan que el «trabajo es físico solamente en la forma exterior». El trabajo humano no es como el de un buey ó el de un caballo, porque para ser productivo «exige cerebro humano y la mano del hombre, y sería imposible sin el ejercicio de las facultades mentales de parte de quien lo ejercita».

Es sobre la definición del capital donde los economistas no concuerdan. Y la razón de la enorme confusión en definir el capital, está en el hecho de que los economistas no se han puesto de acuerdo jamás sobre el significado de la palabra *riqueza*, hasta el punto de que algunos han creído eliminar de sus tratados toda definición, hablando después ampliamente de la producción, distribución, etc., de la riqueza, sin establecer qué cosa entienden por riqueza.

Tierra, trabajo y capital son los tres factores de la producción. «Por tierra se entiende no solamente la superficie seca del globo, sino todo lo que está arriba y abajo de ella, desde el Zénit al Nadir.» El hombre es animal terrestre y puede vivir solamente por medio de la tierra. La luz, el aire, el agua y toda la materia que es necesaria para la vida no podrían usufructuarse sin la tierra. Sin ella, el hombre no podría fabricar ni un alfiler ni una casa; así es que el término *tierra* en economía política significa el factor natural y pasivo, dél cual y por el cual el trabajo produce, y solamente por el cual puede producir. La palabra *tierra*, en resumen, comprende todas las materias, las fuerzas y las oportunidades naturales, y por tanto, nada de lo que suministra la Naturaleza gratuitamente debe ser confundido con el otro término: *capital*.

Un campo fértil, una mina rica, una cascada de agua que suministre fuerza y poder, pueden dar al poseedor ventajas equivalentes á la posesión del capital; pero calificar tales cosas como capital, significaría confundir la distinción económica entre tierra y capital. La palabra *trabajo* encierra todo esfuerzo humano, y por tanto, los poderes humanos conquistados ó naturales, no pueden propiamente clasificarse como capital. En la conversación común hablamos generalmente del saber ó habilidad de un hombre, como si esto constituyese su capital; pero esto es evidentemente un uso metafísico del lenguaje, y que es necesario evitar en razo-

namientos que pretenden ser exactos. La superioridad, en tales cualidades, puede aumentar las entradas de un individuo, como haría el capital, y un aumento en los conocimientos, habilidades y destreza de una comunidad puede tener el mismo efecto en el aumento de la producción, como lo haría el aumento del capital; pero este efecto es debido al poder aumentado del trabajo, y no del capital. La velocidad aumentada puede dar al empuje de una bala de cañón el mismo efecto del aumento de peso; sin embargo, peso es una cosa y velocidad es otra.

Por tanto, el capital debe ser formado por cosas que no sean ni tierra ni trabajo, pero sí por el resultado de estos dos factores combinados en la producción de aquellas cosas necesarias á la satisfacción de los deseos humanos, y que están comprendidas bajo el nombre de *riqueza*. Es este el término que, mal definido, ha llevado las contradicciones y las confusiones más curiosas en la definición del término *capital*.

El lector prudente y razonable que por primera vez piensa en tales temas, tan necesarios á la vida, y sin embargo, tan descuidados por la inmensa mayoría, que habla sin saber lo que dice, me agradecerá, sin duda, las páginas que traduzco fielmente. La economía política, bien aprendida, constituye, como dicen los buenos americanos, el arte de ganarse la subsistencia *(the art of getting á living)*; y si cada cual razonase un poco más sistemáticamente sobre los hechos y relaciones de la vida, la sociedad no se asemejaría á una jauría de perros que se despedazan por un hueso que les es piadosamente arrojado, sino á una comitiva de gentilhombres sentados alrededor de una mesa abundante y bien servida.

Cuando decimos que en una comunidad aumenta la riqueza, como diríamos que en Inglaterra aumentó la riqueza después que la reina Victoria ascendió al trono ó que California es ahora un país más rico que cuando era territorio mejicano, nosotros no queremos decir que hay más tierra, que los poderes naturales de la tierra son mayores, ó que hay un número mayor de habitantes, porque en este caso claramente decimos que la población crece; nosotros no queremos decir que las deudas ú obligaciones de algunos hacia otros hayan aumentado, sino que hay un aumento de ciertas cosas tangibles que tienen un valor íntimo, no puramente relativo, como por ejemplo, instrumentos de trabajo, bestias, edificios, máquinas y productos agrícolas y minerales, artículos manufacturados, naves, vehículos, muebles y anexos. El aumento de estas cosas constituye aumento de riqueza; su disminución, una disminución de riqueza, y á la comunidad que, en proporción á su número, tenga mayor abundancia de tales cosas, la llamaremos comunidad más rica. El carácter general de estas cosas está en que ellas consisten en substancias naturales ó productos que han sido, por el trabajo humano, adaptados al uso y satisfacción del hombre, y cuyo valor depende de la suma de trabajo que en término medio habría exigido la producción de cosas de la misma especie.

«Pero comúnmente usada, la palabra *riqueza* se aplica á todo aquello que tiene un valor en cambio.» Mas en realidad, algunas cosas consideradas como riqueza, aunque confieran un estado de prosperidad á los poseedores de ellas, sin embargo, económica y realmente no son riquezas. Por ejemplo, las obligaciones, las hipotecas, las letras, los billetes de Banco y otros contratos para la transferencia de riqueza; los esclavos, cuyo valor sólo representa el poder que tiene una clase de apropiarse de las ganancias de otra clase; los terrenos y otros beneficios naturales, cuyo valor no es más que el reconocimiento de ellos en favor de ciertas personas con el exclusivo derecho de usarlos, y este derecho representa meramente el poder dado á los propietarios, en virtud de dicho reconocimiento, de pedir una porción de la riqueza producida por los que en ellos trabajan.

Aumentando la cantidad de hipotecas, obligaciones, etcétera, no puede aumentar la riqueza de la comunidad, que comprende tanto á acreedores como á deudores. Aumentando el número de los esclavos, no aumenta la riqueza de la sociedad, porque lo que ganan los patronos es perdido por los esclavos. Aumento en el valor de

los terrenos no representa aumento en la riqueza común, porque lo que los propietarios ganan con los precios más altos, es perdido por aquellos que deben trabajar la tierra ó comprarla, y por tanto, desembolsar el aumento del valor, ya sea en el alquiler ó en la compra.

Y toda esta riqueza que en la opinión común, en el común lenguaje, en la legislación y en los códigos, no es distinta de la riqueza real, podría, sin destruir más que pocas gotas de tinta, ser anonadada. Con una ley del poder político soberano, los débitos pueden borrarse, los esclavos emanciparse y la tierra ser tomada como propiedad de la sociedad, sin que nada pierda la riqueza común, porque aquello que algunos perderían sería por otros ganado.

Así es que pueden ser riqueza «solamente aquellas cosas cuya producción ó destrucción aumenta ó disminuye el conjunto de la común riqueza», ó en términos más concretos: *la riqueza*, como término de economía política, *consiste en aquellos productos naturales que han sido asegurados, removidos, combinados, separados ó de cualquier otro modo modificados para adaptarlos á los deseos humanos.*

Ahora bien; estas cosas tangibles, ó son destinadas á satisfacer directamente los deseos humanos, ó son destinadas á producir alguna cosa más; es decir, aumento de riqueza mediante el cambio ó mediante el ejercicio de un trabajo ya acumulado. Una cantidad de alhajas puede desempeñar, ya sea la función de satisfacer la vanidad de una señora, ó esperar, en la vitrina del joyero, que pase en el intercurso del cambio y producir algún aumento de riqueza para el joyero. Una docena de cigarros puestos en el bolsillo del fumador, están destinados á satisfacer los deseos de éste, mientras que en los depósitos del tabaquero tienen el fin de producir para él alguna cosa más de lo que le costaron con el cambio hecho con otra forma de riqueza. Y así continuamente, con la infinita variedad de las formas de riqueza. Cae por su propio peso, pues que sólo en el segundo caso ella constituye lo que se llama capital, ó como dice Smith, aquella parte que un hombre tiene en reserva,

Stock, y de la cual espera alguna entrada ó ganancia, se llama capital.

Por lo tanto, por capital se entiende la riqueza destinada á producir mayor riqueza, y por tanto nada puede ser capital si no comprende aquellas cosas tangibles que tienen un valor intrínseco impreso por el trabajo. De manera que los verdaderos factores de la producción, no son más que dos: tierra y trabajo; y la primitiva división de la riqueza, es doble, no triple. El capital no es más que una forma de trabajo, y la distinción que hacen en economía política todos los autores, no es más que una subdivisión, tal como se haría entre trabajo más inteligente y hábil y trabajo menos hábil y menos inteligente.

Aquellos que al capital atribuyen la esclavitud del trabajo, olvidando el hecho de que el capital busca inútilmente ocupación y está gradualmente recibiendo un interés menor, parten de un punto de vista demasiado rutinario «y erróneo en los términos. Viviendo y haciendo sus observaciones en un estado social en el que un capitalista generalmente alquila tierra y trabajo, de manera que parece que emprende y da el primer movimiento á la producción, los grandes cultores de la ciencia han sido inducidos por este hecho á mirar el capital como primer factor en la producción, á la tierra como el instrumento y el trabajo como un medio», mientras en el orden natural, la tierra es el primer factor *indispensable* pasivo; el trabajo segundo factor *indispensable* activo, y el capital la ayuda del trabajo en la producción. Es necesario no olvidar que, á pesar de la complejidad de la civilización actual, ésta representa siempre á la sociedad en sus formas más simples. El molino de agua que existe en tantas de nuestras aldehuelas, no es más que la forma más simple del molino á vapor con todos los progresos de la mecánica moderna y con su numeroso cortejo de obreros y empleados, porque ambos molinos muelen grano para hacer pan. Y á través de una red moderna, complicadísima, de la producción y del cambio, el hombre moderno dedicado á los más refinados trabajos no hace en último análisis

más que aquello que hacía el hombre primitivo cuando se encaramaba á un árbol para coger las frutas, «esforzándose en obtener de la Naturaleza, con el ejercicio de sus facultades, la satisfacción de sus deseos».

Es preciso tener presente otro hecho. La tierra no es necesaria solamente para la agricultura. Sin tierra, la vida no sería posible, ni serían posibles las ocupaciones comerciales ó mecánicas, consideradas por algunos como elementos de cambio y no de producción. Esta palabra *producción* se usa por un lado en un sentido muy vasto, aun cuando el trabajo es aplicado directamente á la tierra, porque al fin de cuentas, el hombre no produce ni crea nada. El no podría agregar ni disminuir un átomo á la materia existente y á su disposición. Lo que él hace consiste en imprimir en la materia las huellas de su esfuerzo, cambiándola de forma y de lugar. Y por otra parte, por tanto, «la idea de que la producción se reduce solamente á *hacer* cosas, es muy estrecha. Por producción se entiende, no solamente el *hacer* los productos, sino el llevarlos al consumidor. El mercader, el tendero, es productor tanto como el fabricante y el agricultor, y su depósito de géneros está dedicado á la producción, como el de la fábrica ó el campo». De tal manera queda simplificado el corolario, que llegamos á la conclusión de que la producción no reconoce más que tres socios entre los cuales se reparte. El propietario de la tierra, el trabajador y el capital, que en la civilización moderna es un factor importante del progreso, pero que en la producción no es absolutamente necesario.

El decir, en efecto, que el trabajo no puede ejercitarse sin el capital, es como suponer que es necesario ahorrar trabajo, antes que el trabajo pueda hallar ocupación. Proposición tan ridícula y tan absurda, no merecería ser disentida.

En términos económicos, la parte que corresponde al primer factor, tierra, se llama *renta;* el que corresponde al trabajo, *salario*, y el que al capital, *interés*.

En lenguje común se llama renta á todas las entradas que resultan no sólo de la tierra, sino también de los edificios y otros mejoramientos de aquélla. Pero económicamente, se llama renta solamente á aquello que se percibe por el uso de la tierra. La parte pagada por los edificios y mejoramientos forma parte del interés del capital. Además de esto, nosotros decimos renta cuando el propietario y quien la usa son personas diferentes. Pero económicamente existe una renta también cuando el propietario usa la tierra, pudiendo distinguirse lo que él recibiría si empleara trabajo y capital, de lo que él debería pagar si la tierra fuese arrendada. Además de esto, «la renta se expresa económicamente también en el precio de venta. Si yo compro una tierra á bajo precio y la mantengo hasta que puedo venderla á un precio elevado, me hago rico, no por compensación de mi trabajo ó interés sobre el capital, sino por aumento de renta». En resumen: como propietario, tomo parte de la riqueza producida por el trabajo y por el capital empleados sobre la tierra por el solo hecho de ser dueño de las oportunidades naturales.

No es solamente salario lo que un patrono paga á sus empleados ó á un sirviente, sino que se entiende por tal toda compensación de trabajo. Si yo gasto un tiempo para ganarme la vida, ya sea en la pesca, ó en la caza, ó en recoger oro en Alaska, el fruto de estos diversos modos de emplear el trabajo constituye mi salario, el cual está determinado por mi *habilidad* y por los *poderes naturales* sobre los cuales aplico mi trabajo. Como al aplicarlo procuro satisfacer mis deseos con el menor esfuerzo, así, al buscar la mayor compensación con la menor fatiga, yo me dedicaré á trabajar en los puntos de mejores oportunidades que me sean accesibles, y por tanto, merced á nuestro instinto innato de independencia, no trabajaré para otros sino mediante una compensación igual á aquello que yo puedo percibir directamente de la tierra ó de la mejor industria que me sea accesible. Por tanto, mi salario no está determinado por mí, ni por mi patrono, sino por la facilidad ó dificultad de acceso en los agentes naturales de mayor productividad y menor trabajo. Aunque esta compensación no pueda ser determinada con cifras exactas, hay siempre cierto equilibrio dictado por la misma ley fundamental

de la economía política: que los hombres tratan de satisfacer sus necesidades con el menor esfuerzo.

Y aun cuando los salarios «de tiempo en tiempo pueden cambiar entre ellos de relación—según cambien las circunstancias que determinen el relativo nivel—, es evidente, sin embargo, que los salarios, en todos los estados de la industria, dependen, en último resultado, de los salarios de la capa más baja y más amplia, ó sea de los que vienen directamente de la tierra, *porque proceden de aquellas ocupaciones que proporcionan riqueza, sacándola directamente de la Naturaleza*».

Respecto al interés, por ejemplo, el socialismo lo cree injusto, y querría abolirlo. Pero esto depende de la confusión entre capital, sinónimo de trabajo honestamente acumulado, y monopolio, que explota y roba al trabajador.

El concepto socialista—como más adelante diré—del capital, es la idea más nebulosa de toda la literatura alemana. El capital no es más que la riqueza destinada á producir mayor riqueza; por tanto, no es ni tierra, ni un privilegio especial para aprovechar el trabajo ajeno. Si yo, obrero de cualquier rama de la producción, ahorro una parte de mis productos para construir una máquina, no es más que una forma de salario. Pero las utilidades de monopolio son generalmente confundidas con el interés, y por asociación se ha dado á éste el nombre de ladrón de la industria. Pero para comprender si el interés es justo ó no, es necesario distinguir bien lo que es capital; y es imposible, por ejemplo, responder inteligiblemente á uno que me preguntara si yo reputaría justo pagar interés á quien presta un millón y no ha hecho nada para ganarlo, ni hace nada desde el momento que yo trabajo para pagarle interés. El pobre agricultor, por ejemplo, piensa en las altas cuotas de interés que paga, parte por los riesgos, parte porque no sabe el *modus operandi* de las casas bancarias, y parte porque las legítimas facilidades de los Bancos son escasas allá donde él vive. El especulador de la Bolsa cree y llama interés á lo que paga en momentos de estreheces que lo sofocan de día en día; otros llaman intereses

á los percibidos sobre obligaciones del gobierno y otros dividendos de sociedades con monopolios de más ó menos valor sobre la tierra. Ninguno de estos pagos es propiamente interés, en el verdadero sentido económico.

La división de un valor cuantitativo es susceptible de una fórmula segura; por tanto, dados tres factores para la producción de la riqueza, debe subsistir una fórmula algebraica que nos muestre cómo la distribución de ella se efectúa entre los tres socios, á pesar de la complejidad del mecanismo de nuestra civilización en lo que toca al comercio, al cambio y á las artificialidades que para la exigencia de la lucha por la vida el ingenio humano está obligado á inventar.

En los orígenes de la civilización, un hombre debe emplear su tiempo en las diversas necesidades de la vida, mientras hoy la división del trabajo ha especializado en cada individuo ó clase de individuos las respectivas funciones en la producción de las comodidades. Pero, como más arriba decía, todas estas funciones tienden á un solo fin: satisfacer los deseos humanos. Y siguiendo la serie de los cambios, un hombre que se dedica á una sola rama de una industria cualquiera, toma realmente parte en las demás industrias, cuando menos en las fundamentales. Un sastre que trabaja en un traje, está virtualmente trabajando en un par de zapatos, en la producción de alimentos y otros objetos necesarios á la vida, los cuales son obtenidos por él, en cambio, cuando presente el certificado de su trabajo, comúnmente llamado dinero, que realmente no es más que un medio de cambio.

La fórmula, por tanto, se reduce á lo siguiente:

$$Tierra + Trabajo + Capital = Producción$$

Por tanto será:

$$Producción = Renta + Salario + Interés$$

O abreviando:

$$T.^{rra} + T.^{jo} + C.^{l} = P.^{n}$$
$$P.^{n} = R.^{ta} + S.^{rio} + I.^{és}$$

Efectuándose la distribución del producto entre los tres factores, debe existir una ley que nos muestre qué parte corresponde fatalmente á cada uno. Producción y distribución, en realidad, no son cosas separadas, sino dos partes mentalmente distinguibles de una cosa: «el esfuerzo del trabajo humano para la satisfacción del deseo humano». Bastará, por tanto, poner en correlación las leyes de la renta, salario é interés, para ver cómo se efectúa la distribución de la riqueza producida. Una parte de ésta es tomada bajo forma de impuesto por los gobiernos; otra parte es tomada por diversos monopolios. Pero provisionalmente podemos tomarla como no separada. Y veremos en qué relación están estas porciones de riqueza—impuestos y monopolios—con las leyes de la distribución.

¿Cuál es, pues, la ley de la renta? Tomemos como ejemplo nuestra Grecia. Si la tierra de Grecia se encontrase en poder de un solo propietario, al resto de los habitantes no les quedaría otro camino—reconociendo el pleno derecho de propiedad privada sobre ella—que ó trabajar y vivir en las condiciones por él impuestas ó emigrar.

Pero como ella se encuentra, como en todos los otros países, más ó menos subdividida, entonces surge de esta división una concurrencia natural fundada sobre aquella ley, que es, como en física, la ley de la gravitación, y que determina el precio que se ha de pagar á cada propietario, para poder tener acceso á los agentes naturales. Con el propósito, pues, de satisfacer las propias necesidades con el menor esfuerzo, cada uno busca el terreno que ofrezca los mejores beneficios, ya sea en fertilidad ó en otras condiciones que hagan el trabajo más eficaz y la producción mayor. Los beneficios ofrecidos por la tierra no son todos iguales, y entonces entre un terreno y otro hay una diferencia esencial que constituye la superioridad en ventajas del uno sobre el otro. El mismo trabajo aplicado sobre dos terrenos diferentes producirá diferentes resultados; por tanto, en uno la producción será mayor, y en el otro menor. El exceso de la producción constituye la renta, que es aquella

parte pagada al propietario por quien usa de la tierra. Este principio se aplica no sólo á la agricultura, sino á todas las demás ocupaciones, como se puede ver en los terrenos de las ciudades, en las cuales cada punto da, como producto neto, al propietario, una parte relativa á las ventajas naturales que éste ofrece, y que son independientes del trabajo sobre él efectuado.

Por ejemplo: la misma *suma* de trabajo se gasta sobre los terrenos A, B y C. Por causas inherentes á la fertilidad ó la posición, que hacen el trabajo más ó menos eficaz, el terreno A produce 10; B produce 8 y C 5. La diferencia entre A y C constituye la renta á favor de A y B, y por tanto, la renta de la tierra, como fué enunciada por el economista Ricardo, «es determinada por el exceso del producto sobre aquélla que la misma aplicación de trabajo puede obtener de la tierra menos productiva en uso». O dadas las condiciones sociales existentes, «la propiedad privada de un agente natural de producción da al propietario la facultad de apropiarse de tanta riqueza producida por el empleo de trabajo y capital, cuanto es el exceso del resultado que la misma aplicación del trabajo y capital puede obtener en una ocupación productiva en la cual entrambos pueden emplearse libremente».

Hablando del salario hemos dicho más arriba que de las artes más bajas á las profesiones más lucrativas hay siempre un nivel común. La habilidad y la inteligencia, ciertos éxitos debidos á la suerte y á la imbecilidad del público, hacen percibir á algunos compensaciones fabulosas, pero esto no es la regla. Esto mismo respecto al interés del capital. Algunas ocupaciones parecen ofrecer mayor interés que otras, pero eliminando los monopolios, es claro que ninguno emplearía el capital en ocupaciones menos productivas de interés. Porque apenas se descubre una ocupación más proficua, todos se dirigen á ella, y un nivel general con las otras se establece inmediatamente.

Cuando el trabajo se ejercita sólo sobre la tierra, sin ayuda del capital, la producción se repartirá entre dos factores, y al trabajo le tocará aquella parte que queda

después de restada la renta. O si el capital ayuda al trabajo, entonces, después de sustraída la renta, de lo que queda, parte corresponde al trabajo, como salario, y parte al capital, como interés. Por tanto, volviendo á la fórmula algebraica:

Producción = *Renta* + *Salario* + *Interés*

Y por tanto:

Producción — *Renta* = *Salario* + *Interés*

Pero podría objetarse: «No todos queremos tierra; no todos podemos convertirnos en agricultores.» A esto respondemos que *sí*, «todos queremos y necesitamos de la tierra, aun cuando de modos diferentes y en diverso grado. Sin tierra ningún ser humano puede vivir; sin tierra no puede verificar el hombre ninguna ocupación. No es la agricultura el único modo de usar de la tierra. La agricultura es una de las tantas formas de su uso. Y como la planta más alta de los más altos edificios reposa sobre la tierra tanto como la planta baja, así el industrial y el obrero se sirven de la tierra tanto como el agricultor. Como toda la riqueza es, en último análisis, resultado de la tierra y del trabajo, así toda la producción es, en resumen, el ejercicio del trabajo sobre la tierra».

«Tampoco es verdad que todos no podemos convertirnos en agricultores. Es la única cosa en que todos podremos convertirnos. Si todos los hombres fueran comerciantes, sastres ó mecánicos, muy presto todos nos moriríamos de hambre. Han existido sociedades, y aun existen, en las cuales todos gánanse la vida conquistándola á la Naturaleza directamente. Las ocupaciones que se dirigen inmediatamente á la Naturaleza, son las primitivas ocupaciones, de las cuales, diferenciándose en el curso del progreso, surgen todas las otras. No importa la complejidad de la organización industrial; ellas continuan siendo siempre las ocupaciones fundamentales, sobre las cuales se apoya toda otra ocupación, tal como los pisos superiores de un edificio vienen á apoyarse sobre los cimientos. Hoy, como siempre, *el agricultor alimenta á todos*. Y necesariamente la condición del trabajo en estas ocupaciones primitivas y más amplias, determina la condición general del trabajo, tal como el nivel del Océano determina el nivel de todos sus brazos, mares y bahías. Donde haya gran demanda de trabajo en agricultura y el salario sea alto, habrá pronto una gran demanda de trabajo y también salarios altos en todas las ocupaciones.»

Ahora bien; ¿por qué el salario tiende al mínimum y el capital encuentra empleo difícil, languidece de inercia y percibe siempre menos interés allá donde abunda? Esto es porque «el salario y el interés no dependen del producto del trabajo y del capital, sino de lo que queda para ellos después de descontada la renta ó del producto que ellos pueden obtener sin pagar renta, es decir, de la tierra más pobre en uso. Y por esto, cualquiera que sea el aumento en poder productivo, si el aumento de la renta marcha paralelo, ni el salario ni el interés pueden aumentar». Y aquellos que atribuyen al capital la opresión del trabajo, no sólo pierden de vista el hecho de que en los países americanos, donde el interés era alto, hoy va descendiendo siempre, sino que también en la confusa idea que tienen del capital, no pueden imaginarse que si éste pudiese emplearse solo—como en el paraíso de Carlyle—sin la ayuda del trabajo, recibiría tanto producto como el que quedaría después de haber sustraído la renta.

Por tanto, el aumento de la renta impide el aumento del salario y del interés, y lo que el terrateniente percibe de más, resulta de menos para el trabajador y el capitalista. Y es esta la razón por que el interés y el salario en los países nuevos son más altos y los capitales andan en busca de las tierras nuevas, no porque en ellas la Naturaleza sea más pródiga, sino porque la tierra es más barata, «y por tanto, tomando la renta una parte más pequeña de lo que la tierra da, el trabajo y el capital reciben una porción mayor. No es el producto total, sino el producto neto, es decir, después de sustraída la renta, el que determina lo que se reparte entre salario é interés. Y así la cuota del salario está es-

tablecida por todas partes, no tanto por la productividad del trabajo como por el valor de la tierra. Por doquiera, el valor de la tierra es relativamente *bajo;* el salario y el interés son relativamente *altos;* por doquiera la tierra es relativamente *cara;* el salario y el interés son relativamente *bajos*... Y el hecho es general, fácil para observarse en todas partes, que como el valor de la tierra aumenta, así aparece el contraste entre la riqueza y la miseria... Para ver seres humanos en la más abyecta condición, desesperados y agobiados, no es necesario ir á las inmensas llanuras aun no rodeadas de setos ó á las cabañas de madera de los más remotos bosques, donde el hombre, con sus más rudas fuerzas, comienza la lucha con la Naturaleza y donde la tierra no vale nada... Hay que ir á las grandes ciudades, donde la propiedad de un pequeño pedazo de tierra representa una fortuna».

V

Las leyes de una economía política sin prejuicios, explican matemáticamente dónde y cómo se distribuye fatalmente la producción; las leyes éticas nos dirán si esta distribución está conforme con lo más fundamental de la moral y de la justicia. Aunque desviadas por el embrutecimiento en que caen las comunidades, debido á la innoble lucha por la existencia, al hábito, á los intereses creados, á la superficialidad de muchos filósofos y literatos, esas leyes permanecen exactas como las leyes de física.

La innoble y ridícula blasfemia proferida por Malthus, de que la Naturaleza trae al mundo un número de seres mayor del que puede sostener, difundió su fatídico eco en todo el siglo pasado, y filósofos y sabios de autoridad reconocida fundaron sobre ella sistemas de una ciencia positiva, en la cual, admitiendo sólo las brutales fuerzas de la Naturaleza, niegan la existencia de los derechos naturales, ó sea derechos que tienen una sanción más alta ó permanente que el reglamento del Estado ó de un municipio (Huxley, por ejemplo, y H. Spencer en *Justice*). A éstos uniéronse los socialistas, los cuales, aun habiendo levantado la voz contra la teoría de Malthus, niegan que el hombre, viviendo en la sociedad, tenga derechos anteriores á la formación de la sociedad, y por tanto, otros derechos que no sean aquellos concedidos por las leyes humanas sancionadas en la sociedad en que vive.

Nosotros, en cambio, creemos que «en todo período de desarrollo social y bajo todas las formas religiosas, la verdad, la justicia, la benevolencia, aunque deformadas por impulsos egoístas y por perversiones intelectuales, han sido siempre estimadas, y todo nuestro progreso intelectual no nos ha dado ideales de moralidad más altos que aquellos imaginados por los pueblos primitivos.

Las mismas adulteraciones del sentido moral, las diferencias aparentes en los tipos morales de épocas y pueblos diferentes, no muestran más que la unidad esencial. Doquiera las percepciones morales diferían ó difieren, la compulsión puede ser referida á causas que, originándose en el egoismo, perpetuadas después por perversiones intelectuales, han falsificado ó entorpecido la facultad moral... Tan cierto y arraigado está el sentido moral, que donde el egoísmo y la pasión querían ultrajarlo, las facultades intelectuales se han elevado siempre para protestar. En ninguna guerra, por más injusta que fuere, se ha combatido jamás sin alguna pretensión de afirmar un derecho, de corregir un mal ó de hacer algún bien á los conquistados. Ningún ladrón vulgar deja de encontrar para sí una justificación. Y es muy cierto que ninguna injusticia se ha cometido con premeditación ó ninguna acción injusta haya continuado su curso sin haber tratado de inventar alguna teoría para ajustarse al sentido moral y aplacarlo. Pero como la brújula, con la cual el marinero guía su curso en el mar—que en la noche obscurísima no tiene marcada la ruta—, puede ser confundida con otras fuerzas de atrac-

ción, obscurecida y mal interpretada, así sucede con el sentido moral. No es este, evidentemente, el mundo donde los hombres deben ser juiciosos y buenos, pero sí es un mundo en el cual ellos pueden hacer bien ó mal, según las facultades á ellos concedidas.

Algunos hechos son tan evidentes, que no tienen necesidad de argumento, y uno de éstos, percibido por la conciencia universal, es que entre hombre y hombre hay derechos que existían antes de la formación de cualquier gobierno, y que continúan existiendo á pesar de los abusos de gobierno, y que hay una ley más alta que las leyes humanas. Estos derechos naturales, esta ley más alta, forman la única y verdadera base de la organización social. Precisamente, como si quisiéramos construir una máquina que trabaje bien, debemos adaptarnos á las leyes físicas, como por ejemplo, á las de gravitación, de combustión, de expansión, etc. Así como si quisiéramos conservar la salud física, debemos adaptarnos á las leyes de la fisiología, así también si queremos un estado social de paz y de tranquilidad, debemos adaptar nuestras instituciones á la gran ley moral, ley á la que estamos absolutamente sujetos *y la cual está por arriba de nuestro dominio, como las leyes de la materia y del movimiento.* Y como cuando nos hallamos con una máquina que no anda bien deducimos que al construirla se han ignorado ó desafiado ciertas leyes físicas, así cuando nos encontramos con una enfermedad social ó un mal político, podemos deducir que en la organización de la sociedad una ley moral ha sido despreciada y los derechos del hombre desconocidos.»

La Constitución americana consagra como verdades indiscutibles que todos los hombres están dotados de ciertos derechos inalienables, como la vida, la libertad, el derecho de aspirar á la felicidad, etc., y con estos derechos inherentes al hombre y á la sociedad nace un derecho, el de la posesión exclusiva de lo que por justicia le pertenece. Nosotros, secuaces de la doctrina que estoy desenvolviendo, sostenemos que «el camino para el mejoramiento de las masas no puede ser el camino de las restricciones y de la denegación de los derechos de

propiedad, pero puede ser únicamente el de asegurar de un modo pleno el derecho de propiedad; y toda medida que ofende el derecho de propiedad debe, al fin, dañar á las masas». Ahora, yo pido á los que creen que pueda haber un conflicto entre los derechos del hombre y los de la propiedad, que me nombren una sola de las negaciones de los derechos del hombre que no comprenda la negación de los derechos de propiedad, ó viceversa, una sola de las negaciones de los derechos de propiedad que no sea acompañada de una negación de los derechos del hombre. Tomad la esclavitud por ejemplo. ¿De qué modo eran pisoteados los derechos del hombre? ¿No era acaso pisoteando los derechos de propiedad, apropiándose el amo del producto del trabajo del siervo y de lo que al esclavo pertenecía exclusivamente?

«O bien, considerad cualquier sistema de tiranía ú opresión, por el cual las libertades personales hayan sido negadas ó mutiladas. Sustrayendo el elemento que lastima el derecho de propiedad, ¿qué eficacia habría tenido?

»O por otra parte, tomad cualquier cosa que niega ó degrada los derechos de propiedad—robo, bandidaje, piratería, guerras, tarifas aduaneras ó impuestos sobre la riqueza en cualquier forma.—¿No violan éstas la libertad personal directa ó indirectamente?

»La unión de estos dos derechos no es accidental, sino necesaria. El derecho á la vida y á la libertad, es decir, el derecho del hombre á sí mismo, no es realmente un derecho aparte del de propiedad. Son dos aspectos de la misma, porque el derecho de propiedad no es más que otro lado, una expresión diversamente presentada del derecho del individuo á sí mismo. El derecho á la vida y á la libertad, el derecho del individuo á sí mismo, presupone é incluye el derecho de propiedad, que es el exclusivo derecho del individuo á las cosas que su esfuerzo ha producido.»

«Esta es la razón por la cual nosotros, que realmente creemos en la ley de la libertad y que vemos en la libertad la solución de todo mal social, somos aquellos que con la mayor firmeza y sin vacilaciones sostenemos los

derechos de propiedad y los queremos conservar con la misma escrupulosidad, tanto en el caso del rico honesto como en el del jornalero.»

»Pero ¿qué cosa es propiedad? La cuestión no es *aquello que* el Estado sanciona, sino *lo que* él puede sancionar con justicia. Las cosas que constituyen riqueza *(así como ha sido definida anteriormente)* ó capital *(que es riqueza usada en la producción)*, son producidas por el esfuerzo humano y á ellas es inherente con justicia el derecho de propiedad. Su substancia es materia que existía antes del hombre, y á la cual el hombre no puede crear ni destruir; pero su esencia—aquella que les da el carácter de riqueza—es trabajo impreso en ellas ó que modifica las condiciones de la materia. Su existencia es debida á las condiciones físicas del hombre, y como su organismo físico, tienden constantemente á volver á los depósitos de la materia ó la fuerza de la Naturaleza. El derecho ético de propiedad es tan perfectamente claro, que queda fuera de toda disputa. El nace del derecho que cada hombre tiene de usar sus propias facultades y usufructúa los resultados. Es un derecho pleno y absoluto: cualquier cosa que el hombre produzca, le pertenece exclusivamente, y el mismo derecho pleno y exclusivo pasa de él á su cesionario, representante ó legatario, no en la cantidad de ochenta, cincuenta ú otro porcentaje, sino en su totalidad.»

Pero el hombre es más que un individuo. El es también un animal social, formado y adaptado para vivir y cooperar con sus semejantes; así, que de la institución ruda de la tribu, la familia ó la sociedad primitiva, nace después la sociedad más vasta, aquel organismo social que se llama Estado. También en el concepto anarquista de la abolición del Estado no sería posible la sociedad sin la asociación y la cooperación de las varias colectividades para el bien común. El individuo y el Estado tienen ambos sus necesidades, cuya satisfacción tiende, en último análisis, á la satisfacción de las necesidades siempre crecientes de los respectivos individuos. Y la Naturaleza misma, digan lo que quieran los que niegan los derechos naturales, ha establecido una

fuente para entrambos, fijando límites al individuo y al Estado; de manera que pasar aquellos límites para el uno y para el otro es lo mismo que violar los derechos de propiedad. Enuncio este concepto, que el lector verá desenvuelto más adelante, para deducir cuál de los cocientes en que fatalmente se divide la producción debe tocar al individuo y cuál al Estado, para no ofender los derechos de propiedad.

¿Cuáles son las causas que aumentan las rentas? Sin duda, con el progreso material, el cual contribuyen el aumento de la población, el progreso en las artes de la producción y del cambio, los progresos en los conocimientos, en la educación, gobierno, maneras, moral, etcétera, cuando estos elementos aumentan el poder productivo de la riqueza. Siendo necesaria una posesión segura de la tierra para emplear el trabajo, de la concurrencia hacia la tierra de mejor capacidad nace la renta, la cual es un hecho natural, como es natural la concurrencia, merced á la ley de que cada cual busca satisfacer sus necesidades con el menor esfuerzo posible. Supongamos que un inmigrante llegue á una región fértil, donde la Naturaleza le prodiga todo lo que él desea. Después de él llega un tercero, un cuarto, etc., hasta que en cierto número forma una aldea, y luego una ciudad. Cuando el primer llegado está solo, se establece donde quiere con pleno derecho del uso de la tierra. Pero cuando llega el segundo, aunque el derecho del primero continúe, queda, sin embargo, limitado por el derecho semejante del otro, y entonces se convierte en un derecho de usar cualquier parte de la tierra que no moleste los derechos iguales del otro.

Y cuando dos ó más hombres quieren al mismo tiempo usar la misma tierra, los derechos iguales chocan en un conflicto, y entonces es necesario un arreglo de la sociedad. De este conflicto nace la renta, que aumenta cuanto mayor es el número de los pretendientes. Pero aumentando los pretendientes, ó sea la población, aumenta no sólo el pedido de tierra, sino que aumenta también la capacidad productiva de ella. No es verdad, como piensan Malthus y sus secuaces, que si la población au-

menta, dirige el trabajo de una tierra buena á otra de calidad inferior, y la producción es menor si no vienen los progresos del arte productivo á ayudar al trabajo. Al que piense seriamente, le será obvio comprender que «aumento de población implica también aumento de fuerza del trabajo. El trabajo de 100 hombres, en iguales circunstancias, producirá mucho más que el trabajo que un hombre solo podría producir en 100 períodos iguales». Por tanto, la renta aumenta, no sólo por las capacidades productoras superiores inherentes á una dada tierra más que á otra, sino también por el aumento de población, que aumenta la capacidad productiva de riqueza. Los terrenos sobre los cuales se han fundado muchas ciudades populosas, no tienen nada de fértil; sin embargo, la renta que nace del valor que ellos han adquirido, con la población, aglomerada en aquel punto, es enorme en parangón con la que dan terrenos que son, por naturaleza, muchísimas veces más prolíficos.

El modo de cómo el progreso de las artes de la producción y del cambio aumenta la renta, es fácil de comprender. El deseo de riqueza es insaciable, no la sed del oro, como superficialmente expresan nuestros literatos, y con ellos los socialistas, sino el deseo creciente de poseer todas aquellas cosas necesarias para la satisfacción de los deseos materiales, intelectuales y morales. Por tanto, aumentando la eficacia del trabajo por un descubrimiento de la mecánica, de la física, de la química, no nos limitamos solamente á economizar trabajo, contentándonos con lo que con menor esfuerzo podíamos obtener antes que el descubrimiento hubiera tenido lugar, sino que lo dirigimos á un mayor aumento de producción.

Un aumento de producción en cualquier rama de la riqueza, estimula la producción ó facilita la conquista de otras formas de riqueza, y por tanto provoca una mayor demanda de tierra, porque el trabajo no puede ejercitarse sino sobre la tierra. La riqueza tiene una condición de permutabilidad, y á pesar de la división del trabajo, «la posesión ó producción de cualquier forma de riqueza equivale virtualmente á la posesión ó producción de cualquier forma de riqueza por la cual ésta puede cambiarse». Y en una forma concisa se puede exponer el teorema siguiente: «*siendo la riqueza en todas sus formas el producto del trabajo aplicado á la tierra ó á los productos de la tierra, todo aumento en la eficacia del trabajo, siendo insaciable* el deseo de la riqueza, será utilizado en procurar mayor riqueza, y así aumenta la demanda de tierra». Y así también, sin el aumento de la población, la renta se eleva en los países de progreso, no por el concurso del propietario de la tierra, sino por el concurso de la sociedad, cuando ésta tiende á elevarse á más altura en la escala de la civilización y del progreso material. Y quien tiene necesidad de tierra (no sé si habrá persona que sin tierra pueda vivir) no puede obtenerla más que á condición de contentarse con la parte menor de la producción, bajo forma de salario é interés. No es la voracidad del propietario ó la necesidad de quien debe usar la tierra lo que establece la renta. Ella aumenta fatalmente por la concurrencia natural, es decir, por la demanda de tierra que nace por el aumento de la población y por los progresos de las artes de la producción.

«En cualquier dirección, la tendencia directa de la civilización que avanza es de aumentar el poder del trabajo humano para satisfacer los deseos de los hombres, extirpar la pobreza, desterrar la miseria y el miedo á la miseria. Todas las cosas que forman el progreso; todas las condiciones por las cuales las comunidades progresivas están agitándose, tienen por resultado natural y directo el mejoramiento de las condiciones materiales (y por consecuencia las intelectuales y morales) de todos, dentro de sus límites. El aumento de la población, el aumento y la extensión del cambio, los descubrimientos de la ciencia, la difusión de la educación, el camino de las invenciones, el mejoramiento de las maneras de la vida consideradas como fuerzas materiales, tienen todas una tendencia directa á *aumentar el poder productivo del trabajo*, no en algunas, sino en todas las formas del trabajo; no en algunas, sino en todas las ramas de la industria, porque la ley de la producción

de la riqueza en la sociedad es la ley de *uno para todos y todos para uno.*»

Pero á pesar de esto, la pobreza persiste y aumenta en medio de la opulencia de la Naturaleza y del ingenio humano, porque con el aumento del poder productivo la renta tiende siempre más á aumentar, convirtiendo al progreso en una maldición de la fatalidad. Y todas las invenciones de la mecánica moderna, en vez de aligerar el trabajo humano, son malditas como la causa más funesta que haya contribuído á quitarle brazos al trabajo.

Supongamos, en efecto, una región poseída por diez propietarios, á los cuales se les reconoce como legítimo el derecho de propiedad privada de la tierra, y ochocientos hombres que en ella trabajan para obtener las diversas formas de riqueza. Si el progreso de la mecánica llegase al punto de que con las máquinas puramente se pudiese producir todo lo que es necesario para satisfacer las necesidades de la vida sin recurrir á la mano humana, los ochocientos hombres estarían obligados á emigrar ó á vivir de la limosna debida á la bondad de los diez propietarios de la isla. Y suponiendo que los diez pudieran hacer funcionar sus máquinas con doscientos hombres, ¡hay que figurarse la lucha horrible que se establecería entre los ochocientos para conseguir un poco de trabajo, á fin de no morirse de hambre!

Uno de los cocientes de la producción, pues, es creado, ó por las capacidades naturales de la tierra, ó por el concurso de la sociedad, ó por entrambos á la vez. Antes bien; es necesario notar que aun cuando la tierra tenga capacidades naturales superiores, tal superioridad no se demuestra sin el concurso de la sociedad, es decir, aumento de la población y progreso de las artes de la producción y cambio. Las minas carboníferas de Pensilvania han adquirido valor y son explotadas por el aumento de la población y por el contingente de progreso dado por toda la comunidad de los Estados Unidos. Toda la isla de Manhattan, es decir, la verdadera Nueva York, fué comprada por pocos miles de pesos; hoy su valor asciende á tal cantidad de millones, que el sólo

contarlos aturde. ¿Qué ha hecho el propietario, como tal, para aumentar las capacidades naturales de la isla? La pretensión de que él contribuye á la producción, es igual *á la de los posesores de esclavos,* que pretendían que sin ellos, sus esclavos no podrían vivir. En el lenguaje común, cuando el propietario de la tierra y quien la trabaja son dos seres distintos, la renta que el segundo paga al primero es evidente; pero pasa inobservada cuando la misma persona es al propio tiempo propietario, capitalista y trabajador. Con un poco de reflexión, empero, se ve fácilmente que una parte de la producción, cuando el trabajo y el capital son ejercitados sobre la tierra que da renta, le corresponde á él como propietario; de modo que en todos los casos, ella puede separarse siempre. Y los economistas que dicen que la renta percibida representa el interés del capital empleado en la compra de la tierra, deberían demostrar cómo y de qué modo la simple posesión de la tierra puede producir alguna cosa. No pudiendo de ninguna manera demostrar esto, deben admitir que aun cuando la misma persona sea trabajador, capitalista y propietario, el dueño de la tierra, como dueño, no es productor. Del modo con que la renta debe ser entendida, ella representa el *producto neto,* un aumento no ganado, una parte quitada á la producción, por el solo hecho de poseer las oportunidades naturales sobre las que trabajo y capital deben emplearse. Que un hombre se traslade, separándose de la civilización, á una región salvaje y remota: él no elevará en un céntimo el valor de esa región. Que pase, en cambio, por ella un ferrocarril; que un telégrafo ó un teléfono la pongan en comunicación con el resto del mundo, ó que otros vayan á edificar, cerca de aquel hombre, sus casas de campaña, y entonces la situación cambiará, y el valor de la tierra saltará de la nada hasta un nivel que el hombre mentado jamás habría soñado. El valor de aquella tierra representa el trabajo más ó menos lento de la sociedad; es decir, no las ganancias de ese hombre, sino las ganancias de la sociedad. Y lo que vemos en este ejemplo, sucede día á día mientras avanza el progreso. Cualquier mejoramiento

que sea el producto de la acción unida de la sociedad, aumenta constantemente el valor de la tierra, y por tanto, aquella parte que cada uno que quiere y debe usarla estaría obligado á pagar.

VI

Al formarse aquel vasto organismo que se llama Estado, nace la necesidad de algunas entradas para su propio mantenimiento, y entonces los impuestos son la inevitable condición, el alimento de aquel cuerpo economico-político. Aun cuando se realizara la idea de Jéfferson, «un gobierno que gobierne lo menos posible», ó el ideal anarquista de la abolición de toda autoridad, ¿la sociedad y la civilización podrían existir sin que cada ciudadano contribuyera según sus propias fuerzas con una parte de la produccion ó riqueza general bajo forma de impuestos?

Cuentan de aquella lúgubre figura que en la historia apareció y dominó con el nombre de Felipe II, de España, que se vanagloriaba de haber hallado un espléndido sistema de impuestos, obligando á las provincias de Netherland á pagar el 10 por 100 sobre la venta de cada artículo. Los pobres habitantes hicieron notar que algunos artículos debían ser transferidos diez veces antes de llegar al consumidor, y que el impuesto habría excedido al valor de los artículos. El feroz monarca, que encontraba su plan insuperable, no quiso ceder, porque era el mejor modo de percibir una cantidad ilimitada de entradas. Hoy, el mundo civil y llamado cristiano sigue el mismo sistema. En los Estados Unidos, donde los impuestos son menos numerosos y menos pesados que en los otros Estados del mundo, caen, sin embargo, todos sobre la industria y el trabajo.

Bajo pretexto de impuestos indirectos, y por tanto menos sensibles, los habitantes pagan de 70 á 80 y 100 por ciento sobre las comodidades necesarias á la vida.

¡Figurémonos lo que pagará cada habitante en nuestra vieja Europa!

Los impuestos son otros tantos obstáculos á la producción, porque en los procesos de cambio, cuando pasan de una á otra mano, cada artículo está gravado por un tributo, tanto como Felipe II gravaba los artículos de Netherland. Así, en todas las naciones del mundo, el trabajo y el capital están obligados á pagar una parte al Estado y una parte á aquellos que monopolizan los agentes naturales—tierra—para tener el derecho de usarlos. Y la carga entera de los tributos pesa, al fin y al cabo, sobre aquellos que están obligados á consumir las cosas más necesarias, teniendo el pobre que pagar tantas y tantas veces más de cuanto paga el rico en relación á su propia riqueza. Por tanto, la tendencia de tal método, como dice Shearman,

1.° Hace al rico más rico y al pobre más pobre.

2.° Transfiere el peso de los tributos de aquellos que podrían soportarlos á aquellos que pueden *menos* soportarlos.

3.° Hace indiferentes á aquellss que con los impuestos contribuyen al mantenimiento del Estado, tanto, que llegan á despreocuparse completamente de la administración pública, ni se les importa comprobar las locuras de los funcionarios públicos.

4.° Forma la existencia de una clase de hombres ricos cuyas entradas dependen de un robo legalizado.

5.° Complica los negocios y el comercio de un país, manteniendo el enorme peso de los impuestos sobre el pueblo en general, por miedo de que los intereses creados sufran si aquel peso se aligera.

6.° Promueve la corrupción de los empleados públicos, porque el provecho de los negocios depende de la acción política.

7.° Dejando libre ó casi libre de todo tributo el valor de la tierra, se contribuye á aumentar de dos modos la miseria: *a)*, la esperanza de los propietarios de la tierra en conservar los terrenos por pura especulación, esperando una elevación de precios con el aumento del progreso, cierra el acceso á los agentes naturales—tierra—,

al trabajo y al capital, á los cuales no se abren las puertas sin el pago de una renta que hace muy escaso su provecho; *b)*, cuando el progreso aumenta, surgen de tanto en tanto aquellas desastrosas especulaciones sobre el valor de la tierra que arrastran tras de sí las enormes depresiones industriales, que son en el orden económico iguales á aquellos cataclismos que hunden ciudades enteras. Aprovecho esta alusión hecha á las crisis industriales, para discutir su causa, ya que V. E. lamenta que en Grecia ellas sean atribuídas generalmente al gobierno. He dicho ya que ellas siguen á las especulaciones sobre el valor de la tierra, y como el efecto es inmediato, no se le escapa á nadie que ellas siguen á esta verdadera locura que de vez en cuando ataca como una epidemia á diversos países. Pero de qué modo y en virtud de qué mecanismo las crisis se suceden á las especulaciones sobre la tierra, las opiniones son tan numerosas, que se pierde la brújula cuando se quiere examinarlas. Superproducción y superconsumación, circulación monetaria, falta de protección á las industrias del país, etc., son éstas las causas que se dan comúnmente para explicar las crisis industriales.

¿Qué cosa se entiende por depresión industrial? Bajo este nombre comprendemos una disminución, en rapidez y volumen, de los cambios comerciales por los cuales en nuestro sistema industrial, especializado con la división del trabajo, las comodidades pasan á manos de los consumidores. «Esta disminución de cambios, que el comerciante ó el fabricante llama parálisis de negocios, no es debida á ninguna escasez de aquellos artículos que los comerciantes ó fabricantes deben cambiar. Bajo este punto de vista parece que haya plétora de tales cosas. Esta disminución no es debida al hecho de que en los consumidores haya mermado el deseo de poseerlas. Antes bien, las épocas de crisis industriales son períodos de amargas estrecheces por el mayor número, estrecheces tan intensas y expansivas, que se hacen llamadas á la caridad para impedir que la gente se muera de hambre, por la necesidad de cosas que los fabricantes y los comerciantes deben vender» y desean vender.

Puede parecer á primera vista que esta disminución de cambios provenga de algún impedimento en el mecanismo del cambio. Cómo los impuestos protectores y las tarifas en general tienen por fin detener algunos cambios, hay una plausibilidad superficial en considerarlos como la causa. Mientras, por otra parte, el dinero es la medida común del valor y el medio común del cambio y los cambios se hacen en muchísima parte con los términos monetarios, quizás es también más plausible atribuir dicha causa al sistema monetario. Pero á pesar de la importancia del problema de las tarifas y de la circulación monetaria, ninguna de las dos cuestiones es suficiente para dar cuenta del fenómeno. La protección llevada al extremo podría solamente quitarnos la ventaja de cambiar lo que producimos con lo que otros países producen. Libre cambio llevado al extremo podría solamente darnos aquella libertad de cambio que *nosotros, los griegos, tenemos entre provincia y provincia* y los Estados Unidos entre Estado y Estado, mientras que el dinero, aun cuando sea importante su fundación de medida, no es al fin más que una piedra para contar. Epocas de depresión industrial van y vienen, sin cambio en tarifas y reglamentos monetarios, y existen en diferentes países sistemas monetarios, y de tarifas ampliamente diversos. La causa real debe buscarse más profundamente, y esto es evidente. El disminuir de cambios por los cuales las comodidades pasan á las manos de los consumidores es debida claramente, no tanto á las dificultades aumentadas de transferir estas comodidades, como en cuanto á la *disminuída capacidad ó facultad de comprarlas ó pagarlas*. Cada hombre de negocios ve que la depresión industrial ó comercial proviene de falta de *poder de compra* por parte de los llamados consumidores, ó como en lenguaje común se dice, por falta de dinero. Pero el dinero no es más que un intermediario que en los cambios cumple la función de ciertas fichas en el juego, ó en último análisis, es el certificado del trabajo. La gran masa de los consumidores obtiene dinero dando en cambio trabajo ó los varios procesos de su trabajo, y entonces con ello corroboran comodidades. Así, lo que

ellos pagan por las comodidades, es realmente trabajo, no dinero. No es solamente verdadero en el sentido indicado por Adam Smith que *el trabajo fué el primer valor ó precio, dinero original de compra que fué pagado por todas las cosas*, sino que es el precio final que paga todas las cosas. El disminuir de la demanda efectiva, que es la causa próxima de la crisis, significa por tanto una disminución de la *capacidad de convertir* el trabajo en formas cambiables, significa lo que llamamos escasez de trabajo. Estas dos frases no son de hecho más que nombres diferentes de dos aspectos de una cosa. Lo que de parte del hombre de negocios es depresión *comercial*, del lado del trabajador es *escasez de empleo* y de ocupación. La una acompaña á la otra y desaparece también con ella. Obran la una sobre la otra y luego reobran de nuevo, como cuando el fabricante licencia á sus obreros á causa de la depresión industrial, y así aumenta la escasez de ocupación. Pero en la relación causal primaria la escasez del empleo viene primero. Es decir, la escasez de ocupación no viene de la depresión industrial, como algunas veces se supone: es la crisis, al contrario, que viene de la escasez de ocupación. Porque es la demanda efectiva por el consumo la que determina la extensión y la dirección en las cuales el trabajo será empleado para producir comodidades; no es la oferta de comodidades que determina la demanda.

«¿Qué cosa es empleo ú ocupación? Es el empleo de nuestro esfuerzo en la producción de comodidades, ó sea lo que, en una frase más clara, definimos *trabajo*, siendo la palabra *empleo* por el uso económico un poco confundida por la habitual distinción entre empleados y patronos. Esta distinción nace solamente de la división del trabajo y desaparece cuando consideramos los principios fundamentales. Yo empleo un hombre en lustrar mis botas; él emplea su trabajo para darme la satisfacción de las botas lustradas. ¿Qué son los cinco céntimos que yo le doy como compensación? Es un certificado, una ficha con la cual él puede obtener á voluntad, por el empleo de su trabajo, otra equivalente en las diversas formas en que está dividida: alimento, abrigo,

periódicos, un viaje en tranvía, etc., etc. En último análisis: la transacción es la misma que la que se hubiera efectuado si yo lo hubiera empleado en lustrar mis botas y él me hubiese empleado en prestarle alguno de los mencionados servicios, ó como si yo hubiera lustrado mis botas y él se hubiera procurado por sí mismo cualquiera de aquellos servicios. También, desde un punto de vista más limitado, hay sólo tres modos con los cuales viven los hombres: trabajo, mendicidad y robo, porque el hombre que obtiene trabajo sin dar trabajo es económicamente un mendigo ó un ladrón. Pero bajo un punto de vista más amplio, estas tres formas caen bajo una sola, porque el mendigo y el ladrón sólo pueden vivir á costa del trabajador. Es el trabajo humano que suministra lo necesario á las necesidades de la vida, y es indiscutiblemente hoy, con todas las complejidades de la actual civilización, como al principio, cuando el primer hombre y la primera mujer eran los únicos seres humanos que vivían sobre el globo.»

«Ocupación ó trabajo es el empleo del trabajo en la producción de comodidades ó satisfacciones.» ¿Pero *sobre* qué? Manifiestamente sobre la tierra, porque la tierra es para el hombre todo el universo físico.

Tomad cualquier país, ó también el mundo con todo lo que contiene. ¿Sobre qué y de qué vive toda la población? A despecho de los millones acumulados en los Bancos, á despecho de nuestra compleja civilización y de las invenciones de máquinas, ¿no estamos viviendo como el primer hombre con la aplicación del trabajo á la tierra? Haced como prueba una deducción mental; visitad en la imaginación al agricultor empuñando el arado, el minero en su filón de oro, el tren ferroviario corriendo con su prodigiosa rapidez, el trasatlántico que atraviesa el Océano, la gran fábrica con sus estridentes ruedas y los millones de obreros, arquitectos y albañiles que erigen una casa; vendedores con sus artículos, un contador arreglando su libro, un lustrabotas limpiando zapatos. Representaos un cuadro de esta clase en la imaginación, y luego, por exclusión mental, retirad de él, una cosa tras la otra, todo aquello que perte-

nece á la tierra. ¿Qué nos quedaría? «La tierra es la fuente de toda ocupación, el elemento natural indispensable á todo trabajo. Tierra y trabajo son los dos factores primordiales que, unidos, producen toda clase de riqueza y todas las satisfacciones materiales.» Dado el trabajo, es decir, la habilidad y la voluntad de trabajar, no hay ni puede haber escasez de ocupación siempre que el trabajo pueda obrar sobre la tierra. ¿Tuvieron acaso Adán y Eva alguna dificultad por escasez de ocupaciones? ¿La tuvieron jamás los primeros colonos que se establecieron en los Estados Unidos, ó los que colonizaron las regiones del país donde la tierra podía obtenerse con facilidad? Que el monopolio de la tierra, la exclusión del trabajo de la tierra por el alto precio que por ella se pide, sea la causa de la escasez de empleo y de la depresión industrial, es tan claro como la luz meridiana. Doquiera sintáis escasez de ocupación, sea en la ciudad como en la aldea, sea en un distrito minero ó en uno agricultor, es necesario ir muy lejos para encontrar tierras que el trabajo ansía laborar, porque la tierra no tiene valor hasta que el trabajo ofrece un precio por el privilegio de usarla, y de la cual es despedido por los altos precios que pide por ella alguno que no la usa. En el centro de Nueva York, dos minutos á pie de *Union Square*, había tres lotes de tierra vacantes en 1894. Por el permiso de usar el más pequeño y menos caro de ellos, fué ofrecido un alquiler de 40.000 dollars, que fué rehusado. Esto no es más que un ejemplo de lo que se observa por todas partes, desde el centro de una metrópoli hasta la última aldea. Donde el trabajo es despedido de la tierra, se malgasta. El deseo queda, pero la *demanda efectiva* desaparece.

«¿Hay, pues, algún misterio en las crisis industriales? Que la tierra sea tenida como aquellos tres lotes de tierra, y entonces, ¿cuáles de entre tantos millones de seres humanos, fecundos de fuerza y de poder para el trabajo encontrarán ocupación?»

«...Tierra ociosa significa *brazos ociosos*, y brazos ociosos significan una disminución de poder, de capacidad para comprar por parte de la gran masa de consumidores, que deben producir depresión en todos los negocios. No sólo en los Estados Unidos, sino en todos los países, todas las grandes épocas de especulación fueron seguidas por épocas de crisis industriales, y así debe ser y será siempre. Socialistas, anarquistas, y los traficantes de la caridad, gente que quería aplicar pequeños remedios para un gran mal, están ladrando á la luna. El *quid* de nuestra civilización es la cuestión de la tierra. Es este el problema que convierte en una llaga hasta la marcha de la civilización.»

«La caridad, ó el dar trabajo por caridad, puede hacer muy poco por aligerar los sufrimientos, pero no puede curar la depresión industrial, porque no hace más que transferir la capacidad de compra ya existente y no aumentar la suma de la demanda efectiva.» Para las depresiones industriales no hay más que un solo remedio. Veámoslo.

VII

Al infame sistema dominante de impuestos que niegan al trabajo el acceso á los agentes naturales, limitan la producción, promueven la corrupción de los gobiernos y el odio é indiferencia de las masas hacia ellos, nosotros querríamos sustituirlo con un solo impuesto, que

1.° «Pese lo menos posible sobre la producción.» El valor de la tierra—la renta—es sustraído al trabajo y al capital á beneficio de pocos que son como una banda de ladrones ó flotas de piratas sobre la producción, y que respecto á la riqueza nacional son como las zorras en un gallinero, ó como ratas en una despensa. Lo que á ellos se paga, ó lo que ellos llegan á percibir bajo forma de renta, aumenta con el progreso de la sociedad, y podría servir, sin poner límites á la producción, para formar aquel fondo general que mantendría al Estado ó la comunidad.

2.º «Sea exacto, con pocos gastos y de una manera honrada, y que caiga directamente sobre quien en realidad paga, ó sea el último contribuyente.»

El valor de la tierra no se puede ocultar. La *voz del mercado* dice cuánto percibe de renta un terreno, prescindiendo de sus mejoramientos. Resolveremos más adelante la duda de aquellos que creen sea posible hacer resbalar este impuesto sobre quien usa la tierra.

3.º «Que ese impuesto sea seguro y fijo.» No debe dar motivo á quien lo establece, de poder imponer más ó menos de lo justo. Hemos ya dicho que la renta es establecida por el común concenso de aquellos que concurren á usarla; por tanto, no es posible, repito, escorderla.

4.º «Que pese con igualdad», es decir, que no debe dar á ningún ciudadano ventajas sobre otro. La renta surge con el progreso de la sociedad, y es relativa á los privilegios y beneficios que cada individuo quiere obtener. Si yo prefiero un terreno en la 5.ª Avenida de Nueva York, es porque en ella encuentro más beneficios y conveniencias; por tanto, yo debo pagar en relación á los beneficios de que gozo, y con justa relación, respecto á otro que por sus capacidades individuales ó por otros motivos prefiere emplear su trabajo y capital en un punto menos céntrico de la ciudad. Cada uno paga con justicia, según las ventajas que se proponen obtener.

La objeción presentada por algunos de que el valor de la tierra sea inseparable de los mejoramientos, no tiene ningún valor aunque haya sido presentada por eruditos y economistas de fama. El valor de la tierra es siempre y distintamente separable de los mejoramientos hechos por quien la usa. En los países de progreso rápido, el valor de la tierra alimenta extraordinariamente, y aquellos que la usan no son generalmente los propietarios. Una gran parte de los edificios de Nueva York surge sobre terrenos alquilados, y el que ha edificado en Broadway ó en la 5.ª Avenida hace cincuenta años, sabe que no es el edificio, sino la tierra lo que ha aumentado en valor. Es verdad que con el tiempo algunos mejoramientos no pueden separarse, pero esto no quiere

decir que ellos pertenezcan al propietario del terreno. «El tentar separar todo lo que ha hecho la raza humana de lo que la Naturaleza ha proveído originalmente, sería absurdo é impracticable. Un lago desecado ó una colina allanada por los romanos, constituye hoy tanta parte de las ventajas naturales de las islas Británicas, cuanto podría constituirla una limpieza realizada por un terremoto ó un ventisquero. El hecho de que después de un período de tiempo el valor de tales mejoras sería considerado como anexo ó pasado á formar parte del valor de la tierra, y por tanto, gravado con el impuesto relativo, no causaría sobre tal mejoramiento un efecto espantoso, porque tales obras son generalmente emprendidas con la condición de un alquiler por años.» En la 6.ª Avenida de Nueva York, en una área de terreno entre las calles 18 y 19, la compañía Siegel and Cooper ha elevado un gran edificio de diversos pisos. Después de varios años, pagando anualmente una enorme suma por el alquiler del terreno, el edificio pasará á manos del propietario, y la compañía deberá luego pagar el alquiler sobre el valor aumentado del terreno y sobre el edificio que ella misma ha construído. ¿Representa acaso ese edificio un producto del trabajo del propietario? ¿Sería injusto acaso anexionar el valor del edificio al valor de la tierra?

«El hecho es que cada generación edifica para sí misma, no para un futuro remoto. Y el otro hecho es que cada generación es la heredera, no sólo de los poderes naturales de la tierra, sino de toda obra que queda hecha por las generaciones extinguidas.»

La otra objeción es que los impuestos recogidos sobre el valor de la tierra no serían suficientes para cubrir los gastos del Estado. Thomas G. Shearman, uno de los grandes abogados de Nueva York, ha calculado que el 65 por 100 de la renta que la tierra de los Estados Unidos en realidad y en potencialidad rinde á sus propietarios, sería suficiente para satisfacer hasta el derroche que de las entradas públicas actualmente se hace. Prescindiendo de esto, considérese que, dejando libre el trabajo de las dos cadenas que lo amarran: la renta,

por una parte, con la cual el propietario chupa la sangre del trabajador, y el capitalista (renta que, percibida por el Estado, vendría á parar al fin en beneficio de los individuos), y los oprobiosos impuestos por otra con que los politicastros de todas partes oprimen la producción, ésta deberá aumentar extraordinariamente, dejando, con tal modo, abierta á todos la vía de los agentes naturales. Y cuando el trabajo encontrará fácil empleo sobre la tierra, entonces tantos gastos inútiles en ejércitos permanentes, en empleados, en leguleyos, en falsos ministros de la religión, serán reducidos. Porque estas instituciones no son más que las válvulas de escape por donde la sociedad hoy sustrae una parte de aquella renta que de otro modo iría á caer á manos de terratenientes, sin aliviar la miseria general. Más bien dicho, al suprimirlas de golpe—suponiendo que fuera posible—significaría lanzar á la calle á millares y millares de individuos que viven del ejército, de la Iglesia, de la burocracia, de la estúpida y sofística magistratura, etc., etc.

Aquellos que por primera vez comienzan á darse cuenta de cuanto es monstruoso en realidad, que la vía á los agentes naturales le sea vedada á la mayor parte de los hombres, y que, generosamente, desearían ver abolida, de un solo golpe, la propiedad privada de la tierra, vacilan ante el sistema de un impuesto que confisque, poco á poco, la renta á favor del Estado, porque piensan que tal impuesto podrían los propietarios cargarlos á los que aniquilan la tierra, empeorando, por tanto, las condiciones del trabajador. Una simple reflexión, sin embargo, traeremos para quitar toda duda. El impuesto sobre lo que es producto humano, hace la producción más difícil, y así la oferta se hace más escasa y el precio de las cosas producidas debe caer, al fin, sobre el consumidor. Pero la tierra no puede ser hecha más pequeña de lo que es, y cuando un impuesto cae bien en proporción al valor, la oferta de la tierra debe aumentar. Por ejemplo, yo tengo una fábrica de sombreros, y fabrico 3.000 sombreros por año. Si un impuesto viene á gravar los sombreros, yo puedo hacer

pagar ese impuesto á quien los consume, disminuyendo la producción, haciendo 2.000 en vez de 3.000, es decir, disminuyendo la oferta para elevar los precios. Pero si yo poseo 2.000 acres de terreno y el Estado me grava su valor, yo no puedo limitar su extensión y estoy obligado á buscar quien me lo cultive, y por tanto, aumentando la oferta, disminuye el precio que yo pido por mi terreno. En otros términos: «El modo con que los impuestos aumentan los precios, es aumentando el costo de la producción, disminuyendo la oferta. Pero la tierra no es un producto del hombre, y los impuestos no podrían disminuir la oferta. Por tanto, aunque un impuesto sobre la renta obligue al propietario á pagar más, no le da el poder de obtener aquel *de más* sobre su tierra, pues el impuesto no tiende de ninguna manera á reducir la oferta de la tierra. Al contrario, obligando á aquellos que especulan sobre la tierra á venderla ó á alquilarla por lo que ellos pueden obtener, un impuesto sobre el valor de la tierra tiende á aumentar la concurrencia entre los propietarios y á reducir así el precio de la tierra.»

La objeción muy vulgar de que el propietario, no teniendo, en tal caso, ningún afecto á la tierra, la dejaría abandonada, y por tanto, quedaría inculta, no merecería ni siquiera ser tomada en consideración. El impuesto debe ser tomado del valor y aplicado á beneficio de la comunidad, aboliendo todos los otros. Los impuestos aplicados por el gobierno italiano, por el inglés en las Indias y por el sultán en Turquía, caen sobre la tierra indistintamente, no sobre la renta, y luego son derrochados por una manada de bandidos que empuñan las riendas del gobierno ó gastados, como en la India, para mantener un ejército de funcionarios ociosos, mientras con otros inicuos impuestos se saquea al pobre contribuyente. Por tanto, éstos no son ejemplos para citarse como aplicación del impuesto sobre el valor de la tierra. Es necesario, en cambio, observar el hecho muy común de que quien mejora la tierra no es generalmente el propietario. En Inglaterra, en los Estados Unidos, y aun en los países menos avanzados, los mejoramientos son efectuados por quien alquila la tierra, y no

por los propietarios. Estos cobran la renta y la gastan en el juego ó en orgías. Algunos de ellos, como el duque de Argyll, que se glorían de haber llevado mejoramientos á sus grandes posesiones, no piensan que esos mejoramientos los han hecho con dinero cobrado como renta á quien ha debido pagar para tener acceso á sus tierras. No les darían á ellos sus tierras sin el trabajo de los otros, ni siquiera un centésimo, porque jamás han puesto en ellas la más pequeña parte de su propio esfuerzo. Lo que es necesario asegurarle á quien produce es la inviolabidad del producto de su propio trabajo. Y la ventaja en pagar la renta al Estado, que es el representante de la comunidad, en vez de al propietario, está en el hecho de que éste es un simple parásito, que recoge y roba todo lo que le queda al trabajo, dejándole apenas la vida, mientras el Estado emplearía tal renta en beneficio del individuo, en mejoramientos que harían la vida siempre más fácil cuando capital y trabajo fueran aligerados de los impuestos que oprimen y sofocan la producción.

A quien jamás no ha reflexionado sobre estas cosas, le parecerá ridícula la proposición de una simple medida fiscal como una de las más grandes y trascendentales reformas. Pero el que se ha dado cuenta de las leyes de la renta, salario é interés, comprenderá que un remedio tan fácil implica una de las más grandes revoluciones sociales. La abolición de la esclavitud y la gran Revolución francesa, de que tanto y tan erróneamente se habla, no tienen ninguna importancia parangonada con ésta, que restituiría á todos los hombres el dominio de los agentes naturales en armonía con las leyes de la justicia y de lo moral.

Basta un poco de reflexión para prever los efectos que esta reforma aportaría á la sociedad. Thomas G. Shaerman, en su libro *Impuesto natural*, los resume así, después de haberlos deducido lógicamente:

«La adopción de un impuesto natural aliviaría, evidentemente, á la gran masa del pueblo, de todas las tasas, excepto la renta, que la masa está pagando ahora en adición á las tasas.

»Pondría un fin á la artificial concentración de las riquezas en manos de unos pocos, concentración que progresa con el progresar de la sociedad.

»Mientras dejaría que la desigualdad en la inteligencia, habilidad y capacidad de poder productivo mostrase sus efectos sólo con una moderada desigualdad de riquezas, removería gradualmente aquellas desigualdades monstruosas y antinaturales que ahora existen, sin beneficio para ninguno y lesionando, á la larga, los intereses de la sociedad toda.

»El mejoramiento y la aptitud al trabajo, serían premiados con aligerarlos del doble impuesto (las tasas y el pago de las rentas), dejando tales pesos sobre los «perros del hortelano», porque los obligarían á hacer un trabajo más productivo.

»Aseguraría al patrón de cada producto de su destreza y habilidad un título absoluto é irrefutable de tal propiedad.

»Aumentaría la demanda de trabajo humano en la producción de las cosas útiles á la vida humana, produciendo un aumento enorme en los salarios.

»El salario sería así aligerado de toda forma de tasas, aumentando de esta manera las entradas y ahorros de los trabajadores.

»Impulsaría al capital á invertirse libremente, librándolo del castigo de todas las empresas, que son los impuestos.

»Facilitaría la circulación del dinero, abriéndose Bancos en todas partes, ya que ellos estarían libres de impuestos, dando así á cada agricultor la misma facilidad de cambio que usufructúan hoy solamente los ricos comerciantes ó fabricantes, haciendo superfluo un vasto suministro de moneda y papel-moneda.

»Disminuiría muchísimo la parte de impuestos pagados por los agricultores, porque su parte de la renta del terreno es más pequeña que la que toca á los propietarios de la tierra, mientras que no aumentarían los pesos que gravitan ahora sobre las espaldas de los residentes en las ciudades, los cuales no pagarían más que la renta al Estado, renta que hoy pagan además de las tasas.

»Removería todo obstáculo del comercio—manufactura, agricultura é industrias de toda especie—, dándoles un estímulo desconocido hasta ahora.

»Daría libre acceso á la tierra á todos, y sobre ésta podrían ganarse la vida sin pedirles que invirtieran ningún capital para la compra y con una renta razonable: la que ellos podrían pagar.

»Aumentaría la producción y la riqueza de las naciones, asegurando una más justa distribución de tal riqueza.

»Reformaría los gobiernos, elevando á las masas de las degradantes condiciones que las hacen fáciles presas de influencias corrompidas y corruptoras, impidiendo toda tentación á los robos burocráticos en materia de impuestos y destruyendo las más fáciles conveniencias que arrastran á la corrupción de las legislaturas y de las autoridades gubernativas.»

Mientras hoy, de un momento á otro, un hombre, por un juego de fortuna, se convierte en *industrioso, inteligente* y *moral*, mañana, con nuestra reforma, esto sería sumamente difícil, porque ella no daría á nadie un peso que no hubiera sido ganado con el propio esfuerzo; y los *caminos reales* que van hacia la riqueza, serían cerrados, porque los *caminos reales* son caminos para el ocio.

Muchos, á primera vista, no se dan cuenta de que la esclavitud de la tierra sea peor que la esclavitud humana. Si el esclavo de Robinsón Crusoé hubiera reconocido en su amo el derecho de propiedad privada de la isla, en la cual desembarcaron después del naufragio, en vez del derecho de disponer de su persona, sus condiciones no hubieran sido mejoradas. ¡Antes bien!... El látigo hubiera sido sustituído por el hambre, y el día que ese esclavo libre de su persona, pero reconociendo en Crusoé el derecho de propiedad de la isla, se hubiera negado á obedecer, no contento de su persona, al dueño de la isla, no le hubiera quedado otro medio que emigrar ó morirse de hambre.

Con la simple reforma fiscal ya delineada, la esclavitud del hambre quedaría abolida, porque la tierra volvería á la sociedad y el monstruoso monopolio de los beneficios naturales desaparecería, dando á todos libre acceso á los medios naturales, á los dones del Universo, que no deben ser propiedad de pocos, sino de todos, y con idéntico derecho á ellos.

La propiedad privada de la tierra es la que le roba al trabajo todo lo que le queda después que varios ladrones lo han despojado de lo que han podido. «El trabajo puede compararse á un hombre que mientras lleva á su casa sus ahorros, es despojado por el camino por una serie de ladrones, de los cuales uno pide una parte, otro otra, y así sucesivamente, siendo por último detenido por otro que le pide todo lo que le ha quedado, salvo aquello que sostendrá á la víctima hasta el próximo día, en que volverá para ser nuevamente robado.»

En todos los países, además, la propiedad privada de la tierra tiende á disminuir la prosperidad nacional y desviar la riqueza de las manos del trabajador, que es el que la gana, hasta las manos de aquellos que no producen nada. Esta es la tendencia del monopolio de la maquinaria y de los procedimientos de producción y de cambio; las tendencias de las tarifas protectoras, de los malos sistemas monetarios y financieros, de los gobiernos corrompidos, de las deudas públicas, de los ejércitos permanentes, de las guerras y de los preparativos de guerras. «Pero estas cosas, de las cuales algunas son más notorias en un país que en otro, no explican satisfactoriamente el empobrecimiento de los trabajadores. Todos estos ladrones, son ladrones de menor importancia, y al suprimirlos, no se hace más que dejar mayor cantidad para el último ladrón: la propiedad privada de la tierra.

Vuecencia ha dicho muy bien que el desbande de dos regimientos no ha hecho otra cosa que arrojar á la calle un mayor número de familias. Y en Europa, con generoso entusiasmo, digno de mejor causa, se proclama y se grita por la abolición de los ejércitos permanentes, como una medida para librar á los contribuyentes de la terrible sanguijuela del militarismo. Y naturalmente, al mirar los balances europeos despierta compasión el ver tantos millones derrochados en una ocupación, no sola-

mente improductiva, sino depravante, como la profesión militar. En efecto, como dice Tolstoi, la vida militar «coloca á los hombres en condiciones de completo ocio, es decir, ausencia de trabajo útil; los libra de los comunes deberes de humanidad, sustituyéndolos con otros meramente convencionales, como el honor del regimiento, del uniforme, de la bandera, y mientras les confiere un poder casi absoluto sobre otros hombres, los coloca, por otra parte, en condiciones de servil respeto hacia los de grado superior». Y no es esto todo. El sentimiento nacional se uniforma en este convencionalismo del honor y en la conciencia de cada ciudadano se justifica y se elogia el *masacre*, la conquista y la opresión de otros pueblos, á condición de ser llevados á término con la ingeniosidad de la balística, con la astucia de los planes estratégicos, con la habilidad y sangre fría de los generales.

¿Quién se atrevería á negar que el ejército permanente es un mal? Sería lo mismo que negar que sea un mal la fiebre de la tuberculosis. Y no hay analogía más exacta que la que hay entre la miseria que corroe la civilización y la tuberculosis que consume á los individuos. ¡Pero desgraciado el médico que se afanase en perseguir la fiebre de un tísico creyéndola causa y no efecto de otra causa más profunda! Así estos generosos que con tanta superficialidad derrochan su tiempo declamando contra el ejército, hacen como el médico que, sin criterio científico, agota todo su arsenal terapéutico contra la fiebre de la tuberculosis. La disolución de los ejércitos aumentaría, en el campo del trabajo, la concurrencia entre los que piden ocupación, entre los mendigos, por tanto. «Hoy—se dice—somos muchos de cada profesión, de cada oficio; ¿cuántos no serían mañana, pues, si en la demanda de ocupación se unieran á nosotros los de la burocracia y los del ejército? Y la sociedad, ¿qué ventaja obtendría? El último ladrón, la propiedad privada de la tierra, recogería lo que hoy se roba al trabajo para darlo al ejército.» Y así, en las anomalías de la actual civilización, el ejército, que es un elemento que devora la producción, se convierte en un vehículo que

distribuye parte de la riqueza á algunos que no sabiendo dónde dirigirse, van á vestirse el uniforme de defensores de la paz y de la patria, y en la inquietud producida por la miseria, se convierten en elementos necesarios á la paz, la cual, aunque paz armada, es siempre menos ruinosa que una guerra. De aquí la paradoja de la civilización moderna: un devorador de riqueza, al mantener la paz y cierta tranquilidad, se convierte en un factor de riqueza.

El ejército, la burocracia, las iglesias y otras instituciones semejantes, son los expedientes que la sociedad moderna ha encontrado como puerta de escape para la miseria producida por la propiedad privada de la tierra. En los Estados Unidos el buen americano siente horror por el ejército permanente y deplora las veleidades liberticidas de aquellos que tienen la estúpida ambición de mezclarse en el llamado concierto de las naciones, porque él prevé que el último *paladium* de la libertad sería derrocado, y desaparecería del mundo un país que á pesar de sus tropiezos se encamina hacia el ideal de la libertad. Sin embargo, un ejército permanente sería bendecido como un maná celeste por los innumerables desheredados condenados al ocio involuntario, producto del monopolio de los agentes naturales.

En conclusión, toda reforma resulta absolutamente inútil hasta que no comencemos por la reforma fundamental del reconocimiento de la igualdad de derechos sobre los elementos naturales. En todos los casos el progreso material no tendería más que á diferenciar los pueblos entre los que son monstruosamente ricos y los que son espantosamente pobres. Cualquiera que sea el aumento de riqueza, las masas se hallarán siempre más aplastadas y acorraladas, hasta vivir con lo estrictamente necesario; tendremos siempre nuestras grandes clases criminales, nuestros pobres y nuestros vagabundos; hombres y mujeres empujados á la degradación por la imposibilidad de ganarse honestamente la vida.

VIII

Vuecencia lamenta que ni siquiera aquellos que dicen haber encontrado la fórmula científica de la causa del malestar social, hayan podido ponerse de acuerdo sobre el modo de iniciar sus reformas: quiero hablar de los socialistas y anarquistas, cuyas teorías están invadiendo en las naciones europeas los cerebros del pueblo, y cuyos maestros critican nuestra doctrina como insuficiente para remediar los males sociales. Yo no quiero cerrar esta relación sin echar á ambas una mirada, y haré un servicio á aquellos que aceptan ó desechan la una y la otra sin jamás haber sabido en qué consisten. Comencemos por el socialismo.

El socialismo da una plausible respuesta á las preguntas de la humanidad descontenta, ofreciendo un remedio para los males sociales fácil de comprenderse. La simplicidad armoniosa, aunque superficial—quizás porque es muy superficial atrae á los de cultura y educación limitadas—, los sentimientos de paternidad por él proclamados, emborrachan á aquellos que sienten la injusticia de las condiciones existentes, mientras las pretensiones científicas de su teoría han atraído á sus filas hombres de notable inteligencia, desesperados de encontrar un método cualquiera para combatir los males sociales é industriales.

En las innumerables obras de la literatura socialista las palabras capital y capitalistas abundan extraordinariamente y se presentan como el blanco hacia el cual se dirigen todos los golpes, porque ellas monopolizan la riqueza social en perjuicio de los trabajadores. En resumen, por tanto, á pesar de la diversidad de las escuelas socialistas, la doctrina se reduciría á lo siguiente:

En el sentido económico, el capital se acumularía con el salario que se debe á los trabajadores, pero que por

la concurrencia entre éstos, es retenido por el capitalista, el cual estruja al trabajador, dejándole sólo lo suficiente para vivir. Por tanto, «la concurrencia—dice Grondlund—es el arma tremenda en manos del capitalista. Ella merece el nombre de concurrencia homicida cuando los trabajadores están obligados á luchar para ver quién *vivirá y quién se morirá de hambre.* Pero no son solamente éstos los que sufren. Los pequeños patronos, los pequeños comerciantes, son víctimas de esta cruel concurrencia tanto como aquellos que trabajan por el salario». Además, los capitalistas tendrían otra arma terrible, que es la combinación, mediante la cual, dueños de la tierra y de los medios de producción, aplastan siempre más al trabajador.

En el sentido ético, según el mismo Grondlund, «el Estado concebido como organismo, junto con la doctrina moderna de la evolución aplicada á todos los organismos, da un golpe mortal á la «teoría de los derechos naturales del hombre» y la teoría del inalienable derecho á la vida, libertad, propiedad, felicidad, etc. Estos llamados derechos naturales y leyes igualmente ficticias de la *Naturaleza,* fueron inventados por Juan Jacobo Rousseau. Los socialistas filosóficos repudian las teorías de derecho natural. Es la sociedad, la sociedad organizada, el Estado, el que nos da todos los derechos que tenemos... «Puestos de frente á este organismo—el Estado—, ni siquiera el trabajo nos da derecho á una partícula de lo que nuestras manos y nuestro derecho producen.»

Además de esto, los socialistas sostienen que el amor al dinero—el cual es la quinta esencia del capitalismo—es la raiz de todos los males, y por tanto el dinero debe ser abolido, como debe ser abolido el interés que perciben aquellos que prestan dinero.

Y finalmente, el trabajo en sí no es más que una maldición, y por tanto, yo no sabría decir si quieren eliminarlo ó simplemente reducirlo.

Por consecuencia, los remedios propuestos por el socialismo consisten en abolir gradualmente la propiedad privada de la tierra y de los medios de producción, y

sustituir el sistema del capital privado con el sistema del capital colectivo. Es decir, el Estado organizaría la producción, colocando bajo la dirección oficial las diversas ramas de la industria, proveyendo la distribución de las cosas producidas *según la cantidad de utilidad social del trabajo productivo de cada uno*. La administración de toda la producción y comercio comprende un número extraordinario de oficinistas, para dirigir, nombrar personal y determinar qué artículos son de necesidad producir. También esa administración estaría á cargo de la producción científica, literaria, periodística, artística, y con el relativo derecho de escoger las personas que deberían emplearse en esta producción. En la constitución de la familia comprende estas modificaciones: independencia económica de la mujer; abandono del hogar doméstico; separación de los hijos en la edad tierna para confiarlos al cuidado del Estado.

Capital y capitalismo son los términos más frecuentemente empleados por el evangelio socialista: esto haría suponer que después de un estudio profundo, el socialismo nos daría un concepto claro de lo que esos términos significan, tanto más cuanto que él pretende ser científico. Recorriendo la enorme masa de la literatura socialista, desde Karl Marx hasta el pequeño resumen sobre socialismo moderno publicado por el reverendo Ch. H. Vail, V. E. buscaría en vano una definición ó una idea exacta del capital, de qué cosa se compone y de cuáles son sus funciones económicas. La brevedad del espacio y la popularidad que V. E. quiere dar á este trabajo, no me permiten transcribir aquí el nebuloso procedimiento de la supervalía, con el cual Marx llega á una original definición, inconsistente en los conceptos fundamentales que en la producción y en la distribución de la riqueza forman el significado del capital. Sin embargo, como de la palabra capitalismo se hace tanto derroche por parte de los socialistas y aun por aquellos que son adversarios é indiferentes al socialismo, vale la pena de transcribir una alusión de Marx al capital, á fin de examinarla en lo que vale.

«Nosotros conocemos—dice (*Capital*(1), edic. inglesa, pág. 792)—que mientras los medios de producción y subsistencia queden en propiedad del productor inmediato, no son capital. Se convierten en capital solamente bajo circunstancias en las cuales ellos sirven al mismo tiempo como medios de explotación y de esclavitud del trabajador.» De esto resultaría que una máquina ú otro instrumento de producción usado directamente por el productor, supongamos por un agricultor ó un carpintero, no sería *capital;* si, viceversa, empleamos á un obrero para mover la máquina, se convierte inmediatamente en capital. Una fábrica de hilados de algodón, por ejemplo, puesta en movimiento por una cooperativa, no sería capital; pero si fuera poseída y movida por un particular, se convertiría en capital. Pero al mismo tiempo debería ser capital solamente cuando diese provecho al patrono, no cuando la fábrica trabajase perdiendo, porque en este caso los medios de producción no son usados como medio de explotación y esclavitud del trabajador.

Prescindiendo del hecho de que el lector debe haberse formado una idea de la substancia y función del capital, de lo cual hemos hablado en páginas anteriores, conviene aquí recordar que las leyes de la producción son leyes fijas. La Naturaleza no reconoce diferencia entre un santo y un pirata, y la tierra, con sus oportunidades naturales, recompensa solamente á quien la trabaja. Por tanto, los dos factores primordiales, indispensables aún en una civilización avanzadísima, son: tierra y trabajo; el capital viene en segundo término, porque no es más que trabajo acumulado, riqueza ó cosas tangibles destinadas á la producción de otras cosas tangibles ó riqueza. Que éstas se encuentren en las manos de un ángel ó de un usurero, en el sentido económico, desempeñan siempre la misma misión. ¡Sería en verdad original si se afirmara, con la misma analogía socialista, que un fusil, cuando se usa para la caza de anima-

(1) Publicado por esta Casa Editorial.

les, no es un arma de fuego, pero sí lo es si se emplea en matar hombres!

La cuestión está en ver cómo la producción debe distribuirse entre estos factores que á ella concurren; cuáles cocientes, en justicia, pertenecen al individuo, y cuáles á la sociedad; cuáles son, por la pésima legislación humana, robados por un individuo á otro, y cuáles, injustamente, son tomados por la sociedad en perjuicio de los trabajadores ó productores.

Viviendo en una sociedad donde el capital es un factor que acelera el progreso material, y donde un solo individuo ó más, combinados, pueden poseer la tierra y el capital y alquilar el trabajo, no ven los socialistas toda la importancia de la tierra, porque confunden al capital verdadero con los monopolios, con el capital espúreo y con el monopolio de la tierra, y atribuyen la pobreza de las masas á la voracidad del rico que posee el capital, que, según los más notables socialistas, toma la forma de dinero. Pero el dinero—aun cuando acuñado en monedas de oro—no es más que una forma de cambio. Lo que le da importancia y valor, es la facilidad de cambiarlo con otras formas de riqueza, pues, en realidad, no representa más que un certificado de trabajo. El hecho de que muchos disponen de dinero que no representa certificado de un trabajo hecho por ellos, no modifica el carácter del dinero, porque en substancia, el monopolizador de la tierra ó de otros privilegios se apropia del trabajo de otros convertido ya en dinero.

Aun el más inculto, valiéndose de sus propios conocimientos, puede convencerse de esta verdad con un procedimiento muy simple. Supongamos que uno de los lectores está empleado en el municipio, y que éste, en compensación de su trabajo, le da tres pesos diarios. Teniendo necesidad de un par de zapatos, va á casa del zapatero y los compra por tres pesos; el zapatero, con la misma suma, compra al sastre un pantalón; el sastre necesita una silla y le da esa cantidad al carpintero en cambio de una silla que éste está terminando.

El lector ve muy bien que el municipio compró los servicios al empleado, éste compró los zapatos al zapatero, y así sucesivamente; es decir, cuatro compras con la misma cantidad de dinero: los tres pesos recibidos del municipio. Si las cosas se compran con dinero, ¿cómo es que cuatro cosas, cada una del valor de tres pesos—doce pesos todo—se han comprado solamente con tres pesos?

Como se ve, las compras y las ventas no son más que una serie de cambios. El dinero no hace más que facilitarlos; por tanto, es necesario, no la abundancia de dinero, sino la oportunidad de trabajar para producir lo que el cambio pide. Como no puede producirse nada sin la tierra, basta romper esta barrera del monopolio de la tierra para que el trabajo pueda emplearse libremente, ya que sólo el trabajo es el que produce lo que nosotros deseamos cambiar, es decir, comprar y vender.

Cerrada la puerta á los agentes naturales, nace aquella concurrencia degradante, por la cual el trabajo encuentra en el mercado de la producción tan escasa recompensa. La concurrencia en sí misma no sería un mal, porque asegura á la comunidad los mejores servicios para la satisfacción de sus necesidades con el menor sacrificio: aseguraría á todo trabajo la relativa compensación que establece la comunidad y dirigiría á los menos hábiles hacia ocupaciones más productivas en cualquier rama de la industria. Pero hoy es un flagelo de la humanidad; reduce las masas á la degradación más abyecta, porque no pudiendo por su propia ignorancia romper el círculo de hierro que tiene cerrado el acceso á los agentes naturales, están obligadas á la competencia, reduciendo más y más el precio de su trabajo, pues de otro modo no podrían vivir, obligando así al obrero á pedir la limosna y la protección de alguno que pueda emplearlo. Por lo tanto, el pretender abolir la concurrencia, en vez de abolir sus causas, es tan absurdo como si en una enfermedad se quisiera destruir la fiebre sin darse cuenta, como ya he dicho en otro caso igual, de la causa que la produce, ó como si viendo que se quema una casa, se quisiera prohibir el uso del fuego.

«El aire que respiramos ejercita sobre cada pulgada cuadrada de nuestro organismo una presión de quince

libras. Si esta presión se ejercitara sobre un solo lado, nos clavaría en el suelo y nos aplastaría como una pasta. Pero repartida por todos lados, nos movemos bajo ella con perfecta libertad. No solamente no nos incomoda, sino que obedece á propósitos tan indispensables, que si nos libráramos de su presión moriríamos.»

«Así sucede con la concurrencia. Donde existe una clase á la cual se niega el derecho de los elementos necesarios á la vida y al trabajo, la competencia ejerce su presión por un solo lado, y como la población crece, debe impulsar á la clase más baja á una esclavitud virtual y hasta á la muerte por hambre. Pero donde á todos se les aseguraran los derechos naturales, entonces la concurrencia, actuando por todas partes—entre patronos y empleados, vendedores y compradores—, no ofende á ninguno. Al contrario, se convierte en el sistema más simple, más extendido, más refinado y elástico de cooperación, sobre el cual, en la presente época de desarrollo social y en el dominio donde obraría con libertad, podríamos confiar para la coordinación de la industria y la economía de las fuerzas sociales.»

Sobre la negación de los derechos naturales, tengo que agregar muy poco á lo que he dicho. Cada individuo debe concurrir, según sus propias fuerzas, á aquel fondo común destinado al mantenimiento de la sociedad ó Estado. Pero el negar la existencia de los derechos naturales, es «como asegurar que no hay norma ninguna por medio de la cual la justicia ó injusticia de las leyes ó de las instituciones pueden asegurarse; es como asegurar que no hay acciones justas ó injustas en sí mismas, ó asegurar que un edicto que ordenase á las madres el matar á sus hijos, debería ser recibido con el mismo respeto que una ley que prohibe el infanticidio». Y luego, si realmente no existen derechos naturales, ¿con qué razón los socialistas reclaman el derecho á la vida, el derecho á una vida menos degradante, más acomodada de las masas, y en fin, á una distribución más equitativa de la riqueza?

«Podría decirse que es cierto que el hombre, en una condición aislada, tiene derecho á todo lo que produce, y es un robo tomar una parte, aun la más pequeña, de su trabajo. Pero en las épocas civilizadas, no es sólo el esfuerzo del individuo el que contribuye á su producción. Sobre lo que el productor recibe de otros productores, por aquello que él en recompensa les da en las diversas formas en que las pretensiones entre hombre y hombre están establecidas en una sociedad ordenada, es ayudado de un modo indefinido, pero tangible, por toda la sociedad.» Por lo tanto, ¿no debe él á la sociedad una recompensa, ó no tiene el Estado el derecho de reclamarle ó tomarle parte de aquello que su condición aislada sería en justicia propiedad de él?

Nosotros respondemos que tal débito existe, «pero que ningún productor puede escapar á él, aun cuando se le deje plenamente lo que es suyo por derecho de propiedad. En cualquier producción en que el hombre se beneficie á sí mismo, beneficia también á los otros, y cuanto mayor es su actividad, más aumenta á favor de la sociedad aquel fondo que nosotros queremos destinar al mantenimiento del Estado». Cuando yo elevo un edificio con cualquier objeto, si es cierto que yo debo á la sociedad el concurso de tantos factores, ¿no produzco á la larga beneficios también para la sociedad? Y sobre todo, ¿no aumento el valor de la tierra que rodea mi edificio, y cuyo valor puede ser tomado sin ofender mis derechos de propiedad? Las entradas de que el Estado tiene necesidad, pueden ser tomadas de esta fuente natural, que aumenta con el progreso de la sociedad, sin necesidad de quitar al individuo lo que le pertenece.

«Pero ¿qué haría—me decía un socialista, y esto lo repiten todos los demás—un hombre al que se diese fácil acceso á la tierra, si no posee *medios* de producción? En el Brasil, en Cuba, en las provincias argentinas, en muchas comarcas de los Estados Unidos, es fácil conseguir tierra con el pago de una leve renta. Sin embargo, ninguno aprovecha, porque á la fácil concesión de la tierra falta la provisión de los medios de producción, de los cuales debería adueñarse el Estado, expropiándolos gradualmente á los capitalistas.»

Si un hombre pudiese ser lanzado á la tierra privado

del derecho de comerciar, podría esto ser cierto, aun en una sociedad como la nuestra. Pero quien hace estas objeciones se olvida que colocaría al individuo, no en una sociedad donde con nuestra reforma sería abolido el monopolio de la tierra, sino en una sociedad donde éste existe en toda su fuerza, y que quita al trabajo la libertad de emplearse libremente. Por tanto, la objeción, aunque tenga apariencia de verdad, es sumamente superficial. En un estado social en que el hombre tenga fácil acceso á la tierra, el capital afluye sin necesidad de ser pedido, porque el capital sin trabajo moriría. Hoy que la tierra, que ofrece mejores beneficios, está monopolizada, ¿qué haría un individuo en una tierra donde la eficacia de su trabajo social sería nula? ¿O con qué confianza puede él osar pedir capital, el capital verdadero en el sentido económico, no aquel designado por los socialistas, si no puede recibir su recompensa, porque está castigado con los impuestos y sofocado por las crisis industriales y por el poco producto que recibe?

Tierra libre significa acceso á todos los materiales y fuerzas naturales, y comercio libre significa relaciones industriales, no obstaculizadas entre trabajador y trabajador.

Estas son las condiciones esenciales de toda producción, aun la más civilizada. El fondo del error socialista es el de todos los economistas; es decir, que el salario es sustraído del capital, y que por tanto hay necesidad de acumular capital para emplear el trabajo y que toda la vida social depende del capital acumulado. Aquí está el error.

El salario, en vez de ser extraído del capital, es, en realidad, extraído del producto del trabajo, y además la vida social no depende del capital acumulado, sino de todas las ramas del conocimiento humano hechas efectivas por el intercambio del trabajo. Sea en un Estado solitario, como en un Estado social avanzado, tierra y trabajo son los únicos productores de riqueza. No es el capital, sino la tierra, quien suministra los materiales al trabajo para su subsistencia y para los medios de producción de que necesita para aumentar su eficacia.

No es el capitalista quien suministra al trabajador la subsistencia y las máquinas, sino los trabajadores que continuamente producen subsistencia y máquinas con los materiales que la tierra suministra. Es sólo en virtud de los monopolios, sobre todo el de la tierra, como algunos individuos llamados capitalistas pagan á los trabajadores. Pero, en el fondo, el capitalista ni emplea ni paga á los trabajadores, sino que son éstos que se emplean y se pagan los unos á los otros.

Es por demás pueril la objeción de aquellos que no ven en la tierra más que el producto de la agricultura, y dicen que, por tanto, nuestra reforma no se extendería más que sobre los terrenos agrícolas, sin reportar beneficios al agricultor, el cual sería, por el contrario, gravado por un peso mayor, pues el propietario traspasaría sobre él el impuesto que el Estado le aumentaría sobre el valor de la tierra.

La segunda parte de esta objeción ha sido ya refutada, y la primera parte es muy infantil para que no se pueda refutarla en seguida. Por tierra se entiende, como hemos dicho, todo lo que ofrece fuerzas y materiales al trabajo. Sin tierra no es posible concebir la vida, porque el aire y la luz pueden ser usufructuados sólo por medio de la tierra. Por tanto, absurdo sería creer que nuestra reforma sólo tocaría á los terrenos de agricultura. Un área de terreno en el centro de Londres, Nueva York ó París, vale tantas y tantas veces lo que un área situada á cien leguas de distancia. Antes bien, cambiada la situación, es precisamente el agricultor quien tendría ventajas más directas cuando él fuese verdaderamente agricultor, de hecho, no de nombre. Si él es propietario de la tierra, es posesor de productos de trabajo, de instrumentos, de mejoramientos, y así sucesivamente; y es del producto de su trabajo más que del valor del terreno, del cual se saca lo necesario para su existencia. Por tanto, el interés principal es el de productor, no el de propietario de la tierra. Y él no se preocuparía al ver absorbido por la sociedad el valor de su tierra ó la renta económica, porque como trabajador y capitalista sería dueño de todo el producto de su trabajo y del interés

aumentado de su capital, menos de aquella parte llamada renta, que no es fruto de su trabajo.

Rosthchild, Vanderbilt, Gould, etc., son mucho más ricos—podría objetarse—que algunos que tienen inmensas extensiones de tierra. He ahí el engaño. Si se pudiera arrojar una mirada en las cajas de hierro de Rosthchild, no se encontrarían más que créditos fundados sobre la propiedad de la tierra, ó títulos por los cuales se grava de débitos á generaciones y más generaciones, desangrando siempre al trabajo y al capital. Las riquezas de Vanderbilt, Gould y compañía, están fundadas sobre monopolios y privilegios que deberían ser reconquistados por el Estado, que con una simple ley y un rasgo de pluma restituiría todo á la sociedad. Pero la vuelta de los monopolios privados á manos del Estado no daría ningún resultado si no se aboliera el más grande y más absorbente, es decir, el monopolio de la tierra. Cierto es que en manos de los millonarios quedaría mucha riqueza sacada al pueblo con todas las formas legales, pero la misión de las reformas es el de evitar en el porvenir la perpetuación de los males. Remediar los males del pasado está fuera del poder humano, y es inútil remover la historia para vengarse de las injusticias cometidas por nuestros antecesores.

***

Una idea que se proclama como opuesta al socialismo, es la anarquía, la cual también encuentra varias escuelas y partidos. Una de esas ideas es sencillamente lo que expresa su nombre: individualismo extremo, es decir, creencia en que el gobierno es un mal porque limita la igualdad de la libertad. El carácter que distingue esta escuela es la confianza absoluta en la eficacia de la ley natural de la concurrencia, la cual basta por sí sola á mantener el orden y la justa disposición de las relaciones sociales. Otra escuela es la anárquico-comunista, y todas las otras, á excepción de la mencionada anteriormente, podrían clasificarse como subgrupos de ésta, porque la clasificación depende, no tanto de la diferencia de los principios, cuanto de la dificultad de ponerse de acuerdo sobre los métodos prácticos. Los anárquico-comunistas se asemejan á los socialistas en la proposición de abolir la ley de concurrencia, pero son adversos al socialismo por su ingerencia gubernamental. Ellos querrían gobierno, pero no coercitivo, y su sistema sería un individualismo modificado por el comunismo. El príncipe Kropotkine es el apóstol famoso de esta anarquía comunista.

Que haya adherentes en todas las escuelas anarquistas, partidarios de la fuerza física y de la violencia, es cierto: pero el sospechar á todos los anarquistas cómplices en los asesinatos, porque algunos de ellos cometieron delitos, es como sospechar que cada cristiano cree en la *transubstanciación* porque en ella creen los católicos, ó creer á todos los republicanos regicidas porque alguno de ellos dió muerte á algún monarca. Con los escritos y con la palabra, los anarquistas, en general, confían en la educación y el desarrollo de las ideas populares.

En el Central Music Hall de Chicago, asistí á una conferencia de Kropotkine, que se presentó ante público americano y ante algunos rusos como el jefe del comunismo anárquico. En la primera parte de su programa político social, él propugna por la independencia de las comunas contra una centralización territorial y contra la «concentración de muchas funciones de la vida social en manos de pocos y aun de todos». Y en defensa de este ideal, él se vuelve á la historia y dice: «A través de toda la historia de nuestra civilización, dos corrientes opuestas han estado siempre en conflicto: la tradición romana y la tradición popular; la imperial y la federal; la autoritaria y la libertaria. En la vigilia de la gran revolución social, estas dos tendencias se hallan una frente á otra.»

Y luego Kropotkine hace un cuadro de la sociedad anárquico comunista, que sería compuesta, no sólo de comunidades políticas, sino también económicas, en una federación completa, con el apoyo del consentimiento individual. Para indicar las ventajas de esta sociedad,

cita un ejemplo: él querría poseer un telescopio, pero en las presentes condiciones sociales, no tiene esperanza de obtenerlo. Viviendo en una sociedad anárquico-comunista, trabajaría cinco horas diarias—por decirlo así—en su repartición gremial, para ganarse la vida, y en las otras horas de libertad se uniría á un fabricante de telescopios, donde trabajando podría hacerse por sí mismo el deseado telescopio. En este ejemplo está encerrada la idea de que cada cual debería contribuir con un poco de trabajo manual, pero esto sólo debería servir como fin político-económico.

Esto, en breve resumen, nos decía Kropotkine. No vale la pena citar otras obras, sobre todo aquella en que desarrolla difusamente esta doctrina económica: *Fábrica, campos y talleres.*

Como se ve, la anarquía comunista expresa la idea del *individuo y de la comunidad.* Y como precisamente la primera parte de ese término significa que los asuntos individuales deberán ser independientes del gobierno, así la segunda significa que hay necesidad, para gobernarse, de un consentimiento común. Las dos ideas, una correlativa de la otra, representan una verdad.

Aplicada á los asuntos individuales, la anarquía es absolutamente profunda y recta. Ni una persona sola, ni una minoría ó mayoría, por grandes que sean, tienen derecho á gobernar á un hombre maduro y sano en las cosas que le pertenecen individualmente. Y en cuanto á gobiernos, Jéfferson dijo que el mejor es el que gobierna menos; y los viejos demócratas de los Estados Unidos luchaban contra la centralización del poder, por la independencia de cada Estado, comuna y ciudad, unidas después en confederación.

Pero hay asuntos que por su naturaleza pertenecen á la comunidad. La conservación de la paz, el prevenir la invasión de los derechos ajenos, las leyes sobre el modo de tener la tierra, la construcción y el mantenimiento de la viabilidad, y así sucesivamente, son cosas que pertenecen á la comunidad, y ésta debe regularlas. Debiéndose proveer á ellas, no hay otra alternativa que el *consensus* común, el cual sólo puede ser asegurado

por la mayoría ó con el voto. La unanimidad puede significar tiranía, hasta tanto el hombre no esté lleno de virtudes angelicales. Y además de los asuntos de la comunidad y de los Estados, hay otros que se refieren á las relaciones internacionales, y por tanto, será imprescindible una sociedad, una cierta jurisdicción de la comuna á la provincia, de ésta al Estado, y entre los diversos Estados también.

El que cada uno debería tomar parte en un trabajo manual, implica una superficialidad de nociones económicas que no le es perdonable ni siquiera á un poeta. Si Kropotkine pudiese emplear una parte del día como mejor le pareciese, no tendría necesidad de ir hasta una fábrica de telescopios. El podría emplear su tiempo en la misma ocupación que le proporciona la subsistencia y podría llevar lo que le queda al mercado—después de haber separado lo necesario para la vida—, para cambiarlo por el telescopio.

Para entender esto, basta considerar los cambios comerciales y la división del trabajo. Es en las sociedades primitivas más rudas donde un individuo está obligado á ser zapatero, sastre, panadero, etc., de sí mismo. Si Kropotkine no tiene facilidad de conseguir un telescopio, no es porque hoy no exista una sociedad anárquico-comunista, con sus métodos arbitrarios para satisfacer las necesidades humanas y los planes complejos de asociaciones y comunidades federadas. Es porque las clases de gobiernos que tenemos—gobiernos que son el producto de la ignorancia de las masas—colocan tales obstáculos entre él y el comerciante de telescopios, que no es posible cambiar libremente ó acumular una parte del producto por el cambio. Así es que lo que se necesita no es lo que quiere Kropotkine, sino la libertad de producir y de cambiar en toda su extensión.

El error fundamental de las proposiciones socialista y anárquica reside en la ignorancia profunda de las causas del malestar. Ambas las atribuyen al capital, al capitalista y á las clases ricas; y si por una parte socialistas y anarquistas tienen el mérito de haber demostrado que el descontento es debido, no á formas políticas y

religiosas, sino á la injusta distribución de la riqueza, y si con el fanatismo que inspira la idea de fraternidad y de ayuda mutua han producido un despertar en las clases obreras, sin embargo, la confusión que ellos han agregado al caos económico ya existente, hace retardar el mejoramiento de las clases, porque gasta las fuerzas y las desvía del verdadero camino, aconsejando remedios dañosos é inútiles.

Hoy la Europa continental está transportada por la corriente de estas ideas generosas, pero superficiales, que en vez de producir el mejoramiento de las masas, promoverá las ruinas del sentimiento democrático en el caso de que cualquiera de los dos sistemas llegara á imperar. Un momento de furor democrático de las plebes mal preparadas, demolería lo viejo, pero caería bajo nuevas tiranías, como la Revolución francesa, que decapitó á los fisiócratas, los únicos que en la noche del despotismo preveían las glorias de épocas mejores y cuyas doctrinas habrían producido una revolución pacífica y benéfica, y las monarquías, las aristocracias y otros parásitos del trabajo serían en el mundo latino ó en todo el mundo civilizado nada más que un funesto recuerdo cubierto con las cenizas de un pasado que no habría jamás resurgido. Las ideas socialistas y anarquistas tienden con la absorción y el fanatismo del odio de clases á producir una revolución ciega como la del 89. Esta destruyó la aristocracia de la sangre, sustituyéndola con la de los mercaderes, cuyo fruto se puede observar en aquella poca cosa que es la República francesa y sus hijas las seudorrepúblicas sudamericanas. Y mientras destruía la servidumbre de la gleba, no supo prevenir la esclavitud industrial, menos salvaje en la forma, pero de efectos más terribles. La revolución del socialismo y de la anarquía nos daría por poco tiempo una orgía de libertad, que sería suprimida por la tiranía del Estado ó por la de los demagogos.

Para realizar una reforma benéfica no hay necesidad de fomentar ó predicar el odio de clases. Si el dedo del capitalismo tiene tanta fuerza como para apretar y encorvar la robusta espalda del trabajador, no es culpa

de los ricos solamente. El deseo de la riqueza es legítimo, porque bajo el nombre de riqueza está incluída la facilidad de satisfacer los deseos humanos, los cuales aumentan con el progreso. Y dadas las condiciones sociales, en que el sentimiento de justicia no es más que una aspiración jamás satisfecha, sin esperanza de conseguirla, es más natural para cada uno el procurar ponerse á cubierto de la miseria y del miedo de la miseria. La culpa del malestar es de todos, porque se apoya en la ignorancia de las leyes fundamentales de la economía política. Y cualquier innovación que tentar quisiera una clase de la sociedad, no haría más que dejarse sustituir por otra no menos prepotente y egoísta, porque en una sociedad donde la distribución de la riqueza está hecha contra las leyes naturales, no habrá, con el progreso, más que enorme riqueza por una parte y hórrida miseria por la otra. «De cómo esté lejano cualquier acuerdo sobre reformas prácticas, puede verse aún entre aquellos que más que nadie sienten las injusticias de las actuales condiciones y se organizan en sociedades. Aunque comienzan á notar la inutilidad de las huelgas, y por tanto, á sentir la necesidad de actuar por medio de la acción legislativa, cuando llegan á formular pedidos políticos, no saben ni pueden ponerse de acuerdo sobre medidas capaces de resultados prácticos.» Es esta la razón por la cual socialistas y anarquistas, divididos unos y otros en varias escuelas, no han sabido otra cosa que organizar asociaciones de trabajadores que combaten su malestar con las huelgas, de ningún resultado benéfico—salvo raras excepciones—para ellos y de enorme perjuicio para la producción de la riqueza. Entre los huelguistas y los patronos se emprende una lucha igual á la que quería emprender un rico californiano llamado «el rey del dinero». Ofendido por otro hombre que le había llamado avaro, lo desafió para que fuera con él á la orilla del mar para arrojar al agua alternativamente uno y otro una moneda de veinte pesos, para ver cuál de los dos cediese el primero.

Vuecencia pidió á los socialistas y anarquistas del

Parlamento un programa práctico. Reunidos todos ellos, pueden parangonarse á un grupo de piadosos ciudadanos que corren en ayuda de un pobre viajero, al cual los ladrones han robado todo, y que después de haberlo golpeado, dejándole heridas y contusiones por todo el cuerpo, lo dejan en el suelo atado, amordazado y con los ojos vendados. Entre aquellos hombres piadosos se empeña una lucha más piadosa aún. Algunos quieren demostrar que sería oportuno llevarlo á casa en coche, otros en bicicleta, otros quieren aplicar colodión en las heridas ó árnica en las contusiones. Ninguno se acuerda de desatarlo primero y de librarlo de la mordaza y la venda. Dueño de sus movimientos, él mismo elegiría lo que le conviene, á pesar de sus contusiones y heridas. Así sucede con las reformas propuestas. Querer desarrollar el individualismo ó anularlo, es tan vano como el querer hacer depender la respiración de la voluntad consciente, ó reducir, viceversa, la conciencia á un acto vegetativo; porque en realidad, individualismo y socialismo no son antagónicos, sino que donde termina el uno empieza el otro. El primer paso de una reforma útil, es el de volver á dar al hombre—ó sea á todos los hombres—la igualdad en el goce de los beneficios naturales por medio del fácil acceso á la tierra. Entonces no habría «escasez de ocupación ni *exceso de producción*, no habría tendencia del salario al mínimum ni monstruosas fortunas por un lado y por otro ejércitos de desheredados. No es necesario que el Estado asuma la posesión de los medios de producción ó se convierta en el productor general y el abastecedor universal; sólo es necesario asegurar la igualdad de derechos á todos en aquel medio primitivo de producción. Y esto, lejos de implicar una extensión de funciones en el mecanismo de gobierno, lo simplificaría. Tendería así á purificar el gobierno de dos modos: 1.°, con el mejoramiento de las condiciones sociales, DE LAS CUALES DEPENDE LA PUREZA DE LOS GOBIERNOS, y 2.°, con simplificar la administración».

«Que todos los hombres deban ser buenos, es el más grande *desideratum*. Y sin embargo, esto se puede asegurar con la abolición de condiciones que tientan á algunos y empujan á otros á hacer mal. Que cada uno deba producir según su capacidad y recibir según sus necesidades, es ciertamente el más alto estado social que podamos concebir.» Pero ¿cómo podríamos esperar llegar á tal perfección hasta que no podamos antes encontrar algún modo de asegurar á cada hombre la oportunidad de trabajar y la ganancia neta de su trabajo? ¿Podríamos demostrar que somos generosos si antes no hemos aprendido á ser justos?

IX

En este punto, creo poder terminar mi exposición, de la cual me auguro pueda satisfacer los deseos de V. E. y las necesidades del lector común. La he completado agregándole la respuesta que en forma de carta abierta dió Henry George á la Encíclica *Rerum Novarum*, publicada por León XIII en 1891, respuesta que puede bien llamarse la condensación filosófica de su doctrina. He tratado de seguir un método fácil y comprensible para hacerla accesible á las masas, á fin de que sepan formular lo que anhelan ante los legisladores que ellas mandan á administrar á nuestro país, sin tener ninguna idea clara, antes bien, inconscientemente, y con la indiferencia y la apatía con que son mirados todos los gobiernos. Para aquellos que son eruditos y que creen por su edad y sus estudios haber consolidado sus convicciones, este trabajo es insuficiente, por la poderosa razón ya enumerada de que cuesta mucho librarse del bagaje de ideas altisonantes y vacías de sentido práctico que confunden su inteligencia haciéndoles desesperar de llegar á un resultado útil. A éstos les indico en la bibliografía las obras de las cuales he traducido tantos párrafos que forman el mosaico de este trabajo, y que á ellos les darán un concepto exacto de la vida del hombre y sus necesidades materiales y morales, mostrándoles á un mismo

tiempo la posibilidad de una regeneración de los seres humanos, á cualquier raza que pertenezcan.

Un libro famoso, traducido á todas las lenguas y reproducido por millares y millares de ejemplares, fué publicado por Henry George, su autor, en 1879. En él éste echa las bases de la verdadera economía política, despojándola de todos los sofismas. Estableciendo las relaciones exactas entre las leyes verdaderas de la distribución de la riqueza, dió la clave del gran problema del siglo:

Cuáles son las causas de las crisis industriales y por qué la miseria aumenta con el aumento de la riqueza. A las tantas ediciones que se editaron en los Estados Unidos, Inglaterra, Australia, Nueva Zelandia, etcétera, el autor no agregó ninguna modificación. Un libro tan radical no podía escapar á las críticas, pero las objeciones habían sido ya previstas y refutadas con anticipación en el mismo libro. He leído varias de estas críticas, que proceden de autores renombrados, pero aun estoy esperando una objeción seria. El librar gradualmente la producción y el trabajo de todos los impuestos, concentrándolos sobre el valor de la tierra, es el único camino que existe para devolver á los hombres el acceso á los agentes naturales, es decir, á la tierra. Y aunque todas las reformas produzcan disturbios en el orden existente, el impuesto único aporta cambios racionales que templan la aspereza de las revoluciones bruscas cuando esa reforma fuera aplicada gradualmente. En Nueva Zelandia ya está dando sus frutos, pues la miseria extrema é involuntaria parece ya abolida, á pesar de la aplicación solamente parcial del impuesto sobre los valores de la tierra. Pero tengo necesidad de referir un episodio.

Hasta el año 1886, los secuaces de la doctrina de Henry George eran pocos, y aunque libres en un país libre, se reunían en una sala privada de Nueva York, como los cristianos en las catacumbas. Entre ellos, un millonario, Tom L. Johnson, y un ilustre sacerdote católico, doctor Edward Mac Glinn, indujeron á George á presentarse como candidato al puesto de Mayor de Nueva

York, no tanto por la importancia del puesto, como para dar un impulso al movimiento de la doctrina. La célebre Tammany Hall vió en George un temible adversario, y por medio del arzobispo católico Carrigan, al cual había hecho promesas, hizo presión sobre el doctor Mac Glinn, que había asumido la responsabilidad de la lucha, y con una fe verdaderamente cristiana, era el más temible propagandista. Dotado de un físico imponente, de una figura simpática, de una inteligencia y cultura poco común y de una elocuencia fascinadora, el reverendo Mac Glinn era el obstáculo más serio para el triunfo del candidato de la corrompida Tammany Hall. Amonestado por el obispo, respondió que sus deberes de cristiano, sacerdote y ciudadano americano, lo obligaban á la lucha, de la cual no pensaba retirarse hasta el fin, porque la doctrina de George, no solamente no era contraria á los sanos preceptos, sino que era la única vía para llevar á la práctica la doctrina cristiana. Ante esta negativa, el obispo pidió y obtuvo de Roma la excomunión de Mac Glinn. La popularidad del valiente sacerdote creció, y á los católicos se unieron los prosélitos de otras iglesias protestantes, para escuchar la palabra elocuente y sincera. Llamado á Roma para disculparse, respondió que una enfermedad del corazón—de la cual murió—le impedía emprender tal viaje. Desde el año 1887, privado de su iglesia, pero no de sus fieles, quedó bajo la excomunión hasta el año 1892. Durante ese período, las principales autoridades eclesiásticas de los Estados Unidos se preocuparon de la injusticia cometida contra un hombre de gran mente y de gran corazón, y finalmente, á pesar de Carrigan, algunos sacerdotes más prudentes pensaron que la excomunión debía ser reconsiderada.

En 1891—15 de Mayo—el Papa publicó una Encíclica condenando las doctrinas socialistas, y especialmente la del impuesto único, afirmando la inviolabilidad de la propiedad privada de la tierra. Escrita para discutir y buscar un remedio para la condición del trabajo, ella confunde al socialismo y la anarquía con la doctrina de George, y condena en un sólo haz todas estas teorías.

El cardenal Maning, en Londres, dijo á uno de los hijos de Gerge (Henry) que la Encíclica era dirigida especialmente contra las enseñanzas de George, porque ella se funda, ante todo, sobre la *justicia* de la propiedad privada de la tierra. Aconsejado é impulsado por algunos amigos, George se creyó en el deber de escribir algo sobre la Encíclica, «y aunque los argumentos del Papa no tuvieran valor, porque ya anticipadamente habían sido refutados en *Progress and Poverty*», pensó, sin embargo, que con responder á aquélla podía dar una oportunidad de explicar en una forma más concisa y popular los principios de una doctrina que muchos no conocían y que aun no conocen.

El Papa obró sabiamente, dando instrucciones á propósito á su delegado de América, monseñor Satolli, que invitó al doctor Mac Glinn á presentarle una exposición completa de la doctrina de George sobre la cuestión de la tierra. El escrito fué examinado por los profesores de la Universidad católica de Wáshington, los cuales declararon que no contenía nada contra la enseñanza de la Iglesia católica, y monseñor Satolli levantó la excomunión. El doctor Mac Glinn aceptó, pero estipulando por escrito que él debía estar enteramente libre de continuar exponiendo la doctrina, á la cual dedicaría el resto de su vida.

He querido llamar la atención sobre este episodio, por la siguiente razón: nuestra reforma es puramente económica, y del modo práctico como nosotros la presentamos, no ofende ningún credo, ninguna institución en particular, ninguna clase, porque el restablecer la justicia devolviendo á cada cual lo que le corresponde, ofrece la oportunidad de un mejoramiento social que no puede disgustar á nadie. Sólo se resentirán aquellos que son los parásitos de la sociedad, las ratas de granero, los ladrones que roban el sudor de quien trabaja, los deshonestos que se enriquecen sobre la miseria y el hambre de sus semejantes, los pocos grandes propietarios que, á fin de cuentas, no perderían nada, porque, como decía un millonario americano, es mejor dejar á los hijos en una sociedad donde ellos puedan encontrar fácil

oportunidad de trabajo con su justa recompensa, que dejarlos millonarios en una sociedad donde los millones, dependientes de los privilegios que el pueblo se deja robar por ignorancia, están expuestos á desaparecer ó á caer en manos de otros.

Pero en nuestros países latinos hay una repugnante intolerancia recíproca entre los que se titulan creyentes y los que se profesan ateos. Después que Darwin enunció la doctrina de la evolución, la moda tiende al ateísmo, como si el naturalista inglés hubiese explicado ya los fenómenos de la vida y Herbert Spencer hubiera roto el velo de lo ignoto. George debe responder al Papa, y en las cuestiones de justicia, de derechos naturales y de ley moral él refuta las objeciones del Papa en el mismo terreno de los creyentes. Por lo demás, en todos sus escritos George demuestra creer en un Omnipotente, el cual ha establecido leyes armónicas en el orden social, como en el orden físico, leyes que los hombres, por ignorancia, están violando. Varios de aquellos que, con la vacía fórmula de «nada más nada no puede ser más que nada», lamentan, al comenzar la lectura de las obras de George, que éste caiga en la *vulgaridad*, á la luz (!) de la escuela positiva, de servirse del nombre de Dios tan frecuentemente, en vez de invocar el de la Naturaleza.

No es este el lugar adaptado para la discusión filosófica sobre la antiquísima lucha entre la ciencia y la fe. Pero lícito es preguntar si estos intolerantes han encontrado la incógnita con servirse de las palabras fuerza y materia. ¿Qué cosa es fuerza, sino la *causa ignota* de un efecto conocido? ¿Qué respuesta da la teoría de la evolución? En la escala de la vida, el ser más simple es de suponerse que haya precedido al más complicado; pero el problema comprende dos puntos: *la aparición de la existencia de la materia y la aparición de la existencia de sus formas*. La doctrina de la evolución se refiere solamente al segundo punto: el desarrollo de las formas. Y admitido también que el proceso de la evolución se pueda seguir paso á paso, sin lagunas de ninguna especie, desde el protoplasma al hombre, queda siempre la

otra pregunta: ¿qué es la vida? Los espíritus latinos y algunos anglo germanos, se apasionan aún mucho sobre la cuestión de si las especies se transforman ó si son inmutables. Si las especies se transforman, provienen de un germen primitivo que se ha ido desarrollando y modificando de especie en especie. Si son inmutables, habían tenido su origen en distintos gérmenes, y quedarían inmutables. ¿Qué conclusión útil puede sacarse de esto? «La vida no proviene más de la diversidad de la especie que de la selección natural y de la lucha por la existencia. Son los esporos, los óvulos, las células que dan nacimiento á todos los organismos, y de las fuerzas que obran en estos elementos primitivos y brutos de la vida, nosotros no sabemos nada absolutamente.» Además de esto, en la hipótesis nebular de la formación de los cuerpos celestes, y en el concepto de la evolución, que sería, según Spencer, «una integración de la materia y la disipación concomitante de movimiento, durante la cual la materia pasa de una homogeneidad indefinida, incoherente, á una heterogeneidad definida, coherente, y durante la cual el movimiento retenido sufre una transformación paralela», ¿dónde está la explicación de qué ó quién ha impreso sobre la materia una fuerza que se mueve con leyes tan maravillosas? Los llamados positivistas responden: «lo incognoscible». George dice: «Dios.» ¿Qué diferencia hay entre las dos respuestas?

Por otra parte, la inmensa mayoría de católicos y de secuaces de otras iglesias continúan predicando que la pobreza y la injusticia de las condiciones sociales son debidas á los impenetrables decretos de la Providencia y al corazón humano que, corrompido, es necesario modificar. ¡Qué insulto á la infinidad de un Dios! ¿Cómo hacen para conciliar la idea de un creador inteligente y benéfico, con la creencia de que la miseria y la degradación, que son la suerte de tan gran parte del género humano, resultan de leyes establecidas por El?

Por lo tanto, nosotros, secuaces de una doctrina en la cual vemos la posibilidad y la vía práctica de la regeneración humana, tenemos necesidad de todos los honestos y generosos, á cualquier credo que pertenezcan. Nuestro Evangelio, como el lector se convencerá mejor al final del libro, es de paz y de amor, no de odio, y por tanto, la lucha religiosa no tiene razón de ser para nosotros. En los Estados Unidos están ligados en una sola fe ministros de todas las religiones, desde el judío al cristiano, y por tanto nuestro ideal no necesita, como el anarquista y el socialista, destituir la idea religiosa para traducirse á la práctica. Se conforma con la ley moral y con la justicia, que son invariables en cualquier fe, cuando sus ministros no se sirven de su religión como instrumento de tiranía, como cuando predicaban que la esclavitud era una institución divina, y hoy predican que las monarquías son mandadas por Dios para gobernar á los hombres. Cuando la satisfacción de las necesidades materiales de la vida está asegurada, las facultades morales é intelectuales deben mejorar y el tiempo disipará prejuicios y supersticiones. Es inútil pretender educación moral donde el ambiente económico no lo permite. Aquellos que predican que á las masas es necesario educarlas para mejorar sus condiciones económicas, dicen sólo una pequeña parte de la verdad. La difusión de la instrucción beneficia sólo en el sentido de que ella tiende á hacer á los hombres descontentos con una vida pobre y la disminución de algunos vicios los adapta mejor á rebelarse contra su destino. Y de este modo las escuelas públicas se convierten en medios que anticipan las revoluciones. «Pero ellas no podrán jamás abolir la pobreza, hasta que la tierra continúe en ser tratada como propiedad privada. Las personas generosas que se imaginan que la educación obligatoria ó la prohibición del comercio del alcohol pueden abolir la pobreza, cometen el mismo error que los reformadores de la ley contra la importación de cereales en Inglaterra, los cuales imagináronse que la abolición de la protección habría hecho imposible el hambre. Tales reformas son en sí mismas buenas y benéficas, pero en un mundo como éste, habitado por seres como nosotros que tratan á algunos como exclusiva propiedad de una parte de ellos, debe haber, bajo cualquier condición imagina-

ble, una clase sobre la margen de la tumba donde se entierra á los muertos por hambre.»

Para Grecia yo no tengo ninguna consideración especial que exponer. Espero que el lector se haya convencido y afirme en seguida su convicción de que el mal es general y que todos reconocen que el mundo se agita por la solución del problema económico. Hasta la retrógrada América española, presa de convulsiones gravísimas, empieza á reconocer toda la gravedad de sus males. No sabe por dónde empezar para establecer un poco de paz y de tranquilidad, á pesar de los abundantes recursos que le brinda una prolífica Naturaleza, pero no faltan pensadores, por escasos que sean, que la despierten de su letargo.

He tomado como punto de partida dos países á los cuales nadie niega su primacía sobre las demás naciones: Inglaterra y los Estados Unidos. Pero la verdadera naturaleza del inevitable conflicto que doquiera agita la civilización moderna, puede ser vista mejor que en ninguna parte en los Estados Unidos y en los países nuevos más claramente que en los antiguos. Prescindiendo de los vanos ó inútiles remedios propuestos por los estadistas de diversos países, hasta por los de Inglaterra, V. E. encontrará que ingleses inteligentes se imaginan que la solución de las dificultades que ellos afrontan pueda hallarse en la democratización de las instituciones políticas, en hacer más libre el comercio de la tierra, en crear pequeños propietarios, subdividiendo la tierra. Y esto es porque ellos no ven lo que puede ver en los Estados Unidos todo el que quiere mirar. Inteligentes americanos se imaginan también que su paz no podrá ser turbada por problemas que tan amenazantes se presentan en Europa. Pero esto depende de que ellos cierran los ojos sobre lo que alrededor de ellos sucede y porque atribuyen á sí mismos y á sus instituciones lo que en realidad es debido á condiciones que van desapareciendo rápidamente: población esparcida y baratura de la tierra. Sin embargo, es aquí, en esta república americana, donde más claramente puede verse la naturaleza verdadera de este inevitable conflicto que, avan-

zando rápidamente, debe determinar el destino de la moderna civilización.

Los americanos «han abolido todos los privilegios hereditarios y las distinciones legales de clase; han arrojado lejos de sí los privilegios eclesiásticos, la monarquía, la aristocracia. Han llevado el concepto democrático hasta el último significado de la palabra. Cada niño nacido en los Estados Unidos puede aspirar á ser presidente. Cada hombre, ya sea un *tramp* (vagabundo) ó un pobre, tiene derecho al voto, y todos los votos valen lo mismo. Ante la ley todos los ciudadanos son absolutamente iguales. Todas las leyes tienen curso en nombre del pueblo. Ellas son la fuente de todo poder, de todo honor. Cada gobierno funciona á nombre del pueblo y por su voluntad, y los más altos funcionarios del Estado no son más que sus sirvientes. La primogenitura y el mayorazgo fueron abolidos donde existían.»

Los norteamericanos tienen y han tenido libre comercio en la tierra, y comenzaron con alguna cosa infinitamente mejor que cualquier proyecto de propiedad que en la Gran Bretaña hubiera sido posible llevar á efecto para formar pequeños propietarios. Han tenido el dominio de la mejor parte de un inmenso continente.

Han tenido la ley de *preëmption* y la de *homestead*. Ha sido su orgullo el que cada uno que quisiera una granja pudiera tenerla. La libertad de palabra y de prensa es completa. Ellos tienen, no sólo escuelas comunes, sino altas escuelas y universidades abiertas á todo el que quiera frecuentarlas. Sin embargo, las mismas dificultades sociales que en Europa comenzaron á aparecer *desde hace veinticinco ó treinta años*, y es ya bien claro que su democracia es una vana pretensión y la pretendida creencia en la igualdad un engaño.

Ya el pueblo soberano se está convirtiendo en un *roi fainéant* como los reyes merovingios de Francia ó como los mikados del Japón. La sombra del poder es suya, pero el provecho es la presa de los cabecillas bandidos de la Bolsa, de los ladrones *condottieri* que organizan la política en *máquinas*. En cualquier aconte-

cimiento ó determinación que interese al pueblo, el pequeño dedo de los grandes sindicatos es más robusto que la espalda del pueblo. ¿Son los Estados soberanos ó son los sindicatos ferrocarrileros los que están realmente representados en el Senado electivo, que los americanos han sustituído ya á la Cámara hereditaria de los Lores? ¿Qué conde, duque ó marqués domina en Europa con tanto poder como los simples ciudadanos Stanford, Gould, Vanderbilt? ¿De qué sirve la igualdad legal, cuando la fortuna de algunos ciudadanos puede estimarse en centenares de millones, mientras otros ciudadanos nada poseen? ¿De qué sirve el sufragio, cuando bajo la amenaza de ser despedidos del empleo, los ciudadanos pueden ser forzados á votar como les dictan sus patronos, cuando los votos pueden comprarse el día de las elecciones con pocos pesos por cada uno? Si hay ciudadanos tan humildes que votan como quieren los patronos, tan pobres que, para ellos, los pocos centésimos de los días de las elecciones tienen más valor que la más alta consideración, dando á ellos el voto no se hace más que aumentar el poder político de la riqueza, y el sufragio universal se hace la base más segura para la fundación de la tiranía. ¡TIRANÍA! ¡He aquí una lección en una simple palabra! ¿Qué son todos los patronos-*bosseo*-americanos, sino los exactos prototipos de los tiranos griegos, de los cuales se ha originado la palabra? Los que dieron á la palabra tiranía su significado verdadero, no pretendieron gobernar con el derecho divino. Ellos eran simplemente los grandes Sachems de los Tammany griegos, los organizadores de las poderosas *máquinas* helénicas.

«Aun cuando la historia universal no enseña la elocuente lección, en los Estados Unidos comienza ya á ser cosa evidente que la igualdad política puede continuar sólo sobre la base de la igualdad social; y donde aumenta la diferencia en la distribución de la riqueza, la democracia política hace sólo más fácil la concentración del poder, y conduce inevitablemente á la tiranía y á la anarquía. Y es ya evidente que no hay nada en la democracia política, nada en la educación popular, nada en ninguna de las instituciones americanas que impida la enorme diferencia en la distribución de la riqueza.»

Los pequeños capitales de uno á diez millones, no pueden competir con los de centenares de millones. Y «no hay nada en esto que no sea natural; es, al contrario, naturalísimo. El desarrollo social está de acuerdo con ciertas leyes inmutables, y la ley del desarrollo, ya sea el del sistema solar, del organismo más sutil ó de la sociedad humana, es la ley de la integración. Y es obedeciendo á esta ley, ley de impulso tan fuerte como el de la gravitación, como estos nuevos elementos, que estimulan tan poderosamente el desarrollo social, tienden á especializar las industrias y á hacerlas dependientes una de la otra. Obedeciendo á esta ley, es como la fábrica se sobrepone al mecánico independiente; como la gran granja se traga á la pequeña; como la gran casa comercial hace cerrar á la chica; como sindicatos empequeñecen al Estado y como la población tiende cada vez más á concentrarse en las ciudades». La cuestión está en ver por qué á medida que se progresa, los hombres van perdiendo poco á poco su independencia industrial, y en vez de conservar las relaciones de cambiadores de comodidades, caen en la condición de patronos de una parte y de trabajadores de la otra, condenados á la competencia más degradante.

Esto es porque «en las presentes condiciones, con la tierra de propiedad privada, el progreso material desarrolla dos tendencias diversas, dos opuestas corrientes. De una parte, la tendencia de la población creciente; de múltiples mejoramientos en las artes de la producción; de construir enormes fortunas, barrer las clases intermedias y empujar á las masas hasta el nivel del más bajo salario y de la mayor esclavitud. De la otra parte, llevando á los hombres á más íntimos contactos, estimulando el pensamiento, creando nuevas necesidades, despertando nuevas ambiciones, la tendencia del progreso moderno es de sembrar entre las masas el descontento por su triste condición y hacer sentir la injusticia más amargamente».

Vuecencia, que tiene el mérito de darse cuenta, al

contrario de casi todos los estadistas, de las verdaderas condiciones hacia las cuales corre nuestra Grecia, se dará cuenta en seguida, con las lecturas de las obras que yo indico, que ningún problema, sin el de la tierra, puede ser resuelto. El verdadero conservador no es el que se deja enceguecer por un provisorio estado de bienestar personal y no siente los lamentos de los que gritan de hambre, de falta de lo más necesario á la higiene, á la decencia, á la moral. Es conservador, en cambio, el que tiende á evitar de un modo simple los desastres que han sepultado tantas civilizaciones. Con nuestra reforma hacemos un llamamiento á la inteligencia y al corazón, no á los prejuicios y á las pasiones, y por tanto, si deseamos que el pueblo en general ó las masas puedan alcanzar á tener una idea de la parte filosófica y ética de la reforma que proponemos, nos dirigimos también á los inteligentes y á los cultos, leales y sinceros, para que mediten el problema con seriedad, no apasionadamente, aferrados á los intereses creados, á una falsa educación, á un amor propio ciego, que debe caer ante la verdad.

Piensen éstos que «el vapor y la electricidad no transportan solamente mensajes y mercaderías; cambian también por doquiera la organización social é industrial, estimulando las ideas, despertando nuevas esperanzas, temores, deseos y pasiones; rompiendo las barreras que han separado á los hombres é integrado naciones en un vasto organismo, á través del cual palpita el mismo corazón y vibran los mismos nervios».

Pocos años antes de la Revolución francesa, ¿quién habría previsto que se iba á desarrollar en Francia el espantoso drama de sangre del 89?

La civilización se asegura recordándonos que á todos es necesario dar los mismos derechos. Y aquellos hombres que deben ser más considerados por los demás, es decir, aquellos por los cuales hay que luchar, si se quiere dar plena libertad al trabajo y establecer la justicia social, son los *menos hábiles en ayudarse ó en combatir por sí mismos;* son aquellos que no gozan de las ventajas de la propiedad, de la habilidad, de la inteligencia:

LOS HOMBRES Y LAS MUJERES QUE ESTÁN EN EL FONDO DE LA ESCALA SOCIAL.

Por doquiera, en nombre de la injusticia de las condiciones sociales, surgen fanáticos que dan muerte á jefes de naciones; los estadistas, como los curanderos, buscan remedios á estas violencias con las represiones, con leyes especiales que hasta en los Estados Unidos tienden á reprimir la libertad de la palabra y de la prensa. ¡Estúpidos medios, si ellos piensan aterrorizar á quien ya va dispuesto á ofrecer su propia vida en holocausto á una idea desviada por las amarguras de la vida!

No es solamente la vida de algunos hombres públicos la que es necesario proteger y defender, sino la vida humana en general, que debe ser considerada sacratísima. Y esta inviolabilidad se asegura cultivando en la sociedad el sentimiento de respeto, no sólo hacia las casas reales y hacia los palacios presidenciales, sino también hacia las minas, hacia los talleres, hacia las tristes casas de los barrios pobres. Hasta que se mire con desprecio la vida de estas pobres víctimas de la miseria, mientras unos pocos se embriagan en las orgías ó en el lujo de una riqueza que no producen, las víctimas de esta injusticia deben alimentar con el asesinato su insano anhelo de venganza. En una atmósfera moral donde la guerra está considerada como un medio de disciplina para desarrollar el carácter nacional; en una atmósfera perfumada por el olor de la sangre é infestada por los miasmas de la muerte, las mentes desequilibradas de locos valerosos alimentan la pasión por la sangre de los gobernantes.

Resumiendo: el problema á resolverse en nuestra Grecia, no es una cuestión local, porque comprende el gran problema de la distribución de la riqueza, el cual llama por todas partes vivamente la atención.

Este no puede ser resuelto con términos medios, sino con el reconocimiento de iguales derechos á la tierra, y sólo sobre esta base puede ser fácil y permanentemente resuelto.

Con dar publicidad á esta mi relación, V. E. no podrá evitar la tacha de demagogo y de agitador de las

mentes populares. Ese será el grito de los que no piensan en el mañana y que ni sus mismos intereses comprenden. Porque mejor sería asegurar un estado de bienestar para todos—como nosotros demostramos ser posible—, que vivir en la inquietud sobre la incertidumbre del mañana para sí ó para sus propios hijos. Muchas fortunas caen, dejando á aquellos que las poseían y á sus hijos en la más negra miseria, y yo he visto ex millonarios americanos reducidos á la vida desgraciada de los *tramps* (vagabundos). Y así por nuestro interés y por los deberes que nos impone la familia y la sociedad, debemos de cooperar todos al bienestar social. En cuanto á la Verdad, nosotros no nos ilusionamos: sabemos que ella no se abre camino muy fácilmente, pero que en resumen, si ella pierde algunas batallas, vencerá con seguridad la guerra final.

FIN DE «POBREZA Y DESCONTENTO»